



**JESSICA GALERA ANDREU**

**ÚLTIMO  
ALEGATO  
AL  
CORAZÓN**

**- Último Alegato al Corazón**

**- Jessica Galera Andreu**

-Todos los derechos reservados.

-Primera edición: 2017

© Autor: Jessica Galera Andreu

© Portada: Derechos de autor de la imagen: Pixabay.

- Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

## **- NOTA DE LA AUTORA-:**

\* Las novelas de #IncurciónRomántica son historias cortas, con tramas más sencillas y con la única pretensión de conceder un rato de lectura amena y distraída.

\* Las llamo de incursión romántica porque el género que desarrollo habitualmente es la fantasía y, a pesar de que estas también suelen contener su buena dosis de romanticismo, este siempre se desarrolla dentro de un contexto fantástico enlazado con tramas más complejas que, en ocasiones, requieren de varias secuelas para darles la continuidad y la finalización que la historia exige.

\* El romanticismo sin un trasfondo fantástico es un género que, igualmente me gusta pero que elaboro, como digo, con pretensiones distintas a mis trabajos de fantasía, considerándolo, por tanto, una pequeña incursión en este terreno.

\* Puedes disfrutar también de mis otros trabajos disponibles de #IncurciónRomántica:

**- 99 DÍAS**

**- SUEÑA CON ELLA; BAILA CONMIGO**

- Muy pronto:

**- OBETIVO: TÚ**

[jessi-ga.wixsite.com/fantepika](http://jessi-ga.wixsite.com/fantepika)

## C APÍTULO 1

Cuando Marian salió del edificio, pensó en regresar a casa y dar por finalizada aquella inacabable jornada. Los pies le dolían horrores, la cabeza estaba a punto de estallarle y el cielo, además, amenazaba con descargar lluvia de un momento a otro. Lo que le faltaba, pensó para sí.

Suspiró y retomó el paso calle arriba, sonriendo al recordar la cara con la que aquella mujer la había mirado después de que le explicase que sus catorce años como contable se limitaban al reducto de su hogar, donde siempre había controlado ingresos y gastos con agudo ingenio. Sin embargo, aquello no había resultado suficiente, ni siquiera para la vacante de recepcionista por la que había acudido. Definitivamente encontrar un empleo resultaría algo mucho más complicado de lo que había creído inicialmente. A pesar de la escasa experiencia que completaba su currículum en trabajos de oficina, Marian se consideraba una mujer perfectamente capacitada para muchos de los puestos para los que había conseguido concertar una entrevista sin que ninguna de ellas – seis hasta el momento– hubiera resultado satisfactoria. Ciertamente era que no había estudiado; ni siquiera había llegado a obtener la más básica titulación, pues las circunstancias habían convertido aquella etapa de su vida en un terrorífico infierno que día a día trataba de olvidar, pero que la había condicionado de forma ineludible, con un embarazo no deseado a los 16 años. Con apenas 18 había huido prácticamente del hogar familiar, dejando al cuidado de sus padres a una niña con la siempre había mantenido una relación extraña, distante y fría.

Después de desenvolverse de un lugar a otro y de un trabajo a otro, los últimos cuatro años de su vida, los había vivido con Nicolás, un buen hombre a priori, bastante mayor que ella, de buena posición económica y bastante chapado a la antigua, que le había exigido ocuparse solo de la

casa, llegando a convencerla de que únicamente buscaba su bienestar y su protección.

Marian había aprendido, sin embargo, que aquello con cuanto contaba en su vida, el único seguro infalible, era ella misma, por lo que ceder su independencia había sido algo contra lo que, interiormente y en silencio, se había rebelado. Ella se sabía una mujer inteligente, con gran capacidad y curiosidad por aprender; emprendedora, receptiva y muy despierta. Demasiado, en opinión de la hermana y algunas de las amigas de Nicolás. Harpías que no perdían ocasión de lanzarle puyas, recordándole continuamente la forma correcta de vestir o de llevar el pelo; criticándola por disfrutar empapándose bajo la lluvia o para seguir soñando despierta con ambiciones que ellas calificaban de estúpidas e inútiles, como por ejemplo llegar a culminar algún día la carrera por la que habría sentido verdadera pasión: magisterio. Paradojicamente y a pesar de la compleja situación que vivía con su propia hija, se le daban bien los niños y enseñar era algo que le encantaba. Pensar en la posibilidad de dejar su impronta en las mentes de esas criaturas de ojos grandes y curiosos, inquietas y anhelantes de aprendizaje le agradaba. Y aunque aún le quedaría un largo camino para lograrlo, no se rendiría. Tal vez no fuese a llegar a tiempo de plantarse en una escuela y enseñar, pero sí podría titularse y poner sus conocimientos al alcance de otro tipo de niños, menos afortunados e inaccesibles, que consumían sus vidas en la calle en la forma en la que no debería hacerlo un niño.

Pero lo que finalmente había sido una tregua con Nicolás terminó y a medida que ella expresaba sus anhelos, los celos y prohibiciones creían hasta que la propia Marian le puso punto y final a la relación. Y ahora tocaba empezar otra vez desde cero.

Se detuvo de nuevo, esta vez ante la puerta acristalada de un enorme edificio. Eran numerosas las empresas que se establecían allí pero ella se dirigía solo a una: Segovia Asociados, un prestigioso y conocido bufete de abogados, que necesitaba personal para la limpieza de las oficinas. Aunque enfundarse una bata y pasear la fregona no era algo que la asustase, debía admitirse que a pesar de haber sido seleccionada para el citado trabajo, había tenido la esperanza de conseguir algo mejor y no tener que presentarse allí aquella mañana para que le dieran las últimas indicaciones y para conocer, en persona, al propietario del bufete, un hombre extremadamente controlador que quería conocer, según había

podido saber, la identidad de todos y cada uno de los empleados que, de un modo u otro, pudieran estar relacionados con el bufete, incluido el personal de limpieza.

Su teléfono móvil sonó mientras aguardaba la llegada del ascensor y cerró los ojos, resoplando, al comprobar que se trataba de Nicolás. Su futuro exmarido mostraba cada vez un carácter más agrio e insoportable con ella, sobre todo desde que Marian le exigiera el divorcio.

–¿Sí?

–¿Se te ha pasado ya la pataleta?

–No es ninguna pataleta, Nicolás. Te dije que quería el divorcio y lo mantengo. No sé por qué sigues llamándome con lo mismo.

–Bien, si vas en serio, iremos todos en serio. El miércoles tengo una cita con mi abogado. Ven y te explicará las condiciones.

–Nicolás, te pedí más tiempo –respondió ella.

–Sí pero no. Ahora pero más tarde. Si quieres el divorcio lo tendrás pero no voy a estar ciñéndome a tus condiciones de cría caprichosa. ¿O es que acaso no tienes aún abogado?

–Claro que lo tengo –mintió ella–. Y de hecho será él quien estudie la documentación, así que no es necesario que yo me persone allí. Además, estoy bastante ocupada con la mudanza y lo del trabajo.

–Deberás salir lo antes posible del apartamento. Voy a alquilarlo.

–El apartamento era de tu madre y ella dijo que podía utilizarlo siempre que quisiera.

–Sí, y que lo pusiera a tu nombre pero por fortuna no se hizo. ¿Lo quieres ahora para ti?

–No lo quiero para mí; sólo te estoy pidiendo un poco de tiempo hasta que encuentre algo.

–Lo siento, ya te he dicho que voy a alquilarlo.

–Nicolás, ese piso nose ha alquilado nunca.

–Siempre hay una primera vez para todo. Tienes diez días.

El ascensor llegó hasta el vestíbulo y se abrió, emitiendo una señal acústica. Ella entró en el pequeño habitáculo y se retocó ante el espejo que le devolvía la imagen agotada de una bonita mujer de ojos claros y cabello ondulado.

–¿Cómo llevas lo del trabajo? –preguntó Nicolás–. Supongo que tampoco has encontrado nada, ¿no?

–Aún no me han respondido en la mayoría de las entrevistas que he

hecho –explicó, mientras hacía una mueca, consciente de que inventar le resultaba mucho más sencillo de lo esperado.

–Tu currículum no es precisamente una maravilla. Deberías volver a pensar en lo que estás haciendo. La aventurilla de saltar del nido es emocionante, no te lo niego pero no tienes donde caerte muerta, Marian. Estoy dispuesto a pasar por alto este pequeño acto de rebeldía.

–Hubiera ayudado no estar recluida en casa durante cuatro años pero en cualquier caso, la culpa es mía. Tengo muy claro que voy a saltar el nido, como tú dices.. Y ahora tengo que dejarte, Nicolás. Adiós.

Cortó la llamada e introdujo el teléfono móvil en su bolso, mientras se recogía algunos de los mechones que se le escapaban del pelo negro. Después de todo el día para arriba y para abajo, no llegaba allí precisamente con su mejor aspecto pero era lo que había. Sonrió, tratando de encontrar una mueca agradable y de desterrar la llamada de Nicolás. Desde que ella le había solicitado el divorcio, él se mostraba hiriente y ofensivo; desafiante incluso sobre las incapacidades que lastrarían el futuro de Marian, obligándola a regresar con él, una posibilidad que él aceptaba sin oponer nada al respecto. De igual modo, también la azuzaba a abandonar el pequeño apartamento en el que vivía, propiedad del mismo Nicolás, aunque la madre de él le había solicitado a Marian que lo adecentase antes de morir y allí, las dos habían vivido largas horas de charlas y confidencias. El cariño sincero de doña Isabel era, probablemente, lo único positivo que se llevaba de aquellos cuatro años.

Al abrirse el ascensor, Marian quedó frente a las oficinas acristaladas, cuyos trabajadores podía ver al otro lado. Caminó con fingida seguridad, preguntándose por qué el dueño de aquel bufete querría conocer personalmente a aquellos que se encargarían de que su trasero tomase contacto con una silla limpia y reluciente. Sin embargo, Manuel Segovia, el flamante propietario y heredero de aquel imperio de la abogacía que le había dejado su padre, era un hombre que controlaba todo al milímetro. No había sido él quien la había entrevistado una semana atrás pero precisamente por esa razón, ahora quería conocerla.

Llegó hasta la recepción y se detuvo ante una mujer joven de unos 30 años, cabello castaño y ojos oscuros, protegidos tras los cristales de unas pequeñas gafas, que tecleaba el ordenador.

–Buenos días –la saludó Marian.

–Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla?

–Tenía concertada una visita con el señor Segovia por lo del puesto de limpiadora. Empiezo el lunes.

–¿Cuál es su nombre, por favor?

–Marian Castro.

–Un momento... –pidió la mujer, mientras efectuaba las correspondientes comprobaciones–. De acuerdo, aquí está. El señor Segovia ha salido un momento pero no tardará en volver. Mientras, le mostraré dónde está el cuarto de la limpieza y todo cuanto debe saber. ¿Podría esperarme un momento en aquella sala, por favor?

–Claro. Gracias.

Marian tomó asiento en una cómoda silla acolchada, frente a un hombre mayor que ojeaba con dificultad su teléfono móvil. Junto a él, había un total de tres personas más, esperando: dos hombres y una mujer joven.

Pues sí que era controlador el tal Manuel Segovia, pensó para sí. Primera visita y ya debía haberse olvidado de ella. En fin, qué importaba, se dijo. Tomó una revista y la ojeó rápidamente y con poco interés, al comprobar que se trataba de un magazine jurídico.

Después de colocarla de nuevo en su sitio, volvió a sacar el móvil de su bolso y comprobó que su hija Elena no había respondido al mensaje que le había mandado hacía un par de horas. Aquello no le extrañó. Elena y ella eran prácticamente dos desconocidas que lidiaban una con otra en una extraña y tensa relación. La chiquilla había vivido siempre con sus abuelos hasta que estos faltaron y hubo de ser su propia madre quien se hiciera cargo de ella. Marian trataba de hacerlo lo mejor posible pero el tiempo pasado contaba en su contra.

–Señora Castro –la llamó poco después la voz de la recepcionista–. Acompañeme, por favor.

–Gracias.

Marian se puso en pie y se colocó el bolso mientras caminaba tras los pasos de la recepcionista. Para ello, hubo de dejar atrás varias mesas con atareados trabajadores que charlaban entre ellos; todos elegantemente ataviados, como no podía ser menos. Después tomaron un pasillo mucho menos concurrido, de una luz blanca y tenue, sin ventanas, hasta una puerta de color *beige*, que la mujer abrió con una llave. Al otro lado, un sinfín de productos de limpieza, escoba, fregona, trapos...

Marian puso los brazos en jarra y trató de guardarse una expresión cómica, pensando en lo que dirían la hermana y las amigas de su futuro exmarido si la vieran ahí. Pero lo que ellas pensasen o lo que pudiera pensar él mismo era algo que le traía sin cuidado.

–Aquí tiene todo lo necesario –explicó la recepcionista–. Cualquier cosa que le falte, no dude en notificármela a mí. La proveeremos de todo lo que haga falta.

–¿Un sueldo de 3.000 euros? –bromeo Marian.

La recepcionista la miró con desdén.

–Me temo que eso no está en mi mano –respondió, con una sonrisa forzada–. El baño está al final del pasillo; le ruego no utilice el del bufete.

–¿Qué los diferencia? ¿No tiene mi culo categoría suficiente?

La mujer la miró de nuevo, esta vez, borrando por completo su sonrisa.

–Está bien. Sólo estaba bromeando. Ya sabe, destensando un poco el... en fin, olvídalo.

–Mi nombre es Begoña. Le ruego se dirija a mí por él.

–Claro... Yo soy Marian.

–Sí, lo sé...

Otra sonrisa forzada puso punto y final a la conversación. La recepcionista le hizo un gesto con la cabeza y retomaron de nuevo el camino de regreso a las oficinas, serpenteando entre las mesas. Algunos de los empleados la observaban con apenas una fugaz mirada. La mayoría, sin embargo, parecían tan enfrascados que ni siquiera reparaban en su presencia.

Marian se detuvo con la mirada clavada en una mesa, donde un hombre observaba pensativo un documento. Parecía preocupado o al menos, su expresión mostraba una mueca grave y casi ausente. Alzó la mirada cuando otro hombre se detuvo frente a su mesa y Marian se maravilló con el tono verde de sus ojos y la distinta luz que irradiaba su rostro al sonreír. ¿Dónde lo había visto? –se preguntaba–. Sus ojos se cruzaron con los de ella en un contacto fugaz antes de que él se levantara y caminara junto al hombre que había ido a buscarlo, saliendo del despacho. Estaba convencida de que aquel rostro le resultaba ligeramente familiar, segura de que una cara así no era algo que pudiera olvidarse. Pero ¿dónde lo había visto antes?

–Señora Castro –la llamó Begoña, la recepcionista.

–Lo siento –se disculpó ella, mientras la seguía de nuevo.

–Este es el despacho del señor Segovia. Estaré en la recepción si necesita algo.

Begoña se marchó, dejándola frente a una puerta de madera de haya con una placa dorada y el nombre de Manuel Segovia escrito en ella.

Llamó y sin esperar respuesta, abrió, encontrándose en un despacho enorme, bien iluminado, perfectamente ordenado y bastante más rancio que el sofisticado y elegante mobiliario que acababa de dejar atrás.

–Buenos días –la saludó un hombre.

–Buenos días –respondió ella, acercándose con timidez.

Manuel Segovia se puso en pie y extendió su mano para saludarla. Era un hombre de unos sesenta y tantos años, apuesto y bien plantado, alto, de cabello plateado y ojos marrones, que mostraba una expresión serena y complaciente.

Marian correspondió a la mano que el señor Segovia le ofrecía, estrechándola con firmeza. Después tomó asiento y respondió con toda la serenidad de la que fue capaz a las variadas e interminables preguntas de aquel hombre, que trataba de confirmar todo lo que una semana antes ella ya había contado en su entrevista de selección. Sólo iba a fregar suelos, pensó ella para sí, no a hacer despegar un cohete de la NASA, pero fuera como fuese debía admitir que durante el transcurso de la visita había empezado a desarrollar un curioso nerviosismo que ella atribuyó al agobio de aquel desconocido.

–De acuerdo, Marian –concluyó al fin–. El horario de finalización en el bufete son las ocho, de modo que debería empezar a limpiar a partir de las nueve.

–¿Y qué pasa con esa hora? –intervino ella, confusa.

–Debemos dar margen para los trabajadores que puedan salir algo más tarde o... bueno, cualquier visita inesperada. Si a las ocho no queda nadie, entonces podría empezar.

–¿Un margen de una hora?

–Sí, así lo hemos hecho siempre. ¿Algún problema, señora Castro?

–No... bueno... está bien.

Marian ocultó el fastidio que le ocasionaba aquello. En un primer momento había creído que su horario de trabajo empezaría a las ocho de la tarde, lo cual encajaba a la perfección con el del transporte público que había de utilizar para llegar hasta allí, pero si debía ponerse en

marcha a las nueve, tendría prácticamente una hora muerta en una zona de la ciudad que no conocía en absoluto.

–En fin –exclamó don Manuel–, bienvenida a Segovia Asociados –concluyó, poniéndose de nuevo en pie y extiéndole el brazo para saludarla.

Ella lo imitó y caminó hacia la puerta, despidiéndose con cortesía. Al salir, se mantuvo unos segundos con la espalda pegada a la hoja de la puerta, resoplando. Casi tenía la sensación de haber sido sometida a un tercer grado, aunque estaba segura, por la buena actitud de Manuel Segovia, que le había agradado. Sonrió para sus adentros, mientras observaba el enorme bufete que tendría que empezar a limpiar en dos días. Había oído algunas cosas de Manuel Segovia, el implacable abogado que no dejaba títere con cabeza en un juicio, capaz de dar vuelcos a casos imposibles, hombre muy mediático y extremadamente mordaz.

Ante ella, sólo había tenido la sensación de tener a un hombre sencillo y amable, más risueño incluso de lo esperado a pesar de la serenidad que desprendía en todo momento. Mejor, pensó para sí. Lo único que le hubiera faltado era tener a un 'bulldog' de jefe.

Mientras caminaba de regreso a la recepción, devolvió su mirada hacia aquella mesa donde el hombre de ojos verdes se había mostrado absorbido, hacía solo unos minutos, por aquellos documentos. ¿Unos minutos había dicho? ¡Había pasado prácticamente una hora!, se sorprendió mirando el reloj. Una hora de preguntas, de cuestiones, de examen. Lo dicho, un tercer grado en toda regla. De pronto, lo que había oído del brillante letrado Manuel Segovia empezaba a tener sentido. Por un momento se preguntó, tratando de recordar, si le habría confesado también la talla de su zapato.

Como fuese, lo cierto era que aquella mesa continuaba vacía, de modo que avanzó, con mejores sensaciones de las que había portado consigo al llegar y saludó a Begoña, que apenas le devolvió el gesto. Tomó de nuevo el ascensor y al llegar al *hall*, ya pudo distinguirlo al otro lado de los cristales, en la calle, fumando. Charlaba animadamente con el hombre que había ido a buscarlo hacía una hora. ¿Cuánto tiempo para almorzar se tomaban esos picapleitos? –pensó Marian para sí.

Retomó el paso todo lo segura que sus tacones y sus maltrechos pies le permitían y salió fuera, encontrándose con la mirada de los dos hombres.

–Bueno, señores –dijo ella–. Nos vemos el lunes.

Los dos cruzaron una confusa mirada y ella sonrió ante el efecto logrado.

–¿Perdón? –preguntó el joven que acompañaba al hombre de ojos verdes.

–Me llamo Marian Castro. El lunes empiezo a trabajar en el bufete –  
aclaró, mientras extendía la mano.

El primero en corresponder al saludo fue el hombre que estaba en pie.

–¿En serio? –preguntó–. Manuel no nos ha dicho nada de que fuese a  
entrar nadie.

Marian extendió su mano al otro hombre, que sonrió levemente y se puso  
en pie, después de haber estado apoyado sobre el muro que contenía unos  
exóticos jardines en medio de la ciudad. Sostuvo el cigarrillo entre los  
labios y correspondió a su saludo.

–Un placer –dijo al fin, sosteniendo ahora el cigarrillo entre sus dedos–.  
Mi educado amigo es Sergio.

–Lo siento –se disculpó el interpelado–. Estaba un poco sorprendido por  
la noticia. Pero bienvenida a bordo, abogada.

Ella trató de aguantarse la risa. ¿Abogada había dicho?

–¿Y usted? –preguntó.

El hombre hizo más amplia su sonrisa.

–¿Yo qué?

–¿Cómo se llama?

–Supongo que estás de broma.

Marian frunció el ceño, confusa.

–¿De broma? ¿Y eso por qué? ¿Se supone que tengo que saber cómo se  
llama?

El hombre se acercó y le dio una nueva calada a su cigarrillo, dejando  
escapar el humo a pocos centímetros del rostro de Marian.

–Se supone –concluyó, antes de perderse de nuevo en el interior del  
edificio.

–Así es Daniel –trató de justificarle su compañero–. Lo lamento, no se lo  
tenga en cuenta, por favor. Nos vemos el lunes.

## CAPÍTULO 2

La había extraviado. Estaba segura. Marian llevaba más de diez minutos tratando de localizar la caja en la que había empacado la ropa de primavera; entre otras mil más, aquella había desaparecido. Respoló, resignada y continuó ordenando las demás, pues de lo contrario aquella mudanza se haría eterna. Aún no tenía un sitio al que ir pero estaba decidida a no prolongar aquello más y prefería ir empaquetando sus enseres.

Elena bajó por la escalera con los cascos puestos y fue directa hacia la puerta de la calle, sin tan siquiera detenerse.

–Buenos días –la saludó Marian–. ¿Vas a salir?

–No es tu problema.

–No te estoy solicitando una ruta de los sitios en los que vas a estar, Elena pero me gustaría saber...

–¿Ahora te gustaría saber? –la interrumpió la joven–. A mí me gustaría perderte de vista para siempre pero aquí estoy. La vida es una mierda, ¿qué le vamos a hacer, Marian?

–Elena, sé que estás enfadada por haber tenido que devolverle el ordenador a Nicolás y...

–El ordenador, el móvil, la moto... No tienes ni puta idea de qué hacer con tu vida y a mí me toca seguirte. No ayuda, ¿verdad?

Elena abrió la puerta y el asombrado rostro de Silvia, amiga de su madre, asomó tras ella.

–Hola, ¿llego en un mal momento?

–Llegas en un momento ideal para quitármela de encima –respondió la joven–. Toda tuya la peonza.

–Elena... –exclamó Marian.

La muchacha dio un portazo y ni tan siquiera se detuvo ante la voz de su madre, que suspiró, mientras se apartaba el pelo de la cara.

–Lo siento –le dijo a Silvia.

–No, Marian, la que lo siente soy yo. A esa cría le hace falta mucha disciplina y no el trato principesco que le das. Casi parece que le tengas miedo.

–No es eso, ya lo sabes. Pero tampoco estoy en disposición de ponerme con ella en plan sargento. Entiendo que está siendo difícil para ella..

–¿Y para ti no? No son más que excusas. No deberías permitir que te trate así. Sea como sea, eres su madre.

–Y tendré tiempo de ejercer como tal cuando termine todo este lío – concluyó, mientras se dejaba caer sobre el sofá–. Estoy hecha polvo.

–Te ofrecí mi ayuda y la rechazaste. ¿Por qué eres tan testaruda? – pregunto Silvia, mientras se sentaba a su lado–. ¿Cómo es posible que tengas tantas cajas? Dijiste que...

Marian se irguió, colocando su mano sobre la pierna de Silvia en el momento en el que el rostro de un hombre aparecía en televisión, envuelto en una cantidad ingente de micrófonos y charlando, pese a que el televisor de Marian estaba mudo.

–¿Qué pasa? –preguntó Silvia, desconcertada.

–Es él. No puedo creerlo.

–¿Daniel Segovia? ¿Es que le conoces?

Marian miró a su amiga, atónita.

–¿Segovia? ¿De qué lo conoces tú?

–Por Dios, Marian, está en televisión. Como las otras mil veces en las que ha aparecido. ¿Dónde has estado viviendo, en un zulo?

Marian quiso darle voz al aparato pero en aquel momento la imagen variaba y mostraba a aquella estrambótica cantante que había regresado a los escenarios tras un largo período de convalecencia.

–Voy a trabajar en su bufete, limpiando. No tenía ni idea... el caso es que me resultaba familiar su rostro... Dios, ni siquiera recordaba dónde le había visto antes...

–Daniel Segovia es hijo de Manuel Segovia y está al frente del caso de asesinato más sonado de los últimos tiempos. Su bufete es muy prestigioso. ¿Qué es eso de que vas a limpiar allí?

–¿Asesinato? –exclamó ella, ignorando las palabras de Silvia.

–Sí –respondió esta–. Un hombre que, al parecer, mató a su mujer y a sus dos hijas pequeñas. Todas las tertulias de televisión aseguran que es culpable y así parece indicarlo todo. Pero su abogado es Daniel Segovia y si es solo la mitad de bueno en lo suyo que su padre, ese hombre estará

libre y sin cargos en lo que termine el juicio. Y lo es, ya lo creo. No es el primer asesino que se libra de la cárcel con él.

–Qué horror... un asesinato.

–Sí... No puedo creer que vayas a trabajar en su bufete. Entonces, lo has visto en persona, ¿no? ¿Es tan guapo como en la tele?

–No, es muchísimo más guapo. Tiene unos ojos impresionantes y una sonrisa que... bueno, es increíble. Tanto como la soberbia que le chorrea. ¿Puedes creer que se ofendió porque no sabía quién era?

Silvia sonrió.

–No es para menos... ¿Le has echado el ojo, Marian? –inquirió Silvia, en tono jocoso.

–Sí, claro, Silvia. En eso estaba, precisamente. –exclamó sonriendo, mientras se incorporaba de nuevo–. ¿Quieres tomar algo?

–No, gracias. Moriría antes de que encuentres los vasos. Lánzate pues, a su yugular, ahora que eres una mujer libre otra vez.

–Estás rematadamente loca –respondió Marian, que regresaba con un par de vasos en las manos y una cafetera caliente–. Es un súper abogado estratosférico de otro mundo. Si hasta sale en la tele.

–Es que si vas a rehacer tu vida no será con otro carcamal como Nicolás, ¿no? Tampoco es un muerto de hambre. Pero tiene que ser, por lo menos, con un Daniel Segovia.

–He cruzado cuatro palabras con él y lo primero que se me viene a la cabeza es su ego desmedido. No podría con un tipo así. Además, te aseguro que lo último que quiero ahora es complicarme la existencia con un hombre. Acabo de dejar a Nicolás.

–¿Cómo va lo de vuestro divorcio?

–Bueno, se está poniendo bastante tocanarices. Cree que acabará volviendo cuando me dé cuenta de que no puedo ir a ningún sitio sin él...

–Menudo gilipollas. ¿Y qué hay del abogado?

–Aún no tengo. Le pedí un poco de tiempo precisamente por eso. Creí que sería más comprensivo.

–Comprensivo... Contrata uno de oficio...o pídeselo a Daniel Segovia. Pero lo necesitas ya.

Marian espetó una carcajada.

–Por lo que dices, él es penalista y seguro que no se rebajaría a un triste divorcio. Además, quiero esperar un poco. Nicolás me toma por imbécil y quiere meterme presión para que me agobie y recule. Pero no voy a

hacerlo. Empiezo el lunes a trabajar y este mes tendré el dinero para contratar a uno. Los de oficio no me generan confianza

\*\*\*\*\*

El día había sido largo para Marian, que había conseguido otro empleo extra por la mañana, apenas unas pocas horas que le permitían compaginar todo cuanto se había propuesto llevar a cabo a lo largo de una jornada. A pesar de la fatiga, también se sentía pletórica, decidida a llevar adelante todo aquello que durante años había convertido en simples anhelos; un largo camino que debía empezar a sortear por el principio.

Eran poco más de las ocho y diez minutos de la tarde cuando se asomó a las oficinas, constatando que aún había alguien allí. Había tenido la esperanza de poder empezar a las ocho y marcharse temprano pero aparentemente debería esperar un hora más; una hora que no pasaría vagando por ahí.

Tragó saliva, incómoda, al comprobar que se trataba del flamante abogado, Daniel Segovia. Lo observó durante unos segundos, contatando lo que decía su amiga Silvia, lo mismo que ella ya había visto en el momento en que lo tuvo frente a sí. Era un hombre guapísimo. Guapísimo y soberbio. Guapísimo, soberbio y excesivamente trabajador. Tomó aire y caminó con determinación hasta el interior de las oficinas que quedaban al otro lado de la cristalera, donde sorteó el laberinto de mesas, sin llegar a llamar la atención del hombre hasta que se colocó delante de él y carraspeó. Daniel alzó la mirada del castillo de documentos y papeles en los que la tenía presa y esbozó un amago de sonrisa.

–¿Quieres algo..., abogada? –preguntó con sorna–. El pobre Sergio ha estado toda la mañana preguntando por la nueva.

–¿Va a tardar mucho en terminar? –respondió ella, ignorando el tono jocoso del que iban provistas las palabras de Daniel–. No puedo empezar a limpiar hasta que no haya nadie.

–Lo cierto es que tengo para largo.

–Largo... ¿Cuánto es largo?

–Cada vez más largo, mientras no me dejes ponerme a trabajar...

¿Mariana?

–Marian –lo corrigió ella, conteniendo el enfado que aquel hombre

generaba en su estómago—. Don Manuel me dijo que empezase a partir de las nueve si había alguien trabajando aún a las ocho.

—Lo siento, chica pero tendrás que empezar cuando yo me haya ido. Como comprenderás tenerte pululando por aquí mientras trabajo no es mi idea de la tranquilidad que necesito.

—Sinceramente, señor Segovia, tengo una vida que atender en mi casa, por lo que aspiro a salir de aquí algún día.

—Ya pero ¿sabes? Ese no es mi problema. Yo también tengo un caso que atender, un caso muy complicado y necesito trabajar, aunque claro... tú no ves la tele, ¿no?

—Lo cierto es que dispongo de muy poco tiempo libre para ver la tele.

—Sí, ya veo —respondió Daniel, a tiempo que se recostaba hacia atrás sobre su silla—. En fin, ¿te importa? Yo también tengo una vida y también aspiro a salir de aquí algún día, de modo que cuanto antes me dejes terminar, antes podremos irnos los dos.

Marian resopló, resignada a tener que esperar hasta que aquel insoportable hombre, que bien podría trabajar en su casa, terminarse, de modo que sin más palabras, recorrió el camino que la llevaba de regreso al pasillo, dejando atrás la recepción, y avanzó a través de él hasta tomar asiento en el alféizar del altísimo ventanal. La ciudad respiraba serena el aroma de una noche fría. Los coches iban y venían ahí abajo, salpicando con sus puntitos de luz la negrura que trataba, en bano, de engullir la urbe. Los altos edificios coronaban una oscuridad imposible en una ciudad así. Marian alzó la mirada y deseó poder encontrarse con un cielo estrellado y alejado de toda aquella ebullición que ni siquiera descansaba al morir el día, pero aquello resultaba imposible allí. Apoyó la espalda sobre la pared y se volteó, observando el negro pasillo, donde la luz de las oficinas apenas se desparramaba al fondo. El resto de puertas estaban cerradas y de pronto se sintió ridícula ante la inquietud que aquello generaba en ella. Al parecer, el resto de trabajadores de las demás empresas conocían en mucha mayor medida el significado de la palabra “puntualidad”.

Las sombras que acechaban en el pasillo, merced del baile de luces que la calle dibujaba allí, la tensaron aún más y se puso en pie, acercándose despacio de regreso a las oficinas del bufete. Volvió a observar a través de la cristalera que le permitía ver el interior y comprobó que Daniel seguía allí. Suspiró, tratando de convertir aquello en un argumento de

tranquilidad. Por muy déspota que aquel hombre fuese, la ayudaría si algo le ocurriera, ¿no?

Marian tomó asiento en el frío suelo, con la espalda apoyada en la pared y extrajo el móvil de su bolsillo, tratando de centrar su atención en algo que la distrajera y la relajase.

\*\*\*\*\*

El golpe seco de la puerta al cerrarse la sacó del sueño en el que había caído sin darse cuenta y se puso en pie, como un resorte ante la figura de Daniel, que iba ya ataviado con un sobrio abrigo negro y un maletín.

–¿Qué estás haciendo aquí? ¿Estabas durmiendo? –preguntó.

Ella no respondió y se limitó a limparse las manos sobre la bata que llevaba puesta.

–¿Ya ha terminado? –murmuró, mientras observaba la hora en el reloj: 22:33–. Increíble...

–Todo tuyo.

Marian lo miró, sorprendida.

–¿Cómo?

–El despacho. Es todo tuyo. Buenas noches.

Marian lo vio alejarse y de nuevo la inquietud anidó en la boca de su estómago mientras veía al hombre alejarse de allí y perderse al doblar la esquina que conducía a la escalera. ¿No tomaba el ascensor? –pensó para sí–. Como fuere, ahora sí estaba sola y el nerviosismo volvió a despertar en la boca de su estómago. Se llevó la mano a la frente y trató de sacudirse aquella absurda sensación. En aquel edificio sólo había empleados de distintas empresas, empleados que ni siquiera estaban allí a esas horas, por lo que no había nada malo que pudiera sucederle. Caminó a través del pasillo y recuperó el carrito que portaba todo lo necesario para el desarrollo de su trabajo. Regresó al interior de las oficinas y, allí se sintió algo más segura. Aquel lugar era enorme y ella tenía aún mucho que hacer.

\*\*\*\*\*

–Creí que entrabas a las ocho –le dijo Silvia, mientras removía el café.

El día era frío pero la terraza estaba llena de gente que disfrutaba al amparo de los calefactores que irradiaban calorcillo desde lo alto del toldo en el que estaban anclados.

–Y debía entrar a las ocho, a menos que haya alguien trabajando o algún cliente reunido, en cuyo caso debo esperar una hora más. Pero el hijo del jefe se queda allí hasta las mil y no quiere que empiece hasta que se vaya.  
–¿Daniel Segovia y tú, solos en la oficina a las mil? –preguntó con una sonrisa.

–No hace gracia, Silvia –respondió Marian, mientras vertía el sobre del azúcar en su espeso capuccino–. Llego allí antes de las ocho y tengo que estar esperando como una idiota.

–Aprovecha para hacer algo, mujer.

–¿A las ocho de la tarde? Ya me dirás tú qué. Además, no conozco esa parte de la ciudad. Ahora anochece enseguida y... sinceramente, prefiero esperar en el bufete.

–¿Entonces de qué te quejas?

–¿Me estás escuchando?

–Hablando del rey de Roma...

Marian se volvió, sobresaltada y comprobó, para su alivio, que Daniel Segovia estaba allí pero no en aquella terraza, ni tan siquiera en la calle, sino en la pequeña pantalla de televisión que había dentro del bar y cuya imagen podía verse desde allí a la perfección. Rodeado de micrófonos y cámaras, exhibía una expresión tranquila pero grave al tiempo que hablaba. Después sonrió mientras asentía y Marian apartó la mirada, incómoda. Silvia continuaba con los ojos pegados a la lejana pantalla del televisor, mientras una sonrisilla traviesa se le trazaba en los labios.

–Madre mía, te juro que si yo pasase una sola noche a solas con él en una oficina, no se me escapaba vivo. Allí, sobre su mesa, desparramaría los papeles y...

–Dios mío... –murmuró Marian, resignada–. Lo único que estás haciendo con los papeles es perderlos.

–¿Cómo puedes decir que no es increíblemente sexy?

–Ayuda tener la cabeza llena de mil problemas, Silvia.

La mujer la miró, sin decir nada, consciente de los mil quebraderos de cabeza que Marian tenía eran razón más que suficiente para no caer rendida a los pies del guapísimo abogado.

–Dijiste que lleva un caso de asesinato, ¿no? –preguntó Marian, tratando

de romper el incómodo silencio que se había alzado entre las dos. Agradecía a Silvia los ratos amenos que esta le hacía pasar entre risas y disparates pero en aquel momento ni siquiera tenía cabeza para eso.

–Sí, eso es. Está en la televisión todos los días. Todas las tertulias hablan de ello. La verdad es que no me gustaría estar en su pellejo. Esta vez el abogado sexy tiene una papeleta del copón.

–Bueno, si aceptó el caso será por algo, ¿no? Dijiste que ha ganado lo que parecía imposible.

–Sí, no me extraña que la *crème de la crème* de la delincuencia se lo rife. No hay juez ni jurado que se le resista.

–Mujer, parece que sea la salvación de toda la purria social. Quizás es porque sean inocentes, ¿no?

–Para inocente ya estás tú, cariño.

Silvia se puso en pie después de darle un último sorbo a su capuccino.

–Me tengo que ir, Marian.

–¿Te acordarás de ir a buscar a Elena?

–Tranquila, preciosa. Cuento con ello. La recojo en casa del bastardo y en cuanto salgas de trabajar la tendrás en casita.

–Te debo la vida, Silvia.

–Ya será menos. Un beso.

\*\*\*\*\*

Pegó la cabeza sobre la cristalera y suspiró. Ahí estaba él, Daniel Segovia, a las ocho y media de la tarde, fumando y sin ninguna intención aparente de abandonar la oficina. ¿En serio tendría vida, tal y como le había asegurado la tarde anterior? ¿Habría realmente una mujer esperándolo en casa? –se preguntó–. Chasqueó la lengua, sorprendida consigo misma ante la duda suscitada y negó con la cabeza, apartándose. Aquella tarde no le daría el placer de poder restregarle por la cara que ella se marcharía de allí solo cuando él quisiera, de modo que caminó de regreso a la ventana que ya había convertido en su particular refugio de espera y trató de distraerse con el movimiento de la ciudad. A medida que el tiempo avanzaba, sin embargo, y la oscuridad de la noche empezaba a engullirlo todo, vomitando a cambio sombras, la inquietud se potenciaba en ella, tal y como había sucedido la noche anterior. Sacó el

teléfono móvil de su bolsillo y se dispuso a escuchar música para hacer más amena la espera. Mientras desenredaba el cable de los auriculares, un crujido seco le hizo volver la cabeza. Se puso en pie y tragó saliva, aferrada a su teléfono móvil como si este fuera el arma más segura del planeta.

–¿Hola? –preguntó sin apenas voz.

El crujido volvió a producirse y ella fue incapaz de ahogar un gritito, que trató de sofocar, llevándose las manos a la boca. El móvil cayó al suelo, abriéndose, pero en aquel momento ni siquiera le preocupaba si podía haberse roto. Avanzó a largas zancadas, venciendo la vacilación que le advertía y abrió la puerta del despacho de forma brusca, atrayendo la atención de Daniel.

–¿Qué pasa ahora? –preguntó el hombre de mala gana.

–Creo que hay alguien ahí... –respondió ella.

–¿Qué quiere decir que hay alguien ahí? –espetó él, sin moverse de su mesa—. Es un edificio lleno de gente.

–En esta planta todo el mundo sale a las siete, salvo en el bufete, donde se marchan a las ocho. Las oficinas están cerradas, no hay luz en ninguna.

–Chica, ¿qué quieres?

–Te estoy diciendo que he oído un ruido. ¿Vas a quedarte ahí tan tranquilo, fumando como un carretero?

Daniel se incorporó, apagó el cigarrillo y caminó hasta la puerta.

–¿Y qué quieres que haga?

–Puede que hayan entrado a robar –murmuró ella, temerosa.

–Hay guardia de seguridad abajo y sólo puede entrarse si te dan acceso, a menos que tengas llave, lo cual indica que trabajas aquí.

–Pero en el pasillo he...

–Escucha... Marina...

–Marian –lo corrigió ella, cortante.

–Escucha, Marian, tengo muchísimo trabajo por delante y te aseguro que si a esta hora estoy aquí no es por gusto, de modo que te agradecería que te guardes la paranoia para una mejor ocasión.

–Eres un imbécil.

Daniel la miró, sorprendido.

–¿En serio?

–¿Te crees tan por encima de todo el mundo que ni siquiera pueden entrar a robar en el edificio en el que tú trabajas?

–Si yo fuera un ladrón no lo haría.

El crujido volvió a repetirse de nuevo, amortiguado ante el sonido de sus voces. Marian le hizo una mueca a Daniel.

–¿Lo has oído?

–Será el viento o cualquier chorrada.

–¿Tanto te cuesta ir a comprobarlo?

–¿Y por qué no vas tú?

Marian puso los brazos en jarra y lo miró con descaro.

–Dios, no puedo creerlo –masculló él de mala gana.

Se abrió paso, empujando ligeramente a Marian con su cuerpo y caminó a través del pasillo, cuya luz prendió mediante el interruptor que se situaba algo más adelante y, seguido de la propia Marian, a una distancia prudencial, llegó al extremo opuesto del pasillo, donde el postigo entreabierto de un pesado ventanal crujía, sacudido por el viento que no llegaba a cerrarlo.

Daniel lo hizo de un fuerte empujón y después se volvió, dedicándole a Marian una mirada recriminatoria.

–Ahora que la ventana deja de acojonarte, ¿serás tú capaz de dejarme trabajar a mí?

–Te sugiero que rebajes el tono conmigo, gilipollas porque me importa una mierda quién seas.

–Lo que yo te sugiero a ti es que cuides la forma en la que te diriges a mí porque puede que mañana no tengas que volver a vértelas con el ventanal.

–¡Vete a la mierda! –gritó ella, volviéndose.

–La señora de la limpieza me manda a la mierda –respondió él, a sus espaldas–. Qué apropiado.

Marian se volvió y le asestó un soberbio bofetón, un instintivo gesto del que se arrepintió al instante. No porque aquel idiota no lo mereciese pero sabía que, probablemente, aquello acabaría en un despido justificado, devolviéndola a un desempleo que en ese momento no podía permitirse.

Daniel la rebasó sin decir nada y caminó de regreso al despacho pero, para sorpresa de Marian, volvió a salir en pocos segundos, sujetando el abrigo, el maletín y un par de carpetas. Su figura, decidida y contenida, se perdió en el ascensor.

Ella se echó las manos a la cara y trató de calmarse, resoplando. Negó con la cabeza y pese a que las lágrimas empañaban sus ojos, caminó con determinación para ponerse a trabajar. Segundo día. Probablemente,

último día.

### CAPÍTULO 3

Elena permanecía tendida en el sofá, con los cascos puestos y escuchando música. Marian llegó hasta allí y se sentó a su lado, apartándole ligeramente las piernas. La joven abrió los ojos y se incorporó con la clara intención de marcharse pero Marian la retuvo del brazo, impidiéndole levantarse del sofá.

–¿Podemos hablar un momento? –le preguntó.

–Hoy no me apetece soportar charlas.

–Elena, sé que todo esto es difícil para ti pero quiero que me entiendas, mi niña.

–Tu niña... oír eso en tus labios da bastante asco –respondió, incorporándose al fin.

Marian también se puso en pie.

–Elena...

–Oye, aquí no hay nadie con quien debemos cubrir apariencias, ¿vale? La única persona lo suficientemente imbécil como para tenerte de amiga sabe bien que ni tú me soportas a mí ni yo te soporto a ti, así que corta el rollo de madre habladora y preocupada porque no te pega una mierda.

–Debería cruzarte la cara cada vez que me hablas así.

–Sí, deberías. Pero también deberías haber hecho muchas otras cosas que no hiciste en su día y cuando uno quiere los derechos es porque también ha puesto en uso las obligaciones.

–Elena, intento hacerlo lo mejor que sé.

–Se te da de puta pena.

–¿Cómo puedes seguir guardándome tanto rencor?

–¿Cómo? ¿Crees que por tenerme contigo seis años de tu vida ya voy a olvidar tu abandono?

–No puedo creer que sigamos hablando de esto todavía.

–¿Qué? ¿De pronto ya no te interesa hablar?

–No justifico nada de lo que hice. Pero sí te pido que trates de entenderlo, de entenderme.

–Lo único que entiendo es que me culpaste de algo que no era responsabilidad mía.

–Nunca te he culpado a ti pero... era una cría cuando pasó.

–Tuviste tiempo para rectificar.

–Y trato de hacerlo día tras día.

–No, Marian; no tratas de hacerlo. Te hiciste cargo de mí porque los abuelos murieron, no porque quisieras. No porque rectificases.

–Elena, hay cosas que no sabes.

–Ni quiero saber.

Marian trataba de ignorar el nudo en el estómago que aquella recurrente conversación con su hija le provocaba. Moralmente se sentía incapacitada para rebatir uno solo de los argumentos que Elena le esgrimía pero necesitaba una tregua y el día a día no hacía sino declararle batallas.

–Te dije que le devolvieras el móvil a Nicolás –dijo tras un largo silencio.

–Nicolás quiere que me lo quede. Y puesto que él ha ejercido más de padre que tú, le hago caso a él.

–Eso es injusto.

–Él me ha dado mucho más que tú.

–¿Móviles? ¿Ordenadores? ¿Ropa?

–Mucho más que tú –zanjó Elena antes de desaparecer escaleras arriba.

\*\*\*\*\*

Suspiró antes de entrar en el despacho. El hecho de no haber recibido ninguna llamada que la informase de su rescisión ya había supuesto toda una sorpresa para ella, por lo que no resultaba difícil deducir que Daniel no había dicho nada sobre lo sucedido la tarde anterior. Le debía una disculpa y un mínimo agradecimiento. Cierto era que él no se había comportado de forma correcta con ella pero abofetearle había sido otra cosa.

Dio dos golpecitos en la puerta de cristal y abrió, encontrándose con la atención de Daniel, que la observaba desde la mesa.

–¿Puedo pasar? –preguntó ella.

Él sonrió ligeramente, desprovisto de aquella mueca socarrona que solía caracterizarle.

–¿Desde cuándo pides permiso para entrar?

Marian suspiró, dispuesta a hacer su mejor esfuerzo para no enturbiar más las cosas con él. Pero apenas había dado cuatro pasos cuando una mujer rubia apareció desde la puerta del fondo que conducía a los baños de la oficina, esos que según le había explicado Begoña, la recepcionista, no debía utilizar ella.

Marian se detuvo, bloqueada y sorprendida.

–Hola –la saludó la mujer.

–Hola.

–¿Es la chica de la limpieza?

–Lo soy –respondió Marian, ante el silencio de Daniel.

–Cariño, deberíamos irnos ya y dejar que pueda limpiar. De lo contrario, la pobre va a salir de aquí a las mil.

La consideración que aquella desconocida exponía quedaba eclipsada, sin embargo, con la forma en la que lo hacía, cargada su voz de menosprecio.

–No se preocupe –intervino Marian, mientras caminaba de regreso a la salida.

–¿Querías algo? –volvió a preguntar la mujer.

–No, no quería nada. Gracias. Disculpen.

Abandonó las oficinas y caminó pasillo a través como una embestida, odiándose a sí misma por la sensación de ridiculez que la abrazaba. Aquella noche haber de esperar ni siquiera importaba. Tomó asiento en el ventanal y recogió la mochila que había traído con ella y de la que extrajo un par de libretas y una calculadora. El día apenas le daba para hacer tareas pero si pretendía obtener el graduado escolar y empezar su particular escalada hacia magisterio, cualquier brizna de tiempo sería oro, máxime si este debía pasarlo esperando a que aquel abogado obsesionado con su trabajo regresase a casa, algo que –visto estaba– solía hacer casi tres horas después que el resto, incluso aunque hubiera una imponente rubia con él. Al menos, aprovecharía aquel tiempo.

Sin embargo, algo la desconcentraba y de forma absurda e inexplicable, era la imagen de aquella preciosa mujer que estaba con Daniel mientras el resto el bufete ya se había marchado. Silvia no le había dicho nada de que el brillante abogado tuviera novia o estuviera casado , pero así

parecía ser, porque desde luego aquella rubia no tenía pinta de ser su hermana. Ni siquiera se parecían.

Marian sonrió mientras se mordía el labio inferior, divertida ante las mil teorías estúpidas que se le ocurrían. ¿Qué importaba quién fuera?

Alzó la mirada, sorprendida cuando la figura de Daniel asomó, acercándose despacio y ataviado ya para marcharse. ¿A las nueve menos veinticinco? ¿En serio? La rubia era mucha rubia, se dijo.

Marian cerró su libreta y trató de recoger rápidamente el escaso material que había tenido tiempo de esparcir allí, como si aquel fuese su particular escritorio. Un triste y patético escritorio.

–Me voy. Hoy podrás acabar antes. Es viernes y...

Ella se puso en pie.

–Señor Segovia, quería disculparme con usted por lo que sucedió ayer – soltó del tirón, aprovechando que la mujer rubia no estaba allí y deseando que no llegase en aquel momento.

Él asintió.

–No se preocupe. Yo tampoco fui correcto y, de igual manera, le traslado mis disculpas.

¿Le hablaba de usted? –se sorprendió Marian–. ¿A estas alturas y después de todas las lindezas que se habían lanzado? ¿De qué se asustaba? –se preguntó–. También ella le estaba hablando del mismo modo.

Asintió, apartando la mirada de aquel hombre que despertaba en ella unas extrañas y contradictorias percepciones. No podía negar que su imponente físico le agradaba tanto como rechazo le producía su carácter, un carácter con el que sin embargo le agradaba pugnar. De alguna extraña manera aquellos absurdos ratos de compañía ignorada que ambos habían creado le agradaban, aunque pensar en ello solo la podía llevar a reírse de sí misma.

–Escuche –volvió a decir él–, no hemos empezado con el mejor pie y admito mi responsabilidad al respecto. Pero no nos hagamos más sangre. No tenemos que coincidir ni cruzarnos, de modo que todo sea lo más llevadero posible. Le prometo que a las ocho estaré fuera de la oficina y usted podrá hacer su trabajo.

–No es necesario... Yo...

–¿Nos vamos, Dani?

–Buenas noches –zanjó él, saludándola con la cabeza.

La mujer rubia se limitó a sonreírle de manera forzada, mientras tomaba la mano de Daniel.

–Buenas noches –respondió ella.

## CAPÍTULO 4

Cuando llegó a casa, cargando con la compra, el conocido coche de Nicolás permanecía estacionado frente a la puerta. Se sintió intranquila y apresuró el paso hasta llegar al apartamento. Una vez dentro, topó con la figura de su todavía marido sentado en el sofá, con los brazos extendidos y las piernas semi cruzadas. En su rostro, su habitual aire de indolencia.

–Hombre, Marian. Te estaba esperando.

–¿Qué estás haciendo aquí? –preguntó ella, mientras colocaba las bolsas sobre la mesa.

–Inicialmente había venido a asegurarme de que preparabas tu marcha. Sabes que necesito el apartamento y... bueno, me congratula ver que estás empacando cosas.

–Ya te lo dije.

–Sí pero a una mentirosa no hay que creérsela hasta ver con tus propios ojos que cumple con aquello que dice.

–Mentirosa –murmuró ella–. ¿En qué te he mentado yo, si puede saberse?

–En tantas cosas... tu hija me tiene al corriente de todo, Marian. Como por ejemplo, que no tienes abogado. ¿No estás segura de querer divorciarte? Ya te dije que...

–Estoy completamente segura. Cada día más. Sólo estaba esperando a reunir un poco de dinero antes de contratar los servicios de uno.

–Dinero, tiempo... no tienes nada de eso.

–Nicolás, solo quiero que ambos podamos vivir tranquilos y en paz. Sin acritudes ni rencores... Dame un poco de tiempo, por favor.

–Pero si eres tú la que tiene prisa. Como sea, creo que estoy siendo más que considerado al permitir que vivas aquí y al concederte unos pocos días. No demasiados, como tú misma dices, todos queremos vivir tranquilos y en paz. Pero no a cualquier precio, querida.

Elena bajó la escalera con una pequeña bolsa de deporte en su mano.

–¿Adónde vas? –preguntó Marian.

–Ah, olvidé decírtelo –respondió Nicolás–. Elena se viene conmigo en lo que acabas de estabilizar tu... nueva vida.

–¿Cómo es eso de que se va contigo?

–Vamos, Marian, es una niña y no tiene por qué aguantar tus arrebatos. Haz lo que creas que tienes que hacer. Mientras, ella estará en casa, tranquila, segura, comfortable. ¿Verdad, cariño? –concluyó, mientras le echaba el brazo por encima a una silenciosa Elena, que se dedicaba a mirar a su madre, con mudo reproche.

–Verdad, Nicolás –zanjó antes de salir por la puerta.

–Ya sabes dónde está, Marian, de modo que si quieres ir a verla, nadie te pondrá inconveniente. Piensa las cosas detenidamente –concluyó también él.

Cuando ambos se hubieron marchado, Marian se desplomó sobre el sofá y fue incapaz de derramar una sola lágrima más.

\*\*\*\*\*

Marian empujaba el carrito de la limpieza cuando apenas eran la ocho y cinco minutos de la tarde. Daniel permanecía sentado en su sitio, con su sempiterno cigarrillo en la mano, mientras hablaba airadamente por teléfono y se paseaba los dedos entre su pelo oscuro. Colgó con un golpe y dio un puñetazo sobre la mesa en el momento en el que ella se asomaba desde la puerta. Sólo entonces reparó en que no había llamado.

Daniel alzó la cabeza y se encontró con su mirada.

–Lo siento, Marian, ya sé que te dije que me iría a las ocho pero no puedo. Márchate de todos modos, no creo que pase nada por que no limpies un día.

–Es mi trabajo y voy a hacerlo... cuando usted termine. No tengo prisa.

Él asintió, ignorándola ya, y centrado de nuevo en la montaña de papeles que se esparcían por su mesa.

Marian caminó a través del pasillo y estacionó el carrito a un lado, mientras suspiraba, de regreso a su particular guarida de cristal, donde, a juzgar por lo que acababa de ver, dispondría de tiempo suficiente como para poner sus tareas al día. Aquella noche regresar a casa no era una prioridad, de modo que, decidida también a aislarse de aquel inquietante pasillo, se colocó los cascos y la música acompañó a las horas de estudio.

Apretó los ojos y dio un seco tirón del cable para deshacerse de los auriculares. Estaba cansada y tenía el cuello dolorido pero por más que hubiera mil estímulos que mantuviesen su mente ocupada, no lograba despojarse de la inquietud que aquel oscuro pasillo despertaba en ella. Aquella noche el viento y la lluvia sacudían con furia los cristales del ventanal; los relámpagos prendían zigzagueantes líneas en el escaso pedazo de cielo que podía visualizarse entre los edificios, y el agua se reflejaba en las calles encharcadas.

Se puso en pie y extrajo una barra metálica que llevaba en su mochila. Al principio le había parecido una locura llevarla consigo pero pronto la cautela tumbó todos los argumentos a la reticencia. La sostuvo con fuerza y caminó, tratando de concederle naturalidad a la situación. Ya no era una cría que pudiera asustarse ante un pasillo oscuro pero su mente albergaba más fantasmas de los que ella misma estaba dispuesta a admitir y la visión de portales desprovistos de luz le removían una rabia a la que solo podía compararse el temor que sentía.

Un fuerte impacto la hizo detenerse. Aparentemente había llegado desde el ascensor. Se mantuvo inmóvil, con la espalda pegada a la pared y observando cómo la flecha verde indicaba que alguien estaba subiendo. La luz de la oficina se desparramaba, amortiguada, algo más allá pero Marian recordaba perfectamente la reacción de Daniel la última vez que algo la había alterado.

Avanzó de nuevo, esperanzada en que el ocupante del ascensor, fuese quien fuera, continuase subiendo pero tan pronto como hubo llegado junto al despacho, decidida a soportar un nuevo rapapolvo por parte de Daniel y superada por las circunstancias, la puerta se abrió y un hombre con gabardina oscura dio un paso al frente, generando que Marian empezase a gritar. El hombre la sujetó por los brazos y la puso contra la pared ante su histeria. Trató de empujarlo y llegó a conseguirlo, justo en el momento en el que Daniel llegaba hasta allí y apartaba a aquel sujeto, propinándole un buen puñetazo.

—¡Daniel! —gritó la conocida voz del hombre.

Él dio apenas tres pasos y prendió el interruptor que daba luz al pasillo, encontrándose entonces con una conocida figura.

—¿Luis? —preguntó, mientras se acercaba y le tendía la mano al interpelado, con su sangrante nariz y desparramado aún en el suelo—.  
¿Que ha pasado?

–Había olvidado algo en la oficina –explicó este, mientras se aferraba a la mano que Daniel le ofrecía–. Cuando he salido del ascensor esta loca ha empezado a gritar. Quise tranquilizarla pero se alteró más aún y...

Daniel observó a Marian, que se mantenía agazapada contra la pared, abrazándose a sí misma y sollozando, muda.

–Lo siento –se disculpó Daniel, devolviendo su atención a Luis–. ¿Te duele?

–Un poco –respondió este, con una forzada sonrisa–. Pero estoy bien.

–Lo siento, de veras.

–Está bien, tranquilo.

–Ella es la... trabaja en el bufete. Debió confundirse o... bueno. Marian, él es Luis. Trabaja en la asesoría.

–Lo lamento mucho –musitó ella–. Lo siento.

–Tranquila... –respondió Luis–. Estaré bien.

Después saludó a Daniel con la mano e introdujo la llave en la asesoría que había frente al bufete, perdiéndose en su interior.

Daniel observaba a Marian, confuso. Distinguió que las manos le temblaban sobremanera y que las lágrimas surcaban aún su rostro.

–Lo siento –balbuceó ella, sin que apenas le saliera la voz–. No pretendía molestar y mucho menos que... Me asusté y yo no...

–Está bien, tranquila. ¿Por qué no entras? –la invitó.

–No quiero molestar. Yo...

–Marian, estás temblando. Te vendrá bien sentarte un poco y tomar un vaso de agua.

La mujer se llevó las manos a la cara y aceptó la invitación de Daniel. En pocos minutos tomaba asiento en la silla de él, que permanecía apoyado en la mesa, mirándola, mientras las manos de ella trataban de sostener con firmeza un vaso de agua.

–¿Qué ha pasado? –preguntó él, mientras se cruzaba de brazos.

–Oí... oí algo... salió del ascensor y me asustó. No sé...

–No es la primera vez que pasa algo así y le he roto la nariz a Luis. Es un buen amigo.

–Ya me he disculpado con él.

–Sí pero primero fue la ventana, después él. ¿Qué será mañana?

–Nadie le pidió ayuda a usted.

–Estabas gritando.

–¡Me asusté! –exclamó ella de nuevo.

–¿No crees que deberías buscar un trabajo de día si tanto te asusta la oscuridad? O incluso ayuda profesional. Entiendo que pueda tratarse de algún tipo de fobia pero chica, yo ya trabajo en suficiente tensión como para aguantar esto un día tras otro.

Marian se puso en pie.

–Muchas gracias por el agua. ¿Ha terminado ya?

–Ojalá –respondió él, incorporándose también–. Pero me temo que no puedo irme aún.

–¿Puedo, al menos hoy, esperar aquí? Prometo que no se enterará de que estoy en este sitio.

–¿Quieres que trabaje contigo ahí sentada, mirando?

–No tengo ningún interés particular en estar mirándole. Sólo quiero no tener que estar sentada en mitad del pasillo como si fuera una jodida apestada.

–Tardabas en subir el tono, estaba empezando a preocuparme.

–¿Te han puesto alguna vez una navaja en el cuello, gilipollas? –gritó ella.

Daniel la miró, mudo e incapaz de moverse.

–Cuando tenía 16 años me... me atacaron en un portal –le explicó, con la voz temblorosa–. Y ya sé que a usted le importa una mierda pero desde entonces no... los sitios oscuros, los... los pasillos... los portales...

Apenas hacía unos pocos días que conocía a Daniel y el intercambio de palabras que mantenían evidenciaba que no se llevarían especialmente bien pero él ya la había visto en dos ocasiones comportarse como una niña asustada ante la oscuridad, hecho del que además parecía mofarse, así que aunque fuese a eludir buena parte de una historia que a él no le importaba, tuvo la necesidad de cerrarle la boca. Era probable que a un tipo como él aquello le trajese sin cuidado pero si Marian lo había esperado, al menos no fue así:

–¿Un atraco? –logró preguntar.

Ella sintió que todo en su interior se encogía hasta convertirla en algo muy pequeño e indefenso; así le sucedía cada vez que recordaba un suceso que durante toda su vida había tratado de mantener enterrado en lo más profundo de su alma y sus recuerdos.

–Sí, un atraco.

Daniel resopló.

–Escucha, esto es lo que vamos a hacer: estoy en mitad de un caso

enorme y aunque me gustaría irme a casa a las ocho, no ya sólo para poder descansar, sino para permitir que acabes cuanto antes tu trabajo y que puedas largarte, lo cierto es que me es imposible. Aunque te importe tres pimientos, debes saber que hay datos que debo consultar y que tengo disponibles solo aquí. Pero desde hoy mismo podrás empezar a limpiar aunque yo esté en mi puesto de trabajo, ¿de acuerdo?

—Su padre me ordenó expresamente que esperase a que no hubiera nadie.

—No importa lo que dijera mi padre. No tiene por qué saberlo. Yo no me moveré de mi mesa, con lo cual no te molestaré. Tú acabarás rápidamente y te largarás, con lo cual tampoco me molestarás. Evitaremos escenas de película de terror en el pasillo y santas pascuas. ¿De acuerdo?

—Película de terror... —murmuró ella, incrédula ante la frialdad con la que él trataba aquel asunto.

—¿Te parece bien?

Daniel extendió el brazo, ofreciéndole un apretón de manos que sellase aquel improvisado pacto pero Marian no respondió, sino que se limitó a caminar entre las mesas abandonando la oficina y regresó rápidamente con el carrito de la limpieza, dando a entender que aceptaba.

Daniel se sentó de nuevo en su mesa y se zambulló otra vez en su particular reino de papel.

Mientras ella pasaba la balleta sobre las ya impecables estanterías del bufete, no podía evitar dirigir miradas de soslayo a Daniel, que ni siquiera parecía percatarse de ello. Sin duda era un hombre sumamente atractivo pero el horrible carácter del que hacía gala, lo eclipsaba todo. No sólo se había motrado soberbio con ella el primer día, sino que a pesar de verla aterrada aquella misma noche, únicamente se había dedicado a lanzarle reproches, mofas y a buscar una solución que lograra dejarlo trabajar tranquilo a él, por encima de ofrecerle a ella una mínima seguridad y calma.

—¿Qué?

La pregunta de Daniel la sorprendió mirándolo, sin tan siquiera darse cuenta.

—Nada. No debería fumar aquí —le dijo, en alusión al nuevo cigarrillo que él se había prendido—. No está permitido.

—A esta hora no hay nadie.

—Lo notarán por la mañana.

—Entonces procura ventilar y echar un buen puñado de ambientador.

–A sus pulmones no llegará ni el aire ni el ambientador.

–De mis pulmones, despreocúpate. Su limpieza no entra en tu contrato.

Marian negó con la cabeza y retomó el trabajo hasta que hubo repasado todo el mobiliario que allí había, salvo la mesa del propio Daniel, en la que no quedaba libre ni un ápice de madera, devorada toda por la maraña de papeles y documentos que la cubrían.

Marian barrió y fregó, limpió los cristales e hizo el baño, poniéndole punto y final a su labor de aquella noche sin que Daniel hiciese el menor ademán de marcharse.

–Bueno –exclamó al acabar.

Él alzó la mirada y colocó su teléfono móvil sobre la mesa.

–¿Lo ves? Ya te puedes ir.

–¿Usted aún no...?

–No tardaré. Gracias por el interés.

–Se supone que debo cerrar yo.

–No creo que mi padre tenga problema alguno en que cierre yo. Algo se fía de mí.

Marian no respondió y empujó el carrito de regreso al pasillo. Al llegar frente a la puerta de salida se detuvo y se volvió.

–¿Cree que... cree que me ocasionará problemas lo que ha sucedido con ese amigo suyo?

–Pobre Luis, no me lo recuerdes... Dios, no golpeaba a nadie desde... desde hace un par de semanas.

–Señor Segovia, necesito el trabajo. Sé que no estoy en disposición de pedirle favores pero... lo necesito de veras. Tengo una hija, vivo sola y no...

–¿Vas a contarme toda tu vida?

–¿Le late algo debajo de la camisa?

–Espero que no. Si al quitame la camisa me viera el corazón, seguramente tendría un problema.

–Pues tenga cuidado, a buen seguro hay mucha gente deseando sacárselo. Daniel se echó hacia atrás en su silla.

–¿Hablas por ti?

–En absoluto. Pero es usted un importante y reputado abogado, sale en televisión y a buen seguro ha de estar montado en oro. Además, debe haber enviado a muchas personas a la cárcel. Quizás el próximo ruido que oiga en el pasillo no sea una ventana ni su amigo Luis.

Daniel sonrió.

¿Estás intentando acojonarme? Porque te advierto que es muy ridículo.

–Buenas noches, señor –zanjó Marian.

## CAPÍTULO 5

Las cajas se apilaban una sobre otra de mala manera. Alguna se había caído y su contenido yacía esparcido por el suelo sin que nadie se ocupase de él.

Marian se detuvo, absorta ante las labores de aquellos operarios que entraban y salían de su apartamento, cargando con las cajas que ella misma había dejado preparadas días atrás.

–Oiga –exclamó, corriendo tras uno de ellos–. ¿Qué significa todo esto?

–¿Es usted Marian Castro? –preguntó el hombre.

–Sí, soy yo. ¿Qué están haciendo con mis cosas?

–Lo siento pero el señor Nicolás nos ha dado la orden de vaciar el apartamento hoy mismo. Dijo que dejásemos todo abajo, que usted ya se encargaría.

–Pero... había dicho que... dijo que me daba diez días y solo han pasado tres.

–Ni idea, señora. Nosotros solamente cumplimos órdenes.

–La cerradura ya está cambiada –informó otro de los operarios, sin tan siquiera detenerse.

Cuando hubieron terminado, Marian quedó sola frente a aquel pequeño apartamento y a las escasas cosas que coformaban su vida. Alzó la mirada al cielo, presagiando lluvia. En aquel preciso momento, en medio de aquella desoladora escena, Marian vio representado todo lo que durante años había pasado desapercibido: la vida, con sus idas y venidas, con sus más y sus menos, sus posesiones y sus faltas; lo superficial, al fin y al cabo. Todo cuanto tenía estaba allí empacado y sin embargo, nada le hacía falta para seguir adelante, se dijo..

\*\*\*\*\*

A diferencia de lo que sucediese la noche anterior, en aquella otra, sus ojos se habían encontrado con los de Daniel hasta en tres ocasiones mientras él trabajaba en su mesa y ella limpiaba el polvo de los gruesos volúmenes de tapas marrones que se distribuían sobre la estantería. Estaba segura de que él la tomaba por una especie de chalada con fobias infantiles y traumas no superados, pero lo cierto era que, con todo lo brillante que pudiera ser en su carrera profesional, Daniel Segovia no tenía ni idea de lo que había sido o estaba siendo su vida.

A pesar de que ralentizó el trabajo tanto como pudo, consciente de que no tenía adónde ir aquella noche, llegó un momento en el que no pudo seguir prolongándolo más. Daniel la miraba, confuso ante el hecho de que no se marchase ni dijera nada, pese a que ya se había llevado el carrito y se había despojado de la bata con la que limpiaba.

–¿No te vas? –acabó preguntándole.

–¿Puedo... puedo pedirle un favor?

Odiaba tener que rebajarse ante él pero si lograba quedarse por más tiempo que el propio Daniel, podría pasar allí la noche y marcharse antes de que los primeros trabajadores del bufete llegasen por la mañana. Aquella penosa situación no volvería a repetirse en cuanto cobrase pero para eso faltaban aún varias semanas y Nicolás tenía hilos de sobra para mover.

–Tú dirás.

–¿Puedo quedarme un rato más?

–Creí que tenías una vida y una casa y una hija y... bueno, todo eso.

Marian tragó saliva, decidida a contenerse pese al tono jocoso con el que Daniel Segovia teñía todas y cada una de sus palabras.

–El autobús no pasa hasta más tarde y... –mintió– tendría que estar merodeando por ahí. Prometo guardar silencio, no le molestaré. Ni siquiera sabrá que estoy aquí.

Daniel suspiró.

–Haz lo que quieras.

Ella trató de contener un amago de sonrisa, pues no había pensado que aquello pudiera resultarle tan sencillo pero supuso que el hombre estaba demasiado cansado como para convertir aquella inocente petición en una guerra.

Marian recogió las cosas que había dejado en la recepción y regresó, con timidez.

–Aprovecharé para hacer algunas... ehm... cosas... ¿Dónde puedo... sentarme?

Daniel le dedicó una larga mirada, cargada de curiosidad.

–Siéntate donde quieras mientras luego lo dejes todo tal y como estaba.

–Gracias.

Marian tomó asiento en una mesa que quedaba fuera del ángulo de visión frontal de Daniel. Desde allí, ella podía verlo sin ningún problema pero ya que habría de pasar la noche en ese lugar, determinó no centrarse en nada que no fuesen sus tareas. La obtención del graduado escolar estaba resultándole más difícil de lo esperado, pues las cosas más básicas se habían aletargado en su cabeza después de tantos años. Sin embargo aquello no lograría desanimarla. Haría su mejor esfuerzo por conseguirlo y lo lograría.

Colocó sus enseres con minuciosa estrategia para impedir que Daniel pudiera ver lo que estaba haciendo y, concentrada al fin en sus quehaceres, ni siquiera fue consciente de la larga mirada que él le estaba dedicando.

–¿Qué estudias? –le preguntó él, con aparente indolencia.

Marian se sobresaltó y sus ojos lo encontraron recostado hacia atrás en su silla. Despeinado y con gesto cansado estaba aún más guapo –pensó para sí.

–Nada.

–¿Es un secreto?

–Es algo que no creo que le importe.

–Vaya, ¿yo permito que te quedes aquí y ni siquiera tengo derecho a saber a qué?

–Si el precio de quedarme aquí es que tenga que contarle mi vida, prefiero irme.

–Sólo te he preguntado qué estás estudiando. ¿Tan horrible es tu carrera?

–De acuerdo, me largo.

–¡Dios! ¿Qué he dicho ahora?

Marian recogió sus cosas de forma apresurada y apenas había dado dos pasos cuando todos los papeles se le desparramaron por el suelo.

Daniel suspiró y se puso en pie.

–¿Lo ves? Las prisas no son buenas compañeras.

–No me ayude. No es necesario.

–Soy un caballero, no puedo evitarlo –dijo con ironía.

Daniel se arrodilló junto a ella y recogió los suficientes papeles como para poder hacerse una idea de lo que Marian estudiaba, pues no se cortó lo más mínimo a la hora de hojearlos. La joven cerró los ojos y resopló, aguardando la burla.

–No es ninguna carrera –observó.

–Ahora entiendo que sea usted el abogado más brillante de este país. Es muy observador –concluyó ella, arrebatándole las hojas de papel que sostenía.

Daniel sonrió.

–¿En serio crees que soy el mejor abogado de este país? Hace una semana ni siquiera sabías quién era. O eso decías.

–Lo cierto es que me importa una mierda.

–Eres muy grosera y muy mal hablada, en serio.

–No soy ninguna de esas damas refinadas con las que seguramente trata –respondió ella, poniéndose de nuevo en pie.

Los papeles volvieron a resbalarse de entre sus manos, cargadas con multitud de objetos que hacían imposible su correcta sujeción.

–Dios...

–De nuevo te repito que las prisas no son buenas –volvió a decir Daniel, mientras recogía con cuidado los folios–. ¿Te estás sacando el graduado escolar?

–Ríase ya y acabemos con esto, por favor. Hoy no estoy de humor.

–¿Por qué iba a reírme?

Por primera vez desde que lo conocía, aquellas palabras estuvieron desprovistas de su característico sarcasmo.

–¿Pretende hacerme creer que no le parece irrisorio que una mujer con 32 años esté tratando de obtener un título que se gana con 16?

–¿Y quién soy yo para juzgar sus circunstancias, señorita? ¿O es señora? Dijiste que tenías una hija a cargo pero ignoro si es por...

–No creo que tampoco deba usted hacer nada de eso.

–Hay varios errores –dijo él, observando los papeles.

Marian se los arrebató de nuevo de las manos y continuó apilándolos.

–Señor Segovia, tiene usted un caso muy complicado entre manos con ese asesino, de modo que despreocúpese de mis papeles. Los recojo y me voy sin moles<sup>1</sup>arle más.

–Siempre dices lo mismo pero lo cierto es que cuando estás aquí soy incapaz de mantener los ojos sobre mis papeles más de cinco minutos

seguidos.

–Lo siento.

–Tranquila, no me viene mal un parón.

–No creo que necesite excusas para eso.

–¿Por que no pudiste sacarte este título en su momento?

–Porque no.

–¿Tiene algo que ver con lo que me contaste ayer? ¿Con el atraco?

Marian suspiró.

–Más o menos.

–¿Tanto te afectó?

–Condicionó mi vida completamente –respondió ella, sorprendida consigo misma por la sinceridad que el corazón le pedía ante aquel extraño, cuyos ojos verdes la miraban, como si ella fuese una de esas personas a las que un abogado interroga para poder determinar su inocencia o culpabilidad.

–Lo siento.

–Sí, seguro... –volvió a decir, mientras sonreía.

–Podría ayudarte –se ofreció él–. No lo llevas muy bien... Los estudios, quiero decir.

–Hago lo que puedo pero no me sobra el tiempo. Trabajo en otro sitio más, estoy cansada y...

–Podría ayudarte –repitió.

Marian frunció el ceño, desconcertada.

–¿Ayudarme a qué?

–A obtener el título.

–Por Dios... ¿Me toma el pelo?

–No, en absoluto. Estoy hablando en serio.

–¿Y por qué iba usted a ayudarme?

–No sé, me inspiras... –se interrumpió–. En fin, ocultas algo, no sé qué es. Y me fascina desentrañar cada secreto en una persona.

Marian tragó saliva y cuando fue capaz de reponerse de las palabras y la actitud de Daniel, sonrió.

–¿Deformación profesional?

–Algo así. ¿Qué me dices?

–Digo que tiene usted el caso del siglo entre manos y que perder el tiempo ayudando a la mujer de la limpieza a obtener el graduado escolar suena demasiado cutre para Daniel Segovia.

–Vamos, ayudarte no interferirá en el caso. Faltan unos días para que empiece el juicio; lo tengo todo preparado. Nada puede salir mal y el tiempo que dedicaríamos a esto sería mínimo pero suficiente. Aprobarías con una notaza impresionante, ¿qué dices?

–Digo que no, gracias –añadió tras un largo silencio.

Recogió de nuevo y esta vez con mucha más cauelta, todas las hojas y a pesar de que en un primer momento había decretado dormir allí, finalmente acabó por desterrar la idea. Ya pensaría en algo.

\*\*\*\*\*

Silvia regresó de la cocina con un vaso de leche caliente que colocó sobre la mesa. Marian sonrió y lo removió antes de darle un sorbo.

–No puedo creer lo que me cuentas –le dijo Silvia, mientras tomaba asiento a su lado.

–Pues créelo. Gracias por dejarme guardar algunas de las cosas en tu garaje, amiga. Te voy a deber la vida cuando todo esto pase.

–No digas tonterías, Marian y más bien entra en razón. Tienes mi casa para quedarte el tiempo que haga falta.

–Silvia, tú tienes tu marido, tus hijos, tu vida... Suficiente haces ya.

–¿Pero adónde vas a ir?

–Soy una chica de recursos.

–Pero...

–No quiero que Rafael vuelva a enfadarse y mucho menos causarte problemas. Sólo necesito que me guardes esas cosas durante un par de semanas. Me las llevaré tan pronto como pueda pero de mí despreocúpate.

Marian observaba conmovida el sereno rostro de Silvia. La enorme ayuda que su amiga le había brindado desde que las cosas empezasen a torcerse con Nicolás había acabado por pasarle factura en su matrimonio con Rafael, que no veía con buenos ojos lo que él calificaba como una intromisión en toda regla. Consciente de eso, Marian la dejaría todo lo al margen que su amistad con ella le permitiera.

–Cómo están las cosas con Rafa? –preguntó tras un largo silencio–. Soy un amiga horrible. Te bombardeo todo el día a problemas y ni siquiera te pregunto por los tuyos.

–Despreocúpate, suficiente tienes con lo tuyo. Las cosas están tranquilas entre Rafa y yo.  
–¿De verdad?  
–De verdad.

\*\*\*\*\*

Marian entró como una embestida en el despacho, propiciando que Daniel alzase la mirada, sobresaltado.

–Joder... –masculló él.

–Lo siento. Siento la tardanza. Me quedaré el tiempo que sea necesario y no...lo siento, de veras.

Daniel consultó su reloj y comprobó que eran poco más de las nueve y media.

–Tranquila, mujer. Ni siquiera me había dado cuenta.

Marian volvió a salir y regresó con sus enseres de trabajo. Mientras se ponía la bata podía sentir la mirada de Daniel sobre ella y aquella tarde, todo en sí misma se multiplicaba.

Trató de colocarse bien el apartoso vendaje compresor que se había puesto en el codo para poder moverlo después del golpe que se había causado durante la recogida de cosas en el garaje de Silvia y que apenas le permitía mover el brazo.

–¿Qué te ha pasado? –preguntó él, consciente de aquel detalle.

–Un golpe... nada importante... Estoy de mudanza y... bueno...

–Hoy no has traído mochila –observó él–. ¿No vas a estudiar?

–No, no voy a estudiar.

–¿Sigues creyendo que voy a reírme de ti?

–Me da igual, señor Segovia...

–¡Buf! Señor Segovia... No vienes con la espada en alto y eso no es divertido. Pero...

–¿Puedo ir al baño?

Daniel guardó silencio, absorto.

–¿Me pides permiso para ir al baño?

–Begoña dijo que no debía utilizar este pero...

Las lágrimas asomaban ya desde sus ojos, incapaz de tragarse la angustia que la arrastraba aquella noche en la que su cabeza recibía mil bombardeos de los desastres que asolaban su vida.

–Qué gilipollez. Utiliza el baño que quieras.

Atravesó el despacho a largas zancadas y se encerró en el baño, donde rompió a llorar. Nicolás haría del trago del divorcio un infierno que acabaría por separarla más de Elena, si es que alguna vez había podido considerar estar en lo más mínimo unida a su hija. Esta la detestaba cada día más, la culpabilizaba de absolutamente todo cuanto les sucedía y lo peor era que Marian estaba convencida de merecer todo aquello. Además estaba arrastrando a Silvia y causándole mil problemas en su matrimonio ante un marido que exhibía más bien poca paciencia y del que le había sugerido separarse en más de una ocasión sin llegar a conseguirlo. Silvia estaba enganchada a Rafael. De pronto aquel cúmulo de circunstancias se derrumbó sobre ella , reventando el dique que día a día trataba de construirse a base de motivación, de imponerse mil metas y de luchar por un futuro distinto.

En aquel momento estaba sin casa, sin abogado, sin uno de sus trabajos y sabía perfectamente que el empleo en el bufete pendía de un hilo, merced de los altercados que había sufrido allí con el hijo del propietario, de modo que cuando Nicolás se enterase de que también limpiaba allí, se encargaría de que la pusieran de patitas en la calle, como ya había conseguido hacer en el banco en el que limpiaba por las mañanas.

Para su sorpresa, la puerta del baño se abrió y Daniel entró haciendo gala de una novedosa timidez. Marian se enjugó las lágrimas rápidamente y abrió el grifo del agua para echársela en la cara.

–¿Un mal día? –preguntó él, apoyándose sobre la pared.

–No sé si da cuenta de que está en el baño.

–Igual que tú, ¿no?

–Exacto. ¿Su brillante educación no le da para saber que cuando alguien está en el baño hay que concederle intimidad?

–No me gusta acatar normas.

Marian sonrió.

–Y que eso lo diga un abogado...

Daniel caminó hasta acercarse más a ella y le tendió la mano.

–¿Una tregua?

Ella se la estrechó y asintió. El chispazo eléctrico que originó el contacto con la mano de Daniel pareció algo mutuo a juzgar por el modo en el que este la miraba pero Marian despertó rápidamente de su ensoñación. Imaginaciones suyas.

–Te invito a tomar algo –propuso él.  
–¿A tomar algo?  
–Sí, eso he dicho. Hay una cafetería a apenas un par de manzanas.  
–Ni siquiera he empezado mi trabajo.  
–¿En serio crees que si hoy no limpias la brillante superficie de las estanterías o el suelo alguien va a notarlo mañana?  
–¿Está diciendo que mi trabajo es inútil?  
–No, estoy diciendo que si pasas varios días sin hacerlo, se notará; si pasas uno solo, no.  
–Pero me pagan para que lo haga todos los días. No quiero dar excusas para que me echen. O al menos, no más.  
–Nadie va a echarte, Marian. Vamos, si pasa algo, me responsabilizo.  
–¿Y por qué?  
–Porque yo también necesito un parón o voy a acabar por volverme loco. Y dado que no hay nadie más aquí, mi propuesta sigue en pie: cerramos, nos olvidamos por hoy, tomamos algo, charlamos. Y cada uno a su casa. Puede que incluso nos entendamos, ¿qué te parece?  
–Dado que no hay nadie más... me invita por descarte.  
–Bueno, podría llamar a alguien.  
–La mujer rubia –dijo ella, enjugándose aún las lágrimas.  
Daniel sonrió.  
–La mujer rubia. Pero no lo hago. Ya ves que no eres un descarte.  
Marian sopesó por un momento la situación y finalmente, acabó por asentir.  
–De acuerdo.

\*\*\*\*\*

Apenas unos pocos minutos más tarde, Marian y Daniel tomaban asiento en una bonita cafetería situada apenas un par de calles más abajo, tal y como él mismo le había indicado. A pesar de ser poco más de las nueve de la noche, prácticamente no había clientes allí, concediéndole al lugar una agradecida tranquilidad.

Marian observó la carta con diferentes tipos de exóticos cafés y tes. Aquello le servía para aplacar su curiosidad pero sobre todo, para evitar el contacto visual con Daniel Segovia, que permanecía sentado frente a ella, mirándola con evidente descaro y su habitual cigarrillo entre los

dedos.

–No me extraña que apenas venga gente aquí –observó ella, colocando la carta en su sitio–. Es carísimo.

–Bueno, pago yo. No te preocupes.

–De ninguna manera. Yo pagaré lo mío. Gracias.

–No, te he invitado y has aceptado. Haberlo pensado antes.

Ella sonrió mientras negaba con la cabeza.

–Aún estoy a tiempo de irme.

–Lo estás.

Lejos de marcharse, Marian se perdió en la profunda mirada de Daniel. Aquella era la primera vez que lo veía fuera del ambiente de trabajo y parecía más relajado y cercano, lo cual sin embargo no la liberaba de las mareantes sensaciones que despertaba en ella. Más bien las potenciaba.

–Y bien, ¿vas a contarme por qué llorabas? –preguntó, mientras le daba una calada al cigarrillo.

–No se puede fumar.

–Aquí sí.

–Es malo.

Daniel sonrió.

–¿En serio?

Por un momento se sintió ridícula.

–¿Te interesa? –preguntó después.

–Si no me interesase no preguntaría. Si algo tengo es que soy directo y sincero hasta la irritabilidad. De esos que sueltan verdades innecesarias y dolorosas, ya sabes.

–La verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, ¿no?

–Sí, eso es.

Marian suspiró y a pesar de echarse hacia atrás en su silla, exhibiendo una pose relajada, todo su cuerpo se había tensado.

–Me estoy divorciando y... bueno, mi marido, mi exmarido –se corrigió– no me lo está poniendo fácil. Creí que sería algo rápido y en absoluto traumático pero no... no está siendo así. Vivía en un piso que es suyo y me ha dejado en la calle. Se ha encargado de que me despidieran del banco donde limpiaba por las mañanas y sé... sé que el trabajo en el bufete es cuestión de tiempo.

–¿Quién es tu marido, Dios?

Marian sonrió con amargura.

–Algo así.

–No deberías temer por el trabajo en el bufete. Nadie le dice a don Manuel Segovia a quién tiene o no que contratar.

Ella guardó silencio y acrecentó su nerviosismo al saberse de nuevo observada por Daniel. Por momentos se sentía como si ella fuese algún tipo de extraña forma de vida a la que él observase a través de su microscopio con la curiosidad propia del científico que la estudia.

–¿Y cuándo estudias si también trabajas por la mañana?

–Trabajaba –apuntó–. Tenía un rato por las tardes antes de ir al bufete. La escuela no está precisamente cerca y tenía que cruzarme media ciudad en metro y... bueno, te aburro. Le aburro, perdón.

–No, tutéame, por favor. Cuando no lo hacen, me siento como si hablase con un cliente. ¿Por qué hablas en pasado? –preguntó después–. ¿Lo has dejado?

–No. No, lo he dejado. Sólo lo pospongo. Tengo demasiados problemas ahora como para centrarme en eso. Y en este momento hay otras facturas con prioridad pero... lo retomaré. Quiero estudiar ma... –se interrumpió.

–¿Qué? –preguntó él.

–No, nada.

–Ibas a decir algo, quiero estudiar ¿qué?

–Olvidalo, es ridículo.

–¿Estudiar es ridículo?

–Querer estudiar magisterio es ridículo cuando ni siquiera tienes el graduado escolar.

–Magisterio –murmuró él, sonriendo.

–¿Qué? ¿Ya te da la risa?

–No me estoy riendo.

–Estás sonriendo.

–¿Y eso es malo?

–Depende de la razón.

–Tienes las cosas muy claras. Lo conseguirás. Tardes más o tardes menos. En esta ocasión fue Marian quien sonrió.

–Lo sé. Sé que lo conseguiré.

–Te gustan los niños, entonces.

–Me gusta influir en la vida de esas personitas, dejar huella, para bien. Que un día cuando tengan mi edad, puedan recordarme y sentirse agadecidos por aquello que les enseñé, por el consejo que un día les di,

por la charla que un día mantuvimos. No sé...

Sus ojos empezaban a encharcarse y ella apartó la mirada, tratando de centrarla en cualquier chorrada que le arrancase el nudo de la garganta.

–Tienes una hija, ¿no? Alguien en quien hacer todo eso.

Marian suspiró.

–Con ella todo es diferente. A los 16 años todo es ya de por sí muy caótico...

–¿16? ¿Qué edad tienes tú?

–La tuve con 16 –respondió ella, consciente del motivo que generaba la confusión en Daniel.

–Jovencita...

–Sí, muy jovencita.

–¿Con tu ex?

–No. No, él no es...

–¿Un amor de adolescencia entonces?

–Prefiero no entrar en ese tema, si no te importa.

Daniel sonrió.

–¿No te das cuenta de que cuando me vetas temas, me interesan más?

–Ya pero existe el derecho a la intimidad. Deberías saberlo mejor que yo.

–Lo siento, estaba bromeando. ¿Por qué dices que con ella las cosas no son igual?

–Porque no tenemos una relación fácil. Ella se ha criado con mis padres. Vive conmigo desde hace seis años y ahora me culpa de haber roto mi matrimonio con mi ex, de no ser capaz de darle estabilidad y arrastrarla de un lado a otro... Y lo peor es que tiene razón.

–¿Se lleva bien con tu ex?

–Oh, sí, ya lo creo. Él ha sabido comprarla bien: ropa nueva, regalos, una moto, tarjeta propia, móvil... mil cosas que yo, la bruja el cuento, le arrebaté para devolvérselas a él.

Daniel la miraba, en silencio.

–¿No hay más preguntas, abogado?

–Alguna más... ¿te trató bien?

–Bueno, al principio no lo tenía por un mal hombre, era protector, amable, cariñoso, atento...

–¿Pero...?

–Pero las cosas empezaron a cambiar poco a poco: dijo que no tenía por qué trabajar ni estudiar, que era una pérdida de tiempo y que él se

encargaría de que no me faltase de nada. Pronto su hermana y las amigas de esta, unas harpías todo sea dicho, controlaban absolutamente todo; criticaban todo lo que hacía o decía. Hasta que las cosas se hicieron tan asfixiantes que le pedí el divorcio. Me trató como una loca y... bueno. Acabó aceptando. Me doy por satisfecha.

–Aceptar. Acabas de decir que te está haciendo la vida imposible. Más bien parece un juego retorcido en el que él te concede la libertad que solicitas, minando tu camino lo suficiente hasta que te des cuenta de que no puedes ir a ninguna parte sin él y acabes volviendo.

Marian sonrió de nuevo con tristeza.

–Muy suspicaz.

–¿Quién es tu abogado? Quizás lo conozca.

–No tengo abogado

–¿Te estás divorciando y no tienes abogado?

–Lo tendré. En cuanto pueda permitírmelo.

–¿Por qué no tienes uno de oficio?

–Porque no confío en ellos.

Daniel apoyó su espalda en la silla y siguió mirándola.

–No me mires así.

–¿Así cómo?

–De esa forma que me impide saber qué estás pensando. Prefiero esos ataques de sinceridad cruda. Al menos sé a qué atenerme.

Daniel sonrió.

–Sinceridad cruda... Estaba pensando en echarte una mano.

Marian rió.

–¿Echarme una mano?

–Es un topicazo impropio de mí pero ¿sabes que estás preciosa cuando sonríes?

–Dios, corta el rollo.

–En serio, no te sale esa arruga en la nariz que te aparece cuando te enfadas, o sea, todo el tiempo. Te hace más vieja y mucho más fea.

Casi la sorprendió ser capaz de espetar otra carcajada.

–Tú pones mucho de tu parte en dar vida a esa arruga.

–Lo sé, ya te he dicho que puedo ser muy irritante. Pero no soy ningún cabrón sin sentimientos. Ya tienes abogado para llevar tu divorcio.

–Dios mío, ni en siete reencarnaciones me daría la vida para reunir tus honorarios.

–No hablo de mí. No llevo divorcios y aunque me gustaría darle el caso a Sergio, sé que está a tope. Pero hablaré con Álvaro.

–¿Álvaro?

–Un compañero de trabajo. Experto en desplumar a ex's.

–No quiero desplumar a nadie. Sólo quiero que me deje en paz, hacer mi vida y buscarme las lentes.

–Pero te está tocando la moral, ¿no?

–Aun así. Lo primero es que no creo que resultase tan fácil desplumarlo. Y de todos modos, si es lo que tu amigo va a dedicarse a hacer, no lo quiero.

–Él hará lo que tú quieras que haga. Pero está bien. Sin desplumes.

Marian sonrió con serenidad.

–Tampoco tengo dinero para pagarle a él.

–Me debe un par de favores.

–Pero tú no me los debes a mí.

–Dios, deja de cuestionarlo todo. Tienes abogado y no te va a costar nada.

–Gracias... No... no sé qué decir.

–No digas nada. Y en cuanto a tu casa... ¿dices que estás sin techo?

–¿Me pongo ya a buscar la cámara oculta?

–¿Por qué?

–¿Tú no eres el mismo que se reía de mis miedos hace dos días?

–Puedo reírme de una chica que le tiene miedo a un pasillo oscuro pero no de una mujer que llora. Y menos después de conocer todo lo que me has contado.

–Aún no puedo creer que te haya contado todo esto. Supongo que has heredado el don de tu padre.

–¿El don de mi padre? –preguntó Daniel, mientras tomaba un sorbo de su infusión.

–Obtener mil respuestas sin que el sonsacado en cuestión sea consciente de todo lo que ha dicho de más hasta que ya es tarde. Supongo que por eso sois buenos en lo vuestro.

–¿Eso es un elogio?

–¿Tú qué crees?

–No lo tengo muy claro.

–Tengo que irme, Daniel –dijo ella, tras un breve silencio—. Si de veras no es necesario que vuelva al bufete a...

–Despreocúpate.

–Gracias por todo.

Él asintió mientras la veía marcharse.

–Marian –la llamó.

Ella se volvió en la puerta.

–Trae las cosas mañanas. Ya sabes, magisterio. Te echaré un cable.

–¿Al cuello?

Daniel sonrió y Marian ya no dijo nada más antes de abandonar el local.

## CAPÍTULO 6

Álvaro se detuvo frente a la mesa de Daniel, que terminaba de hablar por teléfono. Cuando se despidió de su interlocutor al otro lado del aparato, resopló, hastiado.

–Tienes una pinta horrorosa –apuntó Álvaro.

–Siempre serás más feo que yo, así que estoy tranquilo. ¿Cómo ha ido?

–Me he reunido con ella esta mañana y me ha contado los pormenores del asunto.

–¿Y?

–Antes de nada, la gran pregunta: ¿por qué quieres ayudarla?

–Eso no es asunto tuyo. ¿Cómo pintan las cosas?

–Le has echado el ojo, ¿no? Te gusta esa chica.

–Álvaro...

–Es preciosa, eso es innegable. Como una muñeca. Pero hay muchos *peros* que deberías tener en cuenta.

–Cuando me interese tu opinión, te preguntaré. Sólo le estoy echando una mano porque me apena su situación, así que escupe y hazlo rápido porque tengo un caso muy jodido entre manos.

–Vale –concluyó, sentándose frente a él. Colocó sobre su mesa un *dossier* y lo abrió–. Tu amiguita es la mujer de Nicolás Ontiveros.

–¿Nicolás Ontiveros? Tiene más de 60 años.

–Sí pero está podrido en dinero. Va a ser muy difícil ir a por él, Dani. A tu padre no le va a hacer ninguna gracia pleitear con ese tipo y mucho menos que seas tú quien lo pague.

–Por suerte no se trata de que le haga gracia a mi padre, que por otro lado, no tiene por qué saber quién costea el caso, sino de ser, cuanto menos, justo en el proceso.

–Justo en el proceso... ¿Estás hablando en serio?

–Por desgracia. Ella no quiere machacarle.

–Pues menos mal porque machacarle iba a ser imposible.

–Bueno, manteneme informado de todo.

Álvaro se repantigó en su silla y continuó mirando a Daniel, incrédulo.

–¿Quieres que siga adelante?

–Para eso hablé contigo, Álvaro. ¿Qué pasa?

–Es solo la mujer de la limpieza, Dani; haz con ella lo que el cuerpo te pida y olvídate. Complicarte la vida de esta forma es absurdo. Es una chica mona que se enreda con un viejo forrado para que la mantenga y cuando se harta, quiere darle la patada pero sin irse de vacío. ¿Y tú quieres buscar problemas con tu padre por ella? Sinceramente, amigo, no estoy seguro de querer llevar el caso porque...

–Olvídate del caso –zanjó Daniel, incorporándose.

Recogió la carpeta que Álvaro había dejado sobre la mesa y recorrió la oficina hasta llegar al puesto de trabajo de Sergio.

–¿Qué pasa, *zombie*?

–Joder, al final tendré que creer que tengo mal aspecto.

–Pronto las ojeras te habrán deborado. ¿Qué quieres?

Daniel colocó el *dossier* sobre su mesa.

–Sé que estás a tope pero necesito que aceptes este caso.

–Admítelo –respondió Sergio, mientras abría el expediente–, quieres que llegue a tu nivel 'ojeril', ¿verdad?

–Eso es. No puedo dejar de ser el hombre más apuesto de este bufete.

Sergio sonrió.

–Dani, sabes que no doy abasto...

Él se mantuvo en silencio, aguardando expectante, ante su reacción cuando Sergio conociese a las partes implicadas en aquel divorcio.

–¿Quién es Marian Hernán?

–La chica de la limpieza.

–¿Te ha pedido que la lleve yo? Espera, ¿y su marido es Nicolás Ontiveros?

–No, no me lo ha pedido; se lo he ofrecido yo. Y sí, su futuro ex es el súper empresario.

Sergio resopló.

–Lo único que tienes que hacer es guiarla para que todo acabe lo antes posible y el viejo no la deje con una mano detrás y otra delante. Nada más.

Sergio resopló.

–Lo único que puedo prometerte es que estudiaré el caso.

–Gracias. No es poco.  
–¿Es un favor personal, Dani?  
–¿Por qué lo preguntas?  
–Ha sonado así. 'Gracias, no es poco'. ¿Me he perdido algo?  
–Odio trabajar con abogados, no hacéis más que preguntar. Es una chica que me despierta mucha ternura.  
–Oh, sí, lo noté en cuanto le exhalaste el humo de tu cigarrillo en la cara.  
–Pensé que se estaba riendo de mí.  
–Ya... Imposible que alguien no conozca a Daniel Segovia, ¿no?  
Inaceptable.  
–¿Vas a parar de una vez?  
–En cuanto confieses. ¿Quieres ayudar a esa chica solo porque te despierta ternura?  
–No lo está pasando especialmente bien pero tiene claras unas metas que ahora mismo parecen muy lejanas. No sé, parece muy débil pero tiene una fuerza increíble. No se queja ante nada y se limita a resistir, a afrontar. Eso me gusta.  
–Dios, Dani, solo te he oído una vez hablar así de una mujer.  
Daniel suspiró, sin decir nada.  
–¿Te gusta?  
–Un poquito –confesó.  
Sergio sonrió.  
–Un poquito...

\*\*\*\*\*

Cuando Marian entró por la puerta del despacho, Daniel la observó con una media sonrisa trazada en los labios. Ella había terminado ya el trabajo y volvía a recoger su cabello en una cómoda coleta. Suspiró y sostuvo la mochila que había depositado, como siempre, en el perchero de recepción. Después se acercó despacio.

–Quería darte las gracias. Esta mañana he charlado con Álvaro y me ha parecido un chico muy majo. Aunque no tuve la sensación de que esté muy convencido con todo esto...

–Olvídate de Álvaro. Será Sergio quien lleve tu caso. Álvaro está un poco... verde.

–¿Verde? –preguntó ella, acercándose más—. No quiere llevarlo, ¿no?

–Confío mucho más en Sergio.

–¿Sergio también te debe un par de favores?

–Sergio me debe la vida. Vamos, siéntate.

–No deberíamos hacer esto. Estás en medio del caso más mediático de los últimos años y esto es solo... bueno, solo va a robarte tiempo.

–Tengo atado todo lo que hoy quería dejar listo, de modo que no me quitas nada de tiempo.

Marian tomó asiento junto a Daniel y puso sobre la mesa, mucho más despejada que de costumbre, los enseres y la libretas.

–¿Por qué lo haces? –quiso saber ella.

–Porque me parece loable tu meta.

Marian sonrió y ya no tuvo tiempo a responder antes de que Daniel empezase a hablar de nuevo:

–Vale, te hablé de unos cuantos errores, ¿recuerdas? No sé si habrás tenido tiempo para revisarlos.

Marian apagó el cigarrillo que Daniel tenía prendido sobre la superficie del cenicero.

–Lo cierto es que no –respondió.

Daniel sonrió, incrédulo pero sin decir nada al respecto

–Aquí –le señaló–. Y aquí. Esto habría que borrarlo todo. Y empezar de nuevo.

–De acuerdo.

El tiempo transcurría de una forma mágica que a Marian le parecía imposible por momentos. En boca de Daniel comprendía todas aquellas explicaciones que empezaba a dar por imposibles en la escuela de adultos, por mucho empeño que pusiera en aprenderlas. Por momentos, sin embargo, se embelesaba en algo muy distinto a las explicaciones que le daba, tomando fijación en el movimiento de sus labios, en el verde hipnótico de sus ojos, en sus facciones perfectas.

–Eso es –aplaludió él ante las anotaciones de Marian, que había logrado resolver los últimos problemas sin ayuda.

–No puedo creer que fuese tan sencillo.

–Probablemente no puedas comparar a tu enano, jorobado y cateto profesor conmigo.

Marian rió de buena gana.

–¿Por qué tiene que ser enano, jorobado y cateto?

–¿No lo es?

–Para tu información es una mujer. Y Adela no es ni enana ni jorobada ni cateta.

–Como sea. Con ella no te enteras y conmigo, sí, ¿no?

–En eso debo darte la razón. Pero seguro que es culpa mía y no de ella.

–¿Por qué? –preguntó Daniel–. ¿A mí me prestas más atención? –añadió acercándose más a ella.

Marian tragó saliva, incapaz de dar con la reacción adecuada. Lo tenía tan cerca que era capaz de distinguir las diferentes tonalidades que conformaban el verde de sus ojos, más oscuros por fuera, más claros por dentro. Su nerviosismo fue en aumento cuando él le colocó la mano en el pelo.

–¿Puedo? –susurró.

Y sin tan siquiera esperar respuesta, la goma que mantenía sujeta su cabellera se deslizó guiada por los dedos de Daniel hasta soltarle el pelo. Se lo apartó de la cara con suavidad y sin más demora, buscó sus labios, generando un chispazo eléctrico en el contacto de ambos. Apenas fueron unos pocos segundos y cuando él se apartó Marian sintió que le arrancaban el aire de los pulmones. Daniel se mantenía muy cerca de ella, recreándose en cada rincón de su rostro, observándola con descaro: sus ojos, su boca. Colocó su mano sobre la mejilla de ella y acarició sus labios con devoción, humedeciendo los suyos propios, que volvieron a embestir los de Marian, para su regocijo. Ella lo sujetó, desde la nuca, pegándolo más, imposibilitando una separación que ya había experimentado en el primer beso y que la ahogaba en una desagradable sensación. Pero ese instante llegó y aunque la propia Marian prolongó la separación, besándolo de nuevo, encontrarse con la sonrisa de Daniel la relajó sobre manera.

–Tendría que irme –logró decir ella.

–Te llevo.

Marian se puso en pie como un resorte mientras recogía sus cosas y negaba con la cabeza.

–No, no es necesario.

–No tienes coche, ¿no?

–No. Pero no vivo lejos y no hace falta...

–Estamos en invierno. Oscurece enseguida y sé lo poco que te gusta moverte así.

–¿Ahora te preocupa? He salido de aquí mucho más tarde por tu culpa.

–Eso es un golpe bajo. No tenía ni idea de lo que te había ocurrido. No podía saberlo.

–Lo siento. Tienes razón. Pero en serio, no... no necesito que me lleves.

–¿Dónde vives?

–Daniel, no me gusta que me controlen... Hay cosas que...

–No lo pretendo, pero dijiste que tu marido te echó de casa.

Marian cerró los ojos y se mantuvo inmóvil al tiempo que lanzaba un largo y profundo suspiro. Daniel se puso en pie.

–¿No tienes ningún sitio donde quedarte?

–Ayer pasé la noche dando vueltas en el aeropuerto –confesó, con las lágrimas abrasándole los ojos–, fingiendo esperar algún avión que llegaba con retraso...

De pronto se irguió, confusa ante el hecho de haberle confeso aquello sin esfuerzo alguno por parte de Daniel.

–¿Por que cojones no me dijiste nada? –exclamó él–. Estuvimos juntos antes, charlando. Te sinceraste y...

–Y sigo tendiendo derecho a decidir qué quiero que sepas y qué no de mi vida, ¿no te parece? –Daniel la miraba en silencio, incrédulo–. Ya me ayudas con el asunto de divorcio. No quería...

–¿Y tu hija? –la interrumpió el.

–Mi hija está con mi marido. Al menos me tranquiliza saber que está bien.

–Ven a mi casa.

–No, de ningún modo.

–¿Y adónde vas a ir?

–Había pensado... si pudiera quedarme aquí, me marcharía antes de que lleguen los...

–¡Marian, por Dios! Ven a dormir a mi casa. No ocurrirá nada que no quieras que ocurra. Sólo te ofrezco un techo y una cama para descansar, al menos por esta noche.

\*\*\*\*\*

El bohemio ático de Daniel la enamoró en cuanto cruzó la puerta. No era demasiado grande pero estaba perfectamente amueblado, todo limpio y ordenado. Un pequeño recibidor le daba la bienvenida mostrándole su propia imagen en un espejo de cuerpo entero y un par de cuadros con

motivos abstractos.

Daniel se hizo a un lado, cediéndole el paso y Marian llegó hasta un amplio salón con un sofisticado mobiliario y una cocina americana a mano izquierda. Caminó despacio, observando cada detalle y comprobando que al fondo, a la derecha un oscuro pasillo conducía a lo que debía ser el baño y el resto de habitaciones.

Lo más llamativo de todo, sin embargo, era la enorme terraza que quedaba al otro lado del salón y que mostraba un cielo profundo y cubierto de estrellas, apartando a los edificios más cercanos, que se situaban varios metros por debajo del altísimo ático.

Daniel abrió la puerta de la terraza y la invitó a asomarse. La noche era ya profunda y un airecillo frío mecía suavemente las hojas de las plantas colgantes que había por toda la pared, dotando al lugar de un toque más natural.

–Es precioso –murmuró Marian, asomándose a la barandilla–. Increíble.

–Pues esta preciosura increíble es toda tuya, al menos mientras me doy una ducha. Come lo que quieras de la cocina o... estás en tu casa.

Daniel le acarició suavemente la mejilla y desapareció a través de la cristalera, torciendo después hacia el pasillo, cuya luz prendió.

Marian continuó observando la ciudad que quedaba varios pisos más abajo. Cerró los ojos y dejó que el vientecillo la golpease en la cara, arrancándole las malas sensaciones que serpentaban debajo de su piel, amenazando con quebrar una noche mágica. Temía lo que pudiera suceder entre ella y Daniel tanto como lo deseaba. Pero se había equivocado demasiadas veces en la vida como para limitarse a actuar sin pensar una y otra vez en las posibles consecuencias; consecuencias con las que después cargaría siempre.

Aunque se había jurado que nunca caería en aquel error, Marian tenía claro que Daniel Segovia era un hombre del que podía enamorarse locamente. Y también temía que no podría ser correspondida. Cierto era que él acababa de besarla en el despacho; besarla como no lo había hecho ningún hombre jamás pero ni siquiera sabía cuáles eran sus verdaderas intenciones para con ella. Una parte de sí misma trataba de convencerse de que todo cuanto le habían demostrado los hombres a lo largo de su vida era que no podía confiarse en ellos, que todos y cada uno de los sinsabores que había vivido, habían partido siempre de uno; no por enamorarse de la persona equivocada pero aquel sólo podía ser otro

error que sumar a una lista demasiado larga. Otra parte de sí misma la apremiaba a ver las cosas que Daniel estaba haciendo por ella de manera desinteresada: la ayuda que le había ofrecido en su divorcio, el desahogo que se había permitido ser con él o el ofrecimiento de su propia casa. ¿Podía complicarse la vida tanto un hombre solo para llevarse a una mujer a la cama? Quizás no un hombre cualquiera pero ¿Y Daniel Segovia? –le preguntaba una siniestra vocecilla en su cabeza.

Esa parte de ella que le solicitaba confianza en el abogado, también la hacía sentir culpable hacia sus propias dudas, pero no podía evitarlo y estaba segura de que, para bien o para mal, aquella noche, acabaría descubriendo la verdad sobre el auténtico interés de Daniel en ella.

Un sonido en la cocina la hizo voltearse, alertada. Pero aun desde allí, no tardó en descubrir que Daniel había salido ya de la ducha y que, con el cabello mojado y vestido de un modo mucho más informal a como ella acostumbraba a verlo, estaba cocinando algo. Portaba una camiseta blanca que evidenciaba un torso bien definido y cuidado, además de unos cómodos pantalones azul marino; un hombre guapo y consciente de sus encantos.

Marian se depojó de la chaqueta y la colocó sobre el sofá mientras tomaba asiento en uno de los taburetes que daban a la barra de la cocina americana.

–¿Sabes cocinar? –le preguntó.

–Ni en sueños. He hecho mis pinitos pero nunca tengo tiempo para darme un homenaje de postín, de modo que las escasas ocasiones en las que puedo comer en casa, prefiero que me cocinen.

–¿Quién?

–Georgina. Es un amor de mujer. Ya la conocerás algún día.

–Una mujer...

Daniel alzó la mirada y se guardó una mueca divertida, sin llegar a conseguirlo del todo.

–¿Estás celosa? Georgina tiene 72 años. Y lo prefiero así, de ese modo no surgen tentaciones.

Marian rió de nuevo. Y en ese momento se sorprendió a sí misma siendo consciente de que las escasas ocasiones en las que había reído en los últimos tiempos tenían todas un elemento común: Daniel Segovia. No sólo era un hombre guapísimo o un abogado de éxito; también era divertido, cuando uno lograba excavar más allá de aquella capa de fría

superficialidad con la que lograba ser hiriente y déspota.

La cena transcurrió entre más risas y comentarios, largas explicaciones, largos silencios y la complicidad de una atracción que parecía crecer a marchas forzadas. O que quizás siempre había estado ahí, soterrada bajo los miedos de una y otro.

Daniel regresó de la cocina, sosteniéndose aún el improvisado vendaje que se había colocado para cortar la hemorragia, después de romper dos vasos mientras los lavaba. Tomó asiento en el sofá, junto a Marian que se había echado una pequeña manta sobre las rodillas y se había quedado absorta, observando la llama del fuego que bailaba en la chimenea.

–¿Aún te duele? –le preguntó, mientras sostenía su mano y le apartaba el vendaje para ver la herida.

–Qué va –respondió él.

–No vuelvas a fregar los platos nunca más. Eres un maldito desastre.

Daniel la miraba, en silencio, mientras ella examinaba la herida que aún no había dejado de sangrar.

–En serio, creo que necesitarías puntos aquí. Deberías dejar que llame a...

Alzó la cabeza y fue consciente de aquella mirada que prácticamente la desnudaba; no porque la dejase desprovista de ropa a sus ojos, sino porque ante ellos, Marian se sentía indefensa e incapaz de actos tan vitales como respirar.

–¿Qué pasa? –murmuró.

–Nada. Me gusta tenerte aquí.

Daniel se acercó más a ella y sus dedos jugaron con los mechones del largo cabello de Marian.

–A mí también me gusta... estar aquí... contigo.

Marian lo abrazó y apoyó su mejilla sobre el pecho de él, que se recostó ligeramente, hundiendo sus dedos entre su pelo.

–Este sitio es genial. Creo que podría morirme aquí... –musitó la joven.

–Espero que no te mueras. Ni siquiera yo podría demostrar que no te maté, sino que moriste embargada en atracción

Marian se alzó ligeramente y le miró.

–¿Embargada en atracción? No puedo creerlo. Hace apenas dos días, me insultabas en los oscuros pasillos de tu bufete.

–No te insultaba. Más bien tú te empeñabas en reclamar mi atención con absurdas patrañas.

Marian se irguió del todo, apartándose.

–¿Patrañas? ¿Eso crees?

Daniel le dedicó una larga mirada antes de hablar.

–No, claro que no. Lo único que sé es que escondes algo y me encantaría saber qué es.

–¿Por eso estoy aquí? ¿Tu orgullo no puede admitir que haya información de mi vida que no hayas tenido las narices de sonsacar?

–¿Por qué te lo tomas todo de esa manera? Es como si vivieras continuamente a la defensiva.

–No, no vivo continuamente a la defensiva porque si lo hiciera, no me permitiría bajadas de guardia como la que he tenido hoy contigo.

Marian se puso en pie y Daniel la sujetó de la muñeca, propiciando que ella se apartase de forma brusca. El hombre se puso en pie.

–No me toques.

Daniel alzó las manos en señal de aceptación.

–Lo siento.

–Creo que será mejor que me vaya.

–Marian, te he invitado a pasar aquí la noche. No tienes adónde ir.

–No importa.

–Te he dicho que no sucedería nada que no quisieras.

–¿En serio?

Daniel puso los brazos en jarra.

–Mi habitación está al fondo, a la derecha. Yo dormiré aquí.

–De ningún modo. Es tu casa y si me quedo, seré yo quien duerma aquí.

–No voy a aceptar que una mujer duerma en el sofá mientras yo lo hago en la cama.

–Entonces me largo.

–¿Por qué lo haces todo tan difícil? –exclamó él.

Marian lo miró durante unos segundos y después corrió hacia la habitación que él le había indicado, encerrándose allí.

\*\*\*\*\*

Daniel dormía profundamente cuando Marian atravesó el pasillo, envuelta en una manta e incapaz de conciliar el sueño. Caminó descalza hasta el sofá y se agachó junto a él, observando el rostro de Daniel, al que equiparaba con un niño pequeño, rendido después de un día de

travesuras. Sonrió mientras le apartaba el pelo de los ojos y deslizaba su dedo sobre su mejilla, apenas un imperceptible roce que, sin embargo, lo despertó. Alzó la cabeza, confuso, mientras se apoyaba sobre sus codos, con los ojos entrecerrados.

–¿Qué pasa? ¿Qué hora es?

Marian sujetó su rostro y lo besó en los labios, borrando de un plumazo las preguntas y el desconcierto. Él le devolvió el beso, respondiendo sin reticencias a la exigencia que ella le lanzaba.

–Lo siento –susurró Marian, con la frente pegada aún a la de él–. Lo siento mucho.

–Está bien –respondió Daniel, en idéntico tono. La besó en la mejilla y la acarició con delicadeza, mientras se arrodillaba en el sofá, tratando de incorporarse–. ¿Qué hora es?

–Apenas las tres de la madrugada.

Daniel se sentó y trató de despejarse.

–¿No puedes dormir? –preguntó.

–No quiero dormir.

Marian se despojó de la camiseta de pijama que había cogido de la habitación de Daniel y la dejó caer al suelo, mientras él observaba su bonita silueta recortada por las sombras de la noche. El fuego se había extinguido ya en la chimenea pero la calidez aún flotaba por la habitación esparciendo el aroma a leña quemada.

Después de quitarse también el pantalón, se sentó a horcajadas sobre el regazo de Daniel, que la recibió satisfecho y entregado. Él paseó sus manos a través de su suave espalda, mientras se besaban y ella le arrancaba la camiseta para deleitarse en un cuerpo que hasta el momento sólo había podido imaginar, sin que esta vez las expectativas acabasen frustrándose ante la realidad; más bien al contrario: el cuerpo de Daniel era el escenario perfecto para abandonarse al deseo que la devoraba con la misma voracidad que podía percibir en él.

Las manos de Daniel desabrocharon el sujetador con pericia y poca dificultad. Marian se irguió para quitárselo y los besos de él se descolgaron en una dulce caída hasta su pecho. Sus manos, sobre su espalda, la apretaron más hacia sí, arrancándole un gemido a Marian.

Daniel se puso en pie, sosteniéndola y caminando, sin dejar de besarla, hasta su habitación en penumbra. La cama estaba deshecha y sobre ella se derrumbaron, él encima de ella.

Mientras Marian permanecía tumbada sobre el lecho, Daniel se arrodilló y se deshizo de su pantalón. Aquella pausa que sólo mantenía la conexión en el ardiente deseo de sus miradas, se le hizo a Marian eterna. Lo reclamó con los brazos extendidos y él volvió a desplomarse sobre ella, encajando en una sinfonía física de cuerpos que generaron uno y mil escalofríos en la piel de Marian. Cerró los ojos y trató de abandonarse a aquella locura; seguía sin saber qué quería Daniel de ella, si todo podía limitarse a lo que le entregase aquella noche. Pero tampoco sabía lo que ella misma quería de él y su mente, obnubilada, la apremiaba a relegar voluntades y entregarse únicamente al deseo más ardiente, el mismo que la había quemado la primera vez que lo vio, la primera vez que el contacto físico entre los dos se había dado, e incluso la primera vez que ambos se habían gritado.

Se aferró al cabello despeinado de Daniel mientras él recorría su cuerpo con unos besos que dejaban en la estela de su lengua un paso inolvidable y vivaz. Sus manos acariciaban cada rincón de su ser, deleitándose, mientras ella se aferraba con fuerza a la almohada, abandonada a las sensaciones mágicas que él despertaba. Volvió a ascender, aprisionando los pechos de Marian en la deliciosa jaula de su boca y sus manos. Y entonces, algo se prendió en la mente de ella, un relámpago lejano, diferente y ajeno al placer que la embargaba. Lo empujó sin decir nada y Daniel se detuvo, confuso y sin apartarse.

—¿Qué ocurre?

—Dijiste que pasaría lo que yo quisiera —jadeó ella, aún alterada.

—¿Y no está siendo así? —murmuró él.

—No lo sé.

Daniel le dedicó una larga mirada y se apartó, recostándose a su lado, con la vista clavada en el techo.

—¿Estás enfadado? —le preguntó, sentándose en la cama y mirándole.

Él le devolvió el contacto visual.

—No, claro que no.

—¿Lo dices en serio?

—Marian, no voy a obligarte a hacer nada que no quieras hacer... aunque me desconcierta que primero vengas a buscarme y después...

—Tengo derecho a parar cuando quiera. A arrepentirme, ¿no crees?

—Por supuesto —respondió él, sentándose.

Encorvó la espalda hacia adelante y apoyó sus codos sobre sus rodillas,

mientras se aferraba su propia muñeca con la otra mano.

–¿Pero qué? –quiso saber ella–. Porque hay un 'pero', ¿no?

–No sé, Marian, es como si hubiera un tope entre nosotros, un límite que siento no podré rebasar.

–¿Este? ¿Acostarnos juntos? –preguntó ella, sentándose frente a él, sujeta a la sábana que ocultaba su desnudez ante Daniel.

Él la miró, molesto y se incorporó.

–No, no el de acostarme contigo, sino el de abrir una confianza que te permita explicarme lo que sea que te guardas.

–No tienes que saberlo todo de mí, Daniel. Yo apenas sé nada de ti.

–Tienes razón –aceptó, mientras recuperaba los calzoncillos que se había quitado y se los ponía.

Marian gateó hasta su lado y sujetó su mano, impidiéndole ponerse también el pantalón.

–Hay muchas cosas que no sé de ti, Daniel. Pero especialmente no sé qué quieres de mí. Ni siquiera sé qué quiero yo de ti. Y si esto no va a ninguna parte... Mi vida ya es lo suficientemente complicada. Ni siquiera me he divorciado aún.

Él suspiró y dejó caer el pantalón mientras se sentaba en la cama, dándole la espalda a Marian.

–Sinceramente, nunca me planteo adónde van a llegar las cosas. Simplemente dejo que pasen. Y que lleguen hasta donde tengan que llegar. Sin acelerador. Y sin freno.

Marian abrazó su cintura y colocó su barbilla sobre el hombro de él, que acarició su mejilla y volteó ligeramente la cabeza para besarla en los labios.

–Lo siento. No soy la mujer más sencilla del mundo.

Él sonrió.

–Quizás por eso me tienes así.

Los labios de Marian se curvaron en otra sonrisa contra la mejilla de él.

–¿Así cómo?

–Intrigado, desconcertado, pendiente de ti, embobado.. Te dije un día que era incapaz de mantener la mirada sobre mi trabajo por más de cinco minutos seguidos.

–Sí, eso y otras lindezas...

–No, no era porque me molestases o me interrumpieras. Era el simple hecho de que estuvieras ahí.

El silencio los envolvió durante unos segundos, mientras ella se mantenía detrás de él, abrazándolo y él acariciaba sus brazos, mejilla con mejilla.  
–¿En qué piensas? –preguntó él.

Marian le sujetó del rostro y le obligó a mirarla.

–Tienes razón en que hay algo importante que me estoy callando. Pero... te lo contaré llegado el momento. Confía en mí.

Él asintió, tratando de ignorar el alocado bombardeo de hipótesis que noqueaban su mente.

Marian volvió a besarle y, aunque contenido, él fue incapaz de negarse. Ella tiró de su brazo, devolviéndolo a la cama y en pocos segundos volvió a sentirse envuelta con su abrazo, aunque ni siquiera ella podía ser ajena a las reticencias que percibía en él.

–¿Qué pasa? Di la verdad, ¿estás enfadado?

Tendido sobre ella, él negó con la cabeza.

–No estoy enfadado, Marian, no hay motivo.

–Quiero que duermas conmigo –murmuró.

Daniel la abrazó, volteándose ligeramente para acabar tendido a su lado. Marian no estaba mintiendo. Tener la certeza de que él se detendría y respetaría su decisión si ella no quería seguir adelante era todo cuanto necesitaba pero no quería precipitarse. De algún modo y aunque supiera que no tenía derecho a hacer aquello, poner a prueba a Daniel se presumía como algo vital, merced de los sentimientos que estaban empezando a nacer en ella.

Todo era tan distinto a lo que había vivido con Nicolás.

Pese a conocer todas y cada una de las experiencias de su vida, su marido nunca había entendido las reticencias de Marian por acostarse con él, sus miedos e inseguridades, más propios de una niña que de la mujer adulta que él ya conoció.

–Seguro que es la primera vez que te pasa esto –dijo Marian, sonriendo con una tristeza que Daniel no alcanzaba a ver.

Ella se mantenía recostada sobre su pecho mientras sentía los dedos de él acariciar su brazo.

–Sí pero no deja de sorprenderme que a mi edad aún puedan pasarme cosas por primera vez.

–¿Lo valoras como algo positivo?

–Desconcertante, cuanto menos.

–Gracias por tener tanta paciencia, Daniel.

Percibió el suspiro profundo en Marian y se apartó ligeramente, propiciando que ella apoyase su cabeza sobre la almohada para poder mirarla, apoyado sobre su codo.

–Valoras como excepcional algo que ha de ser normal –le dijo–. Detenerse si la otra persona no quiere seguir adelante.

Marian tragó saliva.

–No... solo es que...

–¿Te ha forzado tu marido alguna vez?

Marian se irguió, visiblemente nerviosa y desvió la mirada de Daniel.

–Es mi marido...

–¿Y qué? –insistió él.

Al igual que ella también se irguió y sujetó su rostro, obligándola a mirarlo.

–Tu marido o lo que sea... Si sigue adelante cuando tú no quieres te estaría forzando. ¿Ha ocurrido eso?

–Sigues empeñado en que te cuente todo de mí.

–No estamos hablando de ninguna tontería, Marian.

–Solo te pido que dejes al abogado en el bufete y hoy seas solo Daniel. No quiero hablar de mi marido. No quiero hablar de nada más. Por favor. Marian volvió a abrazarlo y ante la resignada preocupación de él, se tendieron de nuevo sobre la cama para dar por concluida una noche diferente y extraña.

## CAPITULO 7

Cuando Marian abrió los ojos se encontró sobre la cama vacía. Se irguió rápidamente y un inevitable temor se adueñó de ella. Él no estaba. Se había mostrado comprensivo la noche anterior pero lo más seguro era que aquella hubiese sido la forma fácil de salir del entuerto; fingir aceptación, empatía y entendimiento, echarse una dormidita y huir a la mañana siguiente. Se puso en pie, convencida de que en el comedor o en cualquier otra parte encontraría una nota de él, disculpándose y pidiéndole que que no volviera a hablarle más o incluso que no regresase al bufete; dispuesto tal vez a ayudarla a encontrar otro empleo con tal de verla lejos.

Se puso la camisa y aun medio desnuda, caminó a través del pasillo, venciendo la resistencia de sus propios pasos, que se negaban a seguir avanzando para constatar una duda que, sin embargo, se disipó al instante.

Daniel estaba sentado en el sofá, sin camiseta y con la pequeña mesa que se situaba enfrente forrada en mil documentos, mientras escribía algo en su ordenador portátil, abierto a su lado, en el sofá. Entre su cabeza y su hombro sostenía el teléfono mientras hablaba:

–No, aún no lo sé. El lunes voy a verlo.... Ya, pero solo tenemos tres días hasta que empiece el juicio. No voy a poder... Imposible, Joana. Si no lo tengo el miércoles no me sirve de nada. Tenemos todo en contra ahí pero ya contábamos con eso. De acuerdo. Llámame en cuanto lo sepas. Adiós.

–¿Sábado por la mañana y ya estás así? –preguntó Marian, sonriendo.

Aún no podía creer la agradable sensación de alivio que había experimentado al verlo allí. Por un momento imaginó que Daniel era su marido y que aquel sería el despertar en un sábado cualquiera a su lado, enfrascado en su trabajo mientras ella dormía hasta tarde, juntos en aquel

acogedor ático mientras las grises nubes que se apelmazaban en el cielo, anunciaban un día de encierro, besos y abrazos.

Él se volvió y sonrió, aceptando de buen grado el beso en los labios que ella le daba, agachándose a su lado.

–Este caso va a matarte... –murmuró, mientras le apartaba el pelo de los ojos.

–No lo sabes tú bien. Pero bueno, en tres días empieza el juicio. Será un mes de locos y después, espero pegarme otro tanto de vacaciones a un mínimo de 10.000 kilómetros de aquí. Hazme caso, nunca desconectes a menos de 10.000 kilómetros.

La sonrisa se atenuó en los labios de Marian, sin que ella llegase a expresar la amargura que le generaba aquel horizonte. Un mes de locos en el que posiblemente él no tuviera ni un minuto que invertir en ella y otro mes a 10.000 kilómetros, lejos. Demasiado.

–Tendrás que tener un poco de paciencia, Marian –le solicitó él, tirando de su mano y sentándola sobre su regazo–. Mientras dure el juicio es posible que haya que ralentizar un poco las cosas, los estudios, lo encuentros... –Marian recuperó la sonrisa–. Pero después, si quieres, podemos desaparecer un tiempo. Distancia, despeje. No sé, sólo si quieres.

–¿Qué me he perdido, Daniel? ¿Qué hay entre ese momento en el que nos gritábamos de todo en el pasillo del bufete a este otro en el que hablamos de futuro? ¿Entre ese idiota arrogante que me miraba por encima del hombro y este hombre perfecto?

Daniel sonrió y le dio un beso en el esternón.

–En medio hay un tío asustado por perder las riendas de su vida. Decidido a levantar un muro contra ti y resginado a derrumbarlo cada vez que entras por la puerta. Eso te has perdido.

–¿Asustado? ¿Daniel Segovia?

–Acojonado, más bien. Soy asquerosamente racional, controlador... No sé, necesito saber que todo está en su sitio. Y cuando te enamoras, si algo es seguro es nada. Todo salta por los aires.

–Enamorarte... corres mucho, ¿no crees?

–Te dije que no me pongo acelerador ni tampoco freno. Lo mido todo al milímetro pero el amor no es así. No es racional, no mide tiempos, no avanza despacio, sino que lo embiste todo.

–¿No crees en el amor que avanza poco a poco?

–No, creo que en la contención de quien lo siente por miedo a estrellarse. Pero yo no sé ir así. O todo o nada.

–Qué radical...

–Extremo en todo. No digo que sea bueno; sólo es lo que es.

–¿Te has enamorado muchas veces? Pareces saber muy bien de lo que hablas.

–Alguna que otra.

Marian llevaba ya un buen rato perdida en el verde de los ojos de Daniel, escuchando sus voz, trenzando sus palabras, grabándolas en lo más profundo de su mente.

Tomó asiento a su lado y suspiró, mientras lo abrazaba, observando la fogotrafía que había sobre la mesa, una imagen del presunto asesino.

–¿Has hablado con él? –preguntó.

–Claro, es mi cliente.

–Tiene algo horrible en la mirada –añadió Marian, alzando de nuevo la cabeza que había apoyado sobre el pecho de Daniel.

–Es una persona normal y corriente, como tú o como yo.

–No, no es normal y corriente si ha sido capaz de hacer lo que ha hecho.

–Pero nadie sabe si lo ha hecho, Marian. Y mi trabajo es demostrar que no.

Marian tragó saliva y le miró.

–Las pruebas y datos que se manejan parecen irrefutables.

–Ya pero yo no me muevo por lo que parece o lo que quieran hacer parecer.

–¿Lo que quieran hacer parecer? ¿Quiénes?

–Los programas de la televisión. Trato de mantenerme al margen del juicio paralelo que están llevando a cabo pero resulta imposible aislarse por completo. Colocan una foto de un hombre que acaba de perderlo todo y le confieren un toque siniestro. Nadie puede explicar dónde estaba esa noche y nos inclinamos a creer en lo extraño de que toda su familia haya sido asesinada y él no. Bingo: culpable.

–¿Y por qué habríamos de creer en lo contrario?

–Porque existe la presunción de inocencia. Y todo el mundo es inocente hasta que se demuestre lo contrario. No es él quien ha de demostrar que no lo hizo.

–Todo el mundo es inocente... –murmuró Marian—. Eso no es así.

–¿Ah no?

–No, en cualquier caso, la culpabilidad ha de quedar demostrada pero eso no significa que sean inocentes hasta entonces. Dejan de serlo en el momento en el que cometen actos repugnantes como este. Como otros.

Daniel le dedicó una larga mirada, habiendo captado la angustia en su voz.

–¿Qué otros?

–Me... me refiero a cualquier acto delictivo. No sé cómo puedes defenecer a alguien así.

–Bueno, imagina por un momento que no es culpable.

–¿Imaginas tú que sí lo es?

Daniel guardó silencio y la vio alejarse de nuevo pasillo a través.

\*\*\*\*\*

Daniel se ajustó la bufanda y resopló, azotado por el viento cortante que soplaba aquella mañana. La burocracia que lo llevaba a moverse por la ciudad le permitía abandonar el despacho de vez en cuando y airearse pero aquella mañana sentía todo menos gratitud al haber de ir de un lado a otro con aquel frío infernal.

Lo vio desde lejos, cuando ya llegaba al edificio donde se encontraba el bufete. Nicolás Ontiveros. El hombre fumaba un grueso puro a las puertas de acceso. Su recia gabardina le llegaba hasta las rodillas, confiriéndole un aspecto aún más regordete. Por un momento se preguntó qué habría visto Marian en él pero trató de despejar aquellos pensamientos para forzar una sonrisa que no logró descargar de ironía.

–Señor Segovia –lo saludó el hombre, extendiendo el brazo–. Es increíble verlo sin estar rodeado de cámaras. Le deseo mucha suerte en el juicio que arranca mañana.

–Perdone que no le devuelva el saludo, señor Ontiveros. Tengo frío y preferiría no sacar las manos de los bolsillos.

Nicolás sonrió al comprobar que el hombre no tenía ya ninguna mano en los bolsillos.

–Ya veo –respondió–. A decir verdad había venido a ver a su padre. Me ha gustado reencontrarme con él.

–¿En serio? No imagino la razón...

–Bueno, sólo quería saludarle. Hace mucho que no lo veo y durante algún

tiempo, Manuel y yo fuimos buenos amigos.

–Un tiempo muy remoto. No recuerdo haberle visto demasiado por aquí. Ni tampoco por casa en los últimos años, cuando mi padre no ha gozado especialmente de muy buena salud.

–Ya sabes lo que dicen, muchacho, las buenas amistades están aunque no estén. No te importa que te tutee, ¿verdad? –añadió, antes de darle una calada a su enorme puro.

–Verá, señor Ontiveros, puede que con mi padre deba usted mantener ciertas apariencias pero conmigo no hace falta. Supongo que viene por algo relacionado con Marian y de ser así, deje de tomarse tantas molestias, en serio. No hace falta.

El hombre se acercó, tratando de mostrarse intimidante frente a Daniel, una intención que no quedó reflejada en el rostro, igualmente altanero, del otro hombre.

–Admito que me sorprende tratar este asunto contigo pero ya que pareces al corriente... Sé sobradamente que ella no tiene dinero para costearse los servicios de uno de los abogados de este bufete. Sin embargo, uno de ellos ha contactado conmigo para concertar una reunión y cerrar... los flecos de mi divorcio. Toda una sorpresa inesperada.

–Supongo que sabe que ella no cuenta con los medios económicos porque usted se está encargando de que así sea, ¿no?

–¿Eso te ha dicho?

Nicolás suspiró y le dedicó una rápida mirada al entorno antes de volver a centrarla en Daniel.

–Y lo peor es que tú la has creído, ¿verdad? Sí, Marian resulta muy creíble...

–Lárgate de aquí y no vuelvas. Me permites que te tutee, ¿verdad? Tú tienes tu abogao y ella tiene el suyo. Os estáis divorciando y lo único que quiere es que la dejes en paz.

–Te tiene muy bien informado, ¿no?

–Buenos días, Ontiveros –zanjó Daniel.

Le dio la espalda al hombre y empezó a subir los peldaños que llevaban hasta la entrada.

–Ten cuidado si se te ocurre ponerle una mano encima –le advirtió el hombre.

Daniel se volvió y le dedicó una mirada asesina.

–Vaya, ni siquiera lo digo por mí. Lo cierto es que ya me trae sin cuidado

lo que hagas con ella. Pero podrías acabar señalado como un violador. Para Marian todos lo somos.

Daniel volvió a bajar la escalera y se encaró con Nicolás.

–Todos... ¿Es posible que te tenga a ti como gran ejemplo en eso?

El hombre sonrió.

–Oh, no, en absoluto. Cuando la conocí ya venía con su trauma en la mochila, ¿no te lo ha contado? La violaron cuando era una mocosa. Está completamente paranoica y se hartará de calentarte en la cama para después darte la patada.

Daniel dejó caer el maletín que portaba al suelo y se abalanzó sobre Nicolás, llegando a asestarle un fuerte puñetazo a la altura del mentón. Algunos de los empleados que entraban y salían del edificio, acudieron rápidamente a separarlos y mientras el empresario permanecía tendido en el suelo, noqueado, Daniel fue arrastrado hasta la entrada del edificio.

\*\*\*\*\*

–No sé qué me resulta más difícil de creer –dijo Silvia– si el hecho de que hayas pasado la noche en su casa o que no haya ocurrido nada entre los dos.

–Pues ambas cosas son ciertas. No es fácil para mí, Silvia...

–Ya lo sé, Marian. No te recrimino nada. Pero no sé... Daniel Segovia no parece de ese tipo de hombres comprensivo y... en fin, no sé, supongo que todo son ideas preconcebidas.

–Te aseguro que no tiene nada que ver con lo que ves en televisión –respondió, sonriendo–. No es tan seguro como transmite ni tan frío ni tan implacable.

–Ese brillito en los ojos, Marian... Peligro...

–Dios mío –suspiró ella–. En parte es lo último que necesitaba ahora...

–¿Y por la otra parte?

–Por otra parte es justo lo que necesitaba...

–Me alegro tanto, Marian.

–No tan deprisa, Silvia. Él todavía no sabe... bueno...

–Eso no va a cambiar las cosas.

–No pero necesito tiempo para explicárselo y... no sé si vaya a tener tanta paciencia. Si no hay... bueno, ya sabes, si no me acuesto con él...

–Hace un momento lo describías como un hombre comprensivo y paciente.

–Si pero uno puede comprender lo que le explican; no lo que no le explican.

–Entonces cuéntaselo ya.

–Necesito asegurar un poco más las cosas. No voy a ventilarle mi vida a un hombre con el que tal vez no pase de ahí. Demasiado sabe ya... Por ahora todo va bien pero necesito afianzarlo más y... tampoco me he divorciado. Tengo la sensación de que todo va a un ritmo vertiginoso.

La conversación se vio interrumpida con los timbretazos que sonaron en la puerta.

–Por Dios, ¿quién será? –exclamó Silvia, desconcertada.

Cuando abrió la puerta, Daniel casi hubo de agarrarse al marco para no entrar como un loco.

–¿Daniel Segovia? –exclamó Silvia, incrédula.

Marian se asomó desde el fondo del pasillo, atónita ante el hecho de que Daniel la hubiera encontrado, pues ella jamás le había proporcionado la dirección de su amiga, con la que tampoco había aceptado vivir, aunque sí visitaba su casa regularmente para lavar la ropa o poder ducharse. Siempre a espaldas de Rafael, el marido de Silvia.

–Daniel... –murmuró, mientras se acerca—. ¿Qué estás... cómo has sabido?

–Disculpadme. Estaré dentro –se dispensó Silvia.

–¿Cómo has sabido que podías encontrarme aquí?

–Tengo mis recursos.

–Daniel...

–¿Por qué no me contaste lo de la violación?

Cuando fue capaz de reaccionar, Marian empujó a Daniel hasta que la espalda de él dio con la pared del rellano y cerró la puerta del apartamento de Silvia, mirando arriba y abajo para asegurarse de que ningún vecino los escuchaba.

–No puedo creerlo –murmuró, conteniendo el volumen de su voz—. No has parado hasta dar con ello, ¿no? Eres un malnacido incapaz de respetar lo que...

–¡Tu marido se presentó en el bufete y me lo soltó! –gritó Daniel.

–Shhhhhh –le pidió ella, colocando sus manos sobre el pecho de él—. No grites.

–¿Cómo cojones puedes ocultarme algo así?

La mujer lo agarró de la mano y lo arrastró escaleras abajo pero él se zafó y quedó algunos peldaños por encima de ella.

–¿En serio tiene que ser tu marido quien me lo cuente? No puedo creerlo.

–¿Crees que es fácil para mí hablar de eso? –gritó ella también, dolida–.

¿Crees que es algo que se pueda decir a las primeras de cambio? Puede que tú

acostumbres a moverte por la vida sin freno pero yo con con el de mano puesto. ¿Me oyes? Porque no quiero pasos en falso y porque aunque hayan pasado 16 años, lo revivo cada día una y otra vez.

Daniel se echó las manos a cara y resopló, con la mirada clavada en el suelo.

–Es algo que tenía derecho a saber, Marian –murmuró–. Ni siquiera por mí, sino por ti. Porque de pronto lo de la otra noche tiene tanto sentido como el miedo a los portales o pasillos oscuros. Pero yo no podía saberlo. No soy adivino.

–Lo sé –sollozó ella–. Te lo hubiera contado, Daniel. Sólo necesitaba tiempo. Solo eso.

Daniel le dedicó una larga mirada y la sujetó de la mano, atrayéndola hacia sí para abrazarla.

–Dios... No sabes cómo lamento el modo en el que te he tratado... La noche en que la le rompí la nariz a Luis tú pensaste que él...

–Daniel, no pienses en todo eso –le pidió ella, acariciándole el rostro–. Por favor.

–Hoy se la he roto a tu marido –murmuró él.

–¿Qué?

–Vino al bufete, buscaba provocar y yo le provoqué a él, concretamente una fractura nasal, según he podido saber.

Marian trató de sonreír pero el sentimiento no se abrió paso a través de sus labios.

–No hace gracia, Daniel. Te demandará, justo hora que estás en mitad de ese caso... y tu padre querrá evitar líos y me pondrá de patitas en la calle y entonces yo...

Daniel la besó en los labios, silenciándola.

–Que me demande –murmuró–. Que haga lo que quiera. Mi padre no va a echarte, Marian.

–¿Cómo has sabido que estaba aquí?

–Ya te he dicho que soy un tío de recursos. Y no hablo de los que tengo el juzgado.

Marian sonrió.

–Tu hija... –siguió diciendo él– es...

Ella asintió.

–Sí, me quedé embarazada.

Daniel negó con la cabeza, conteniendo una rabia que se hacía visible desde sus despetallados ojos verdes.

–Ahora entiendo tantas cosas...

Ella lo abrazó de nuevo, aferrándose a su cintura, mientras los besos de él se perdían entre su cabello oscuro.

\*\*\*\*\*

Daniel entró sin tan siquiera llamar en el despacho de su padre, que alzó la vista de los documento que ojeaba.

–¿Dónde estabas? –le preguntó a su hijo.

–Salí un momento. ¿A qué ha venido Ontiveros?

–Más bien a qué ha venido lo que ha pasado con él. Dicen que le golpeaste.

–Ese tipo tiene fama de tener la boca muy grande.

–¿A qué te refieres?

–¿Vas a decirme a qué ha venido, sí o no?

–Te sugiero, hijo, que te calmes un poco. Nicolás ha venido a preguntar por Sergio. Está llevando a su mujer en el divorcio y quería hablar con él pero Sergio no está esta mañana. Lo cierto es que me ha sorprendido; no sabía que se estaba divorciando. Ni siquiera sabía que estaba casado y mucho menos que Marian, la chica de la limpieza, fuese su mujer.

–No le está poniendo las cosas muy fáciles, papá. Marian teme por su empleo aquí y Ontiveros mueve muchos hilos.

–Con sus títeres, imagino. Resulta decepcionante que me consideres uno de ellos. ¿Crees que voy a contratar o a despedir a quien él me diga? Esa chica está haciendo un buen trabajo y si no me da razones para echarla, no lo haré, así sea la mujer de Satanás.

–Muy conveniente la metáfora...

–¿Qué tienes tú que ver con todo esto? –insistió don Manuel.

–Yo le pedí a Sergio que asesorase a Marian durante todo el proceso de divorcio.

–Lo que tú deberías hacer es centrarte en el caso que te atañe. Te recuerdo que mañana empieza el juicio.

–Lo tengo perfectamente en cuenta.

Manuel dejó atrás su mesa y, con paso sereno, se acercó hasta su hijo, colocando la mano sobre su hombro.

–No soy estúpido, Dani. Céntrate en tu caso, gánalo y después, diviértete, comprométete o cástate con quien te dé la gana. Nos jugamos mucho prestigio

en todo esto.

\*\*\*\*\*

Sergio hojeaba los documentos del *dossier* ante la atenta mirada de Marian. El hombre resopló y se echó hacia atrás en su silla, tratando de forzar una mal disimulada sonrisa.

–Hay que ser cautos, no hay garantías de nada, Marian.

–Pero Elena quiere irse con él y como has dicho, su situación es mucho mejor.

–Aun así. Vamos a tomar las cosas con calma, ¿de acuerdo? Es evidente que Nicolás no quiere hacer de esto algo fácil pero ese desgaste puede acabar yendo en su contra. Tenemos tiempo, no vamos a ceder a sus presiones.

Ella asintió.

–¿Cómo está Daniel? –preguntó tras un largo silencio.

–Estresado. Pero bien, no te preocupes. Este tipo de situaciones son su salsa. Marian asintió sin decir nada.

–Es normal estar sin saber mucho de él durante estos procesos, Marian. No lo tomes como algo que probablemente no es. Le conozco desde hace muchos años. Le gustas. Mucho.

La mujer suspiró, ligeramente nerviosa.

–¿Te ha dicho algo...?

–No en estos días pero créeme, si no le importases no me habría pedido que llevase tu divorcio.

–¿Y por qué accedes? Es decir, es tu amigo y lo entiendo pero esto es tu trabajo, el pan de tus hijos. ¿Tienes hijos?

–Dos –respondió Sergio, sonriendo–. Marian, no debería decirte esto pero... Dani está costearlo el caso.

–¿Qué?

–Lo que oyes. No... no te engaño si te digo que Dani no es el tío más solidario del mundo ni el que iría por ahí solventando todos los males de la humanidad. Pero si se toma estas molestias contigo, asústate. Va en serio.

–No puedo creerlo...

–No te quedes con eso. Quizás esté feo decirlo pero lo que puede suponer el coste del proceso no es nada para él. Lo que trato de que entiendas es que le importas de verdad.

–¿Y por qué dices que debo asustarme? –quiso saber ella, algo más relajada.

–Porque Dani es muy extremo y cuando se entrega, podría regalarte el planeta, si se lo propusiera. Por eso luego los batacazos también han sido de órdago. Espero que esta vez no sea así.

–¿Se ha enamorado muchas veces?

–Bueno, más allá de una relación de tres años en la universidad, estuvo a punto de casarse hace casi cuatro.

–¿Casarse?

–Sí, casarse. Ella lo plantó el día antes. Al menos tuvo el detalle de no hacerlo en el altar –ironizó Sergio.

–¿Por qué lo dejó?

–No lo sé, a Sergio le dijo que tenía dudas, que no lo veía claro, que necesitaba pensarlo bien... De eso hace ya casi cuatro años, como digo, así que supongo que finalmente optó por no hacerlo. Y te aseguro que pocas veces he visto a Dani tan tocado. Pero no es de los que dice que no volverá a enamorarse o que cierra las puertas a cualquier mujer, no señora.

–Vaya...

–Marian, puede parecer un tío frío, duro, seguro de sí mismo hasta el hastío, sarcástico y mil cosas más. Seguramente por buena parte de todo eso, es bueno en su trabajo, pero solo es fachada. Ante una relación, especialmente, se come la cabeza con mil cosas, tiene sus dudas y miedos, igual que cualquiera de nosotros. Pero como te digo, no hay reservas en su entrega. Cuidalo.

–Pasaría a verle pero no quiero molestar.

–No seas tonta. No vas a molestarle. Al contrario.

–Lo cierto es... que lo echo de menos.

–Le va a encantar, seguro.

\*\*\*\*\*

Llamó a la puerta y esperó, con nerviosismo, los escasos segundos que Daniel tardó en abrir. Lo encontró de la misma guisa en la que había estado con ella hacía apenas unas pocas noches, una eternidad en el tiempo si se paraba a pensarlo. Su cabello oscuro se esparcía en multitud de ondas desordenadas sobre su cabeza. Vestía una camiseta oscura y un pantalón negro.

–Marian –exclamó, incapaz de ocultar su sorpresa.

–Siento presentarme así, sin avisar pero necesitaba...

Alzó la mirada sobre el hombro de Daniel y constató que el hombre no estaba

solo. La mujer rubia que lo había visitado aquella tarde en el bufete estaba allí, en su salón, con él. Sin embargo y a pesar de eso, Daniel la invitó a entrar. Ella lo hizo, dubitativa.

–Joana, ya conoces a Marian, aunque no os presenté la última vez.

La mujer extendió el brazo y Marian correspondió a su saludo con un firme apretón de manos.

–¿Va a quedarse? –preguntó Joanna.

Marian y Daniel cruzaron sus miradas, aguardando uno a que respondiese el otro.

–No... –murmuró ella, al mismo tiempo que lo hacía él.

–Sí.

Joana sonrió, mientras recogía los documentos que había colocado sobre la mesa.

–Bueno, ya terminaremos con esto. Aún hay tiempo –le dijo a Daniel.

Él guardó silencio, mientras se metía las manos en los bolsillos y, por un instante, Marian tuvo la sensación de que le incomodaba su llegada, interrumpiendo algo que a todas luces era importante para él.

–Adiós, precioso –zanjó la mujer, besándolo en la mejilla.

–Buenas noches –se despidió él.

Después de que la puerta se cerrase, Daniel empezó a recoger también los *dossiers* y documentos que cubrían su mesa, igual que sucedía en el bufete.

–Siento si he interrumpido algo... –murmuró Marian–. No creí que en tu casa también trabajáseis hasta tan tarde.

–Ya te dije que estos días iban a ser frenéticos –respondió sin mirarla–. Ha habido algún que otro contratiempo en la sesión de hoy y buscábamos la forma de equilibrarlo. ¿Cómo estás tú?

–Bien... –respondió, mientras colocaba su bolso sobre la mesa.

Observó en ese momento que sobre la mesa había dos copas vacías y que Joana había olvidado, además, una fina chaqueta azul sobre el sofá.

–¿Ha ocurrido algo? –preguntó Daniel, mirándola.

–Bueno, ocurre que me presento en tu casa después de dos semanas sin verte prácticamente el pelo y tengo la sensación de que sobro, a tu amiga y a ti. Y no me extraña en ella pero...

–Marian, estoy hasta arriba. Te avisé y te pedí que...

–Me avisaste y lo entiendo. Creo que he tratado de apartarme pero también te necesito, Daniel.

El tono tembloroso de su voz le hizo dejar todos los documentos sobre la mesa

y acercarse a ella para abrazarla.

–Lo siento, Marian. ¿Ha pasado algo? –repitió.

Ella le dedicó una larga mirada cuando se hubieron separado.

–Sí, ha pasado algo –respondió, percibiendo al instante la tensión en el cuerpo de Daniel–. Pasa que me estoy enamorando de ti y que te necesito. Y no pretendo comportarme como una cría pero...

Él sonrió y selló con un beso sus labios.

–¿Te estás enamorando? –preguntó con socarronería.

–Eso he dicho... precioso.

Daniel rió y volvió a besarla.

–¿Quién es? –quiso saber ella–. La rubia, la hemos mencionado mil veces pero no sé nada de ella.

–Es Joana, trabaja en el bufete –respondió Daniel, mientras la soltaba para seguir recogiendo el salón.

–No la he visto nunca allí. Salvo aquella noche.

–Normalmente viene por la mañana.

–Te trata con mucha familiaridad, ¿no?

–Hemos crecido prácticamente juntos. Estudiamos juntos en el instituto y también la carrera.

–Muchos cosas juntos, ¿no? ¿Alguna más?

–Marian, somos como hermanos, debes saberlo antes de que tu siniestra imaginación se lance a revolcarnos en una cama.

–Creo que llegas tarde. En mi cabeza os habéis revolcado miles de veces...

–No lo dudo pero lo que importa es que realmente solo ha ocurrido un par de veces.

Marian lo miró, atónita.

–Estaba bromeando, tonta. ¿Cenas conmigo?

–¿Puedo? –preguntó Marian, con un cómico puchero dibujado en sus labios.

Daniel sonrió de nuevo.

–No, no puedes. Debes.

La noche transcurrió en medio de una serena cena y una tranquila charla en la que ambos aprovecharon para ponerse al día después de casi dos semanas cruzándose solo en el bufete al marcharse él y llegar ella. A veces ni siquiera eso. Marian había respondido a las preguntas de Daniel acerca de su proceso de divorcio, sin entrar demasiado en detalles que pudieran preocuparlo o descentrarlo en un momento importante para él. Ya habría tiempo.

Cuando terminaron de cenar eran prácticamente las diez de la noche y las

conversaciones empezaron a ceder en favor de las miradas silenciosas y los gestos cómplices. Las distancias se recortaron y los besos y caricias suplieron a las palabras. Sin embargo, las cosas no pasaron de ahí y Daniel se incorporó, acariciándole la mejilla.

–¿Te quedas a dormir? –preguntó, mientras caminaba hasta la cocina.

–Bueno, no sé... no quería molestar y de hecho ya...

–He dicho a dormir, Marian. Nada más.

Ella lo miró, tratando de ordenar las ideas que amenazaban con poner su cordura patas arriba. Agradecía profundamente la paciencia y comprensión de Daniel pero no podía negar que otra parte de sí misma lo deseaba y anhelaba que ese deseo fuese mutuo.

Se puso de pie y caminó hasta donde estaba él.

–¿Hasta dónde te va a alcanzar la paciencia con todo esto?

–No te plantees eso.

–¿Cómo no voy a...?

–¿Nunca... nunca has acudido a un psicólogo?

–No –respondió ella.

–Creo que deberías. Y no para que seas capaz de hacer el amor con un hombre... conmigo –se corrigió–, sino por ti. Es evidente que arrastras un trauma y mientras no te liberes...

–Lo sé.

Daniel le acarició el pelo y le dio un beso en la sien.

–¿Quieres que hablemos de ello?

–No –respondió ella, tajante.

–Tal vez te ayude.

–He dicho que no, Daniel. Ha sido un error venir.

Él la sujetó de la mano, impidiéndole apartarse.

–No insistiré más, te lo prometo.

Marian guardó silencio.

–¿Te quedas entonces?

Marian no respondió y se limitó a asentir mientras lo abrazaba.

–El sábado por la mañana tengo que ir a recoger a Elena. ¿Te... gustaría acompañarme?

–¿A casa de don Nico?

Marian asintió.

–De acuerdo.

–Esta tarde he estado con Sergio.

–¿Qué tal avanza la liberación?

–Bajo mi punto de vista, es la antesala del infierno. Pero Sergio me pide cautela.

–Confía en él. Es el mejor en lo suyo.

–Sergio me ha contado que le vas a pagar tú.

Daniel apoyó las manos sobre la encima y resopló, sin llegar a decir nada.

–No debería aceptar.

–No me supone nada. Quiero ayudarte.

–Me has ayudado muchísimo, Daniel.

–Que te veas libre de ese hombre será el principio de muchas cosas fantásticas para ti: tu vida tranquila, tu hija contigo, tus cosas, tus estudios, tu trabajo. Tus metas. Tu futuro. No rechaces mi ayuda ahí. Por favor.

Marian asintió, sonriendo.

–También me ha hablado de otras cosas.

–Joder...

–Tranquilo, no es nada malo. Me ha hablado de tu boda fallida.

Marian caminó hasta el lado de Daniel y se aferró a su cintura, mientras él le pasaba un brazo por encima del hombro.

–¿Está superado?

–Más que superado.

–¿Y en qué convirtió ese golpe a Daniel Segovia? –Él la miró, sin comprender–. Los traumas nos transforman en alguien diferente de algún modo.

Él la observó largamente, consciente de que aquellas palabras portaban un significativo trasfondo para ella misma.

–Me hizo más fuerte –concluyó–. Lo que no te mata te hace más fuerte. Deberíamos ir a dormir –añadió tras un largo silencio.

## CAPÍTULO 8

Daniel observaba a Sergio, que llevaba ya un buen rato guardando silencio ante el expediente abierto. La chimenea del ático se había apagado hacía rato y el frío acrecentaba el nerviosismo de Daniel.

–¿Vas a decir algo o tengo que echarte una moneda?

Sergio suspiró.

–Lo que pasó el otro día no va a facilitar las cosas, Dani. Le rompiste la nariz a un tío que ya estaba enfadado por la petición de divorcio de su mujer.

–Me importa una mierda el estado anímico de Nicolás Ontiveros. No te estoy preguntando por eso.

–Hasta ahora se había mostrado bastante duro en las negociaciones, a pesar de que Marian no le pide nada. Ahora va a ser intransigente totalmente. Y eso no es todo.

Daniel se echó hacia atrás en el sofá y suspiró, al tiempo que se llevaba los dedos a las sienes.

–¿Y qué más puede haber?

–Lo primero: me lanzó un par de indirectas. Va a querer ir a por el hecho de que Marian y tú estáis juntos. Infidelidad.

–Eso es absurdo. Marian y él ya estaban en proceso de divorcio cuando ella y yo nos conocimos.

–Cierto, Dani. Si se lo recordamos al bueno de Nicolás, seguro que se le quita de la cabeza lo que sea que esté planeando, ¿verdad?

Daniel hizo una mueca burlona pero no respondió, pues sabía que Sergio tenía razón.

–Y el plato fuerte está en la hija de Marian. Va a hacer lo imposible para que la cría se quede con él.

–Pero ella es su madre.

–El juez podría tener en cuenta los deseos de la niña; quiere estar con él. Y lo cierto es que la situación de Marian no es la mejor. Nicolás tiene medios económicos, casa, trabajo... Estabilidad en definitiva. Marian no tiene nada.

No va a ser fácil, Dani.

\*\*\*\*\*

Daniel aparcó el coche frente a la enorme mansión de Nicolás, un elegante edificio, construido en piedra oscura con dos alas coronadas por blancos ventanales. Un alto muro, decorado con bonitas enredaderas que se aferraban a la tapia, florecidas, envolvía la propiedad, concediéndole una necesaria seguridad. Aquella casa se encontraba en la zona más exclusiva de la ciudad, un alarde de ostentación totalmente propio de alguien como Nicolás Ontiveros, pensó Daniel para sí. Una jaula de oro para Marian.

La lluvia caía con fuerza a última hora.

–Espérame aquí, por favor –le solicitó ella.

–¿Cómo que te espere aquí?

–No creo que a Nicolás le haga mucha gracia verte después de lo que sucedió, Daniel.

–Si no lo hace gracias, que no se ría.

Marian alzó una ceja, divertida.

–De acuerdo... –aceptó él–. Aunque no me importaría lo más mínimo, pasar a saludarle, insisto.

Marian se asomó por la ventanilla del conductor, ya desde fuera del vehículo y se despidió momentáneamente de Daniel con un beso en los labios.

–Gracias por venir –murmuró.

–No tienes que dármelas.

Sonrió y se dio la vuelta, caminando con determinación hasta la entrada, a cuyo llamador tocó. Apenas unos segundos después, su cuerpo menudo se perdía hacia el otro lado del muro.

Elena bajaba la escalera con una bolsa de deporte, los auriculares puestos y el móvil como foco de su particular atención. Nicolás apareció a través del pasillo, con las manos metidas en los bolsillos y pose indolente.

–Nos vemos el lunes –se despidió Elena de él, con un beso en la mejilla y un abrazo que a Marian le transmitió poco sentimiento, al menos por parte de él, que la miraba ella mientras se despedía de la chiquilla.

Sin mediar palabra, Elena rebasó a Marian y salió fuera.

–Parece que al fin las cosas van adquiriendo sentido, ¿no te parece? –preguntó Nicolás con calma.

–No tengo tiempo para adivinanzas, así que ve al grano.

–No has venido sola. ¿Por eso querías el divorcio? Es evidente que tú sola eres incapaz de hacer nada pero claro, con el abogadito es diferente, ¿no? El mismo nivel económico, quizás un poco menos pero más que suficiente. Y un tipo más joven. No te mueves mal, Marian.

–Te estás equivocando de lleno y aunque a estas alturas ya me importe muy poco lo que pienses, me tomaré la molestia de hacerte saber que Daniel no es la razón de mi petición de divorcio. El único motivo eres tú.

–Ya... No te lo voy a dar. No lo tendrás jamás. No para largarte con ese malnacido a disfrutar de la vida mientras yo, que te lo he dado todo, te tiendo una alfombra roja para eso. Te has equivocado de lleno conmigo, Marian. Y tengo el arma perfecta para demostrártelo.

–Elena... –murmuró Marian, sonriendo con ironía–. No es idiota. Acabará dándose cuenta de que te importa muy poco.

–Me importa más de lo que crees...

Marian dio media vuelta y dejó atrás a Nicolás, mientras regresaba bajo la cortina de lluvia, que arreciaba de manera considerable. Anduvo unos cunatos pasos y se detuvo de nuevo ante la escena que tenía delante: Daniel sujetaba el móvil de Elena, mientras esta dedicaba una mirada suplicante al cielo.

–Te lo digo en serio –exclamó él, mientras manipulaba el teléfono–. No has escuchado nada mejor en tu vida. El grupo se disolvió hace tiempo, aunque hay rumores de que van a volver. Ya no será lo mismo.

–¿Qué pasa aquí? –preguntó Marian, confusa.

Elena le arrebató el teléfono móvil de la mano a Daniel y se introdujo en el interior del vehículo.

–¿Conoces a los *Walking Purple*? –respondió él–. Tienes que conocerlos. Y tu hija también.

Marian sonrió.

–Vamos, abogado loco, entra en el coche o vas a coger un buen resfriado.

Habían avanzado un par de avenidas y el más absoluto silencio había convertido el corto trayecto en algo incómodo y extraño. Daniel había considerado oportuno que madre e hija mantuviesen un intercambio de impresiones que debían mantenerlo al margen a él pero las preguntas que Marian le había hecho a su hija habían obtenido monosílabos como respuesta y el mutismo había acabado por alzarse entre las dos.

–¿Qué estudias, Elena? –preguntó al fin Daniel.

–¿Te importa?

–Si no me importase, ¿para qué iba a preguntártelo?

–¿Porque eres el nuevo lío de mi madre y tienes que fingir interés en mí?

–Elena... –murmuró Marian, tratando de recriminarle.

–¿Qué?

–Daniel es un buen amigo y no te ha dado razón alguna para que seas grosera con él.

–Un buen amigo... No es eso lo que Nicolás me cuenta.

–¿Y qué es lo que te cuenta?

–Que te estás tirando a un abogado. Supongo que es este. ¿O es otro? Igual he metido la pata –añadió, riéndose.

Daniel miró a Marian y esta bajó la vista, clavándola sobre su regazo.

–Tranquila –añadió Elena–, a mí me da igual a quien te llesves a la cama. Con no tener que oiros me conformo porque lo cierto es que...

Daniel detuvo el coche con un frenazo seco y volvió a observar a Marian que, esta vez sí le devolvió una mirada confusa y desconcertada.

–¿Qué pasa? –le preguntó.

–No deberías hablar así a tu madre –espetó él, mirando a la chiquilla. Ni tú permitir que lo haga.

Marian no respondió.

–¿Tú también vas a darme la brasa? –respondió Elena.

Daniel guardó silencio durante unos segundos y finalmente habló:

–¿Sabes conducir? –le preguntó a Marian.

–¿Qué? ¿Por qué quieres saberlo?

–¿Sabes conducir, sí o no?

–Sí... –respondió Marian, extrañada.

–Entonces ve a casa con mi coche.

–¿Qué? ¿Por qué? ¿Adónde...?

Daniel abandonó el vehículo y abrió la portezuela trasera. Los claxons sonaban detrás pero aquello no parecía importarle a él.

–Sal –le ordenó a Elena.

La chiquilla miró a su madre.

–¿Qué está diciendo?

–Daniel... –murmuró Marian.

–He dicho que salgas del coche –volvió a exclamar, mientras sujetaba a Elena del brazo, tirando de ella. Después cerró la portezuela y, al tiempo que Marian se pasaba al asiento del piloto, él se acercó a la ventanilla.

–Confía en mí. Ve a casa, estaré pronto de regreso.

–Daniel, ¿qué quieres hacer? Es sólo una niña y...

–Vamos, sal de aquí. Estamos obstruyendo el paso.

La mujer le dedicó una larga mirada y a pesar de no comprender absolutamente nada de lo que Daniel tramaba, él supo transmitirle la más absoluta confianza. Arrancó de nuevo el coche, y tras dedicarle una última mirada a Elena, retomó la marcha.

Daniel comenzó a caminar, tirando del brazo de la chiquilla.

–¿Adónde cojones vamos?

–¿Dónde estudias lengua, en una porqueriza?

–¿Le escandaliza mi vocabulario al abogado pijo?

–A mí hay ya muy pocas cosas que me escandalicen, bonita.

Daniel abrió la puerta de una pequeña cafetería, bastante concurrida a aquella hora y, sin detenerse, guió a Elena hasta la mesa del fondo, donde la hizo sentarse. Después, él se situó frente a ella.

–Esto es surrealista –farfulló la chiquilla.

–Dos refrescos de naranja –pidió él, cuando el camarero se acercó–. Surrealista es el modo en el que tratas a tu madre –le dijo después a Elena–. Si yo fuese ella te habría cruzado la clara de un buen bofetón.

–Ya pero no lo eres y ni pinchas ni cortas en la relación entre mi madre y yo.

–¿Qué le reprochas? ¿Por qué ese odio?

–¿Que qué le reprocho? Si te la estás tirando, supongo que ha de haberte puesto al día de todo.

–Puede que ella te permita hablar como si tu boca fuese un basurero. Yo no voy a consentírtelo, de modo que ten cuidado.

–¿O qué?

–Prueba.

La expresión irónica de Elena se modificó. No conocía de nada a Daniel y no sabía si aquella advertencia estaba vacía o si, por el contrario, la cumpliría. Guardaron silencio los dos mientras el camarero les servía sendos refrescos, que ninguno tocó.

–¿Qué es lo que quieres? –murmuró ella, nerviosa.

–Te he hecho una pregunta.

–Le recrimino haberme tratado como un jodido cero a la izquierda durante toda mi vida. La violaron, se quedó embarazada y nací yo. Y he pasado toda mi existencia viéndola huir de mí, de un lado a otro.

–Ahora estáis juntas.

–Estamos juntas porque mis abuelos murieron y a ella no le quedó más remedio. No me soporta, y yo a ella tampoco.

–No tengo la sensación de que ella no te soporte.

–Ella cubre apariencias. Yo soy sincera.

–¿Y qué hubieras hecho tú?

–No culpar a quien no tenía la culpa, eso seguro.

–¿Seguro? ¿Tienes idea de lo que es pasar por lo que ella pasó? ¿El trauma que eso deja en tu cabeza?

–¿Tú sí? ¿Quién ha abusado de ti?

–Soy abogado. Veo a mujeres abusadas con más frecuencia de la que me gustaría. Y si algo puedo asegurar es que juzgas muy alegremente. Y que no tienes ni puta idea de nada.

–¿Crees que actuó correctamente?

–No lo sé, Elena. Lo que sí sé es que por encima de ser juzgada, lo que una mujer que ha vivido eso necesita es comprensión. Quizás no para justificar sus actos pero sí para entenderlos.

–¿Y quién me entiende a mí?

–Creo que ella está intentando solucionar las cosas contigo. ¿Por qué no pones algo de tu parte?

–Oye, ¿en serio crees que dándome la charla vas a solucionar algo?

Daniel le dedicó una larga mirada, mientras sacaba la cartera y pagaba la consumición. Después, sujetó a Elena del brazo y la hizo levantarse de nuevo, al tiempo que abandonaban el local a través de otra puerta, situada más al fondo del establecimiento.

–Suéltame o empezaré a gritar como una posesa –le advirtió ella.

–¿Por qué? No estoy haciendo nada.

–Me estás haciendo daño.

–Ponlo fácil entonces. Nadie va a oírte aquí.

Daniel la empujó tan pronto como hubieron llegado a un oscuro callejón de mohosas fachadas y cristales rotos en las ventanas. Las escaleras de incendios se descolgaban, meciéndose suavemente. El olor a humedad se entremezclaba con el de la basura del contenedor que se pegaba a la pared, al fondo. La cafetería quedaba algunos metros más allá pero no parecía que ni trabajadores ni clientela frecuentasen aquella zona con asiduidad.

Elena se volvió, asustada.

–¿Qué sitio es este? –preguntó.

–Un sitio como cualquier otro. ¿Qué pasa, Elena?

La joven reculaba a medida que él avanzaba, con una expresión perversa trazada en sus bonitas facciones.

–Mantente alejado de mí... –solicitó ella.

–¿Por qué? Sólo quiero que hablemos.

–Pero yo no quiero hablar contigo...

Daniel podía percibir el miedo, casi el temblor en el cuerpo de la chiquilla, que continuó reculando hasta que su espalda topó con la pared sucia y húmeda. Él colocó su brazo apoyado en la tapia, sobre la cabeza de Elena.

–¿Qué sientes?

–Quiero que me dejes en paz –pidió ella, ya entre lágrimas.

–¿Qué sientes? –repitió él.

–¡Miedo! –gritó–. Déjame en paz, por favor.

Daniel reculó un par de pasos.

–Tienes miedo... actúa en consecuencia.

–Estás jodidamente loco –escupió la joven.

–¿Tienes miedo? –gritó él otra vez–. Actúa en consecuencia.

Elena corrió, empujándolo, mientras sentía los pasos de él detrás, a escasos metros de ella. No tardó en darle alcance y ambos cayeron al suelo. Daniel logró inmovilizarla y le tapó la boca ante el llanto desesperado de la niña.

–Elena, tranquilízate. Te juro que no voy a hacerte daño, sólo quiero que me escuches.

Ella seguía revolviéndose, luchando pero las fuerzas no le daban para imponerse a él, y consciente de ello, acabó cediendo.

–Sólo quiero que me escuches. Sólo eso. No voy a hacerte daño, te lo juro. ¿De acuerdo?

Ella asintió y él la liberó de la improvisada mordaza que su mano había formado sobre sus labios.

–Voy a soltarte pero necesito que me prometas que vas a escucharme porque sé que ahora debes estar pensando que soy un jodido psicópata y querrás salir corriendo de aquí pero tienes que confiar en mí.

Elena asintió de nuevo, con la respiración aún disparada.

Cuando Daniel se apartó, le propinó un codazo en la boca y trató de huir pero él volvió a sujetarla y la obligó a sentarse de nuevo en el suelo, la espalda de la chiquilla contra su pecho y de nuevo, su mano amordazándola.

Daniel escupió hacia el costado la sangre que le chorreaba desde el labio, consecuencia del golpe que Elena le había asestado.

–Dijiste que sentías miedo –empezó a hablar–. Y sé que de verdad lo sentías, quizás aún lo sientas. Y esta sensación, Elena, fue la misma que atenazó a tu madre mientras ese hijo de puta abusaba de ella. Solo ahora puedes hacerte

una mínima idea de lo que vivió, de lo que se le pasó por la cabeza. Apenas han sido dos minutos; probablemente los más largos de tu vida. Para ella debieron ser más, un abuso cobarde y asqueroso con la incógnita de si después iba a perdonarle la vida. Dudando, quizás en si realmente era eso lo que ella misma quería, vivir. –Daniel apartó la mano de la boca de Elena en el momento en el que percibió que el forcejeo de la chiquilla cesaba y solo quedaban los sollozos–. Por mi trabajo he tenido que tratar con mujeres a las que les ha pasado lo mismo, Elena. Y no es fácil. En el momento en el que has podido, has salido corriendo. No has pensado en nada más que en huir. Solo huir. Daba igual lo que quedase atrás. Y eso fue exactamente lo que hizo ella. Huir. No justifico nada ni tampoco lo juzgo porque sería incapaz. Y tú tampoco puedes hacerlo.

Daniel la soltó y se sentó delante de ella, todavía en el suelo.

–Claro que probablemente se haya equivocado contigo; todos nos equivocamos a diario. Cuánto más no en una situación así. Y no hace falta que la entiendas, Elena. Solo que aceptes las cosas como son. No puedes cambiar el pasado pero está en tu mano qué hacer con el futuro. Estáis juntas, habéis dejado atrás un montón de mierda. No desperdiciéis más tiempo en odios y rencores que solo os convertirán en un par de infelices.

Elena suspiró profundamente y permaneció inmóvil mientras él enjugaba sus lágrimas.

–No puedes pretender que vuelva a casa y me olvide de todo.

–No puedo pretenderlo ni lo pretendo. Os llevará tiempo pero cuanto antes empecéis, mejor. Aprende a perdonarla y también ella hará lo mismo contigo.

–Yo no tenía la culpa... Yo la quería a mi lado.

–No sigas con eso. Es insano, créeme.

La joven asintió, mientras él la abrazaba.

–Lamento el susto pero creo que en algo te ayudará. Tómate tu tiempo, concédele lo mismo a tu madre pero enfócate en el objetivo de ser feliz. Sé de lo que hablo, Elena.

–¿Por qué?

–No es comparable pero... cuando tenía unos pocos años más que tú, mi padre me obligó a matricularme en derecho. Odiaba la carrera, la profesión. Todo lo que tenía que ver con eso. Y mientras la estudiaba, obligado, dejé de dirigirle la palabra. Un día sufrió un ataque al corazón; estuve a punto de perderle y ese día decidí cambiar el chip. No te des cuenta de que podrías disfrutarla cuando ya sea tarde.

–¿No te gusta tu trabajo?

–Sí, me gusta. Pero en aquel momento hubiera optado por otra cosa.

–¿Qué? –preguntó la chiquilla, con curiosidad.

–Arqueología.

–¿Arqueología? –exclamó Elena, sorprendida.

–Sí, eso mismo. El caso es... no sé, tengo la percepción de que no soy lo que siempre quise ser. A veces no podemos elegir qué ser pero en nuestras manos hay mil circunstancias y decisiones que nos permiten moldear todo en torno a eso que somos y hacer que nos guste más. En su día yo no quería ser abogado. Pero lo soy. Y como en mi mano estaba decidir qué clase de abogado soy, decidí ser el mejor.

Elena sonrió.

–Y el más modesto, ¿no?

–No –rió él–. No el más modesto.

–Pero tú podrías ser otra cosa, si quisieras.

–Igual que tú.

–Yo no puedo decidir ser hija de quien soy.

–Cierto. Pero puedes permitir que tu madre se acerque a ti, conocerla y y darte la oportunidad de dejar de ser la hija de una chica que a tu misma edad huyó y encontrar, en cambio, a una mujer maravillosa, arrepentida y dispuesta a todo por recuperarte. Sin que ese todo implique aguantar humillaciones o insultos. No se lo merece, Elena.

La chiquilla siguió guardando silencio.

–No hace falta que respondas nada ahora. Pero al menos piénsalo.

Daniel se puso en pie y le tendió la mano; una mano que Elena aceptó para incorporarse también.

–Estoy hecha un asco.

–Estás muy guapa.

Elena sonrió.

–Claro.

Daniel dio un par de pasos y se volvió, de nuevo, al comprobar que la joven permanecía clavada en su sitio.

–¿Qué pasa?

–No sé cómo vayan a ir las cosas con mi madre pero... gracias, al menos por intentarlo. Eres un tío guay.

–Sí, lo sé, soy un tío guay.

\*\*\*\*\*

Eran casi las diez cuando Daniel y Elena cruzaban el umbral del apartamento que Marian había alquilado. Los vio entrar, totalmente empapados y no se atrevió a decir nada.

–Hola –la saludó Elena.

–Hola –respondió ella.

Daniel la besó en los labios y la saludó con una tímida sonrisa.

–Voy a darme una ducha –explicó la chiquilla–. Estoy hecha un asco.

–Claro. ¿Qué ha pasado? –preguntó Marian, cuando su hija desapareció pasillo a través.

–Mi abuelo solía decir que un susto a tiempo siempre evita un lamento tardío. No puedes permitir que te hable como lo ha hecho antes, Marian.

Ella suspiró y aunque aquel asunto la incomodaba, debía admitir que Daniel tenía razón.

–¿Qué te ha pasado? –preguntó, mientras acariciaba el labio hinchado de Daniel–. Y estás totalmente empapado.

–No te preocupes. Me marcharé enseguida.

Ella lo miró, con gravedad, mientras él observaba el pequeño salón que quedaba frente a ellos.

–Este sitio está muy bien –observó, mientras accedía hasta el interior– pero aún te faltan muchas cosas. ¿Estás segura de que no prefieres quedarte en casa hasta que esté listo?

–No, necesito un sitio al que poder empezar a llamar 'hogar'. Sé que aún le falta mucho para poder considerarlo eso pero... bueno, todo se andará. ¿Qué ha pasado con Elena? ¿Qué habéis hecho?

–Hablar, nada más.

Marian lo tomó de la mano y caminaron despacio hasta tomar asiento en el sofá. Sin soltarlo, y tras un largo silencio, la mujer empezó a hablar:

–Cuando todo ocurrió...

–No tienes que contarme nada si no quieres –la interrumpió él.

–Cuando todo ocurrió, no me atreví a decírselo a nadie. Estaba muerta de vergüenza. Después, mis padres supieron que me había quedado embarazada pero seguí guardando silencio y creyeron que había metido la pata con un chico. Ellos eran muy chapados a la antigua y el aborto no fue una opción. Cuando me atreví a contarles la verdad, ya era tarde. No podía haber marcha atrás.

Daniel suspiró y abrazó con fuerza a Marian, mientras cubría su cabeza de besos.

–Ni siquiera podía mirarla a la cara sin ver solo las consecuencias de todo aquello. Cuando cumplí los 18 me largué y la dejé con mis padres. La visitaba regularmente pero... mucho menos de lo que debiera. Sé que ella no tenía la culpa pero yo tampoco, Daniel. Cuando quise recuperarla, ella tenía seis años. Pero mis padres no me lo permitieron.

Marian se apartó ligeramente y él se limitó a mirarla, mientras se la acariciaba el rostro.

–Podéis solucionarlo. Con empatía, comprensión, tiempo... pero ella es tu hija y te debe respeto, como tú a ella.

–Ni siquiera soy capaz de imponerme cuando trata de herirme porque creo que es normal y que no tengo derecho a impedirselo.

–No, no es normal que una persona trate de herir a otra; menos una hija a su madre. No lo naturalices, Marian.

–Ya, bueno... En fin. ¿Quieres darte una ducha cuando ella termine? Estás calado y...

–No, te lo agradezco. Pero será mejor que me marche.

–Puedes quedarte, si quieres.

–No, tranquila. Creo que tal y como están las cosas, por el momento es mejor que estéis solas, que tengáis vuestro espacio y vuestro tiempo.

–¿Nos veremos mañana?

–Claro. El lunes tengo una sesión importante en el juicio y tengo que preparar algunas cosas pero pásate por casa y tráela si quieres.

–Gracias, Daniel. Gracias por todo.

Caminaron hasta la puerta y allí se despidieron, mientras Marian le devolvía las llaves de su coche.

–Nos vemos –murmuró él, antes de besarla.

Ella cerró la puerta y volvió la mirada hacia el pasillo por el que Elena se había perdido. Caminó hasta su habitación y la encontró, aún, preparando las cosas para darse una ducha.

–¿Estás bien? –preguntó Marian.

Elena la miró.

–Sí.

–Daniel no me ha contado qué ha ocurrido exactamente...

–Solo hemos hablado.

–Sí, eso mismo dice él pero...

–Oye, Marian, sé que tenía razón en muchas de las cosas que me ha dicho pero si él entiende que necesite tiempo, no vengas tú a forzar situaciones, ¿vale?

Marian asintió, dubitativa.

–Elena, te quiero. Solo quiero que lo sepas.

La joven la miró.

–¿Puedes dejarme sola, por favor?

–Claro.

## CAPÍTULO 9

Marian observaba a Daniel, en silencio, totalmente enfrascado él en su trabajo. Aunque inicialmente Elena había aceptado acompañar a su madre hasta el bonito ático del abogado, finalmente había acabado rechazándolo al surgir planes con sus amigas. Marian valoró de forma positiva las explicaciones de su hija y el hecho, especialmente, de haberse molestado en darlas, algo que la joven no hubiera hecho semanas atrás. No sabía qué era lo que había ocurrido en aquel curioso encuentro entre el propio Daniel y Elena pero fuese lo que fuera, había resultado positivo.

Trató de ocultar su sonrisa, al encontrarse con la mirada de Daniel, que resopló.

–Joder, siento tenerte así. Acabaré enseguida. Solo es que...

–No tengas prisa, abogado. Me encanta verte trabajar. Te hace muy sexy.

Daniel sonrió y en su rostro se hizo evidente el hastío.

–Sexy... –murmuró.

–¿Tan difícil está la cosa? –preguntó Marian.

Daniel inspiró.

–Demostrar que ese tipo no estaba en su casa en la noche de autos nos va a costar más de lo que pensamos.

–¿Por qué? ¿Estaba?

–Se supone que no. De lo contrario, le va a caer una buena temporada entre rejas. Hablamos de un asesinato múltiple.

Daniel se levantó y caminó hasta la cocina, donde se sirvió un vaso de leche ante la atenta mirada de Marian, que acabó finalmente por seguirle.

–¿Cómo, acaso no...? ¿Crees en su inocencia? –preguntó, mientras se sentaba sobre uno de los taburetes de la barra.

–Debo creer, ¿no? Soy su abogado.

–No te he preguntado eso, Daniel.

–¿Adónde quieres llegar?

–Quizás a saber si le defiendes a pesar de saber que es culpable

–¿Y cómo iba a saberlo? Sólo puedo confiar en su palabra y en todo aquello que pueda demostrar lo que yo defiendo.

–Estaríamos hablando de un asesino, el hombre que mató a una mujer y dos niñas. Todo el mundo en televisión asegura que es culpable.

–¿Y eso lo convierte en culpable? Ya hemos hablado de esto, Marian, yo no puedo guiarme por eso. Me paga para que le defienda y eso hago. Todo el mundo tiene derecho a una defensa, ¿no?

–¿Todo el mundo?

–Eso dice la ley –respondió él, con calma.

Tomó un sorbo de su leche y observó a una desconcertada Marian.

–¿Qué ocurre?

–No sé... Yo... pensé... No sé qué pensé. ¿Defenderías al tipo que me atacó?

–¿Qué clase de pregunta es esa?

–Acabas de decir que todo el mundo tiene derecho a una defensa. ¿Él también?

–Es evidente que en las actuales circunstancias no lo defendería. Además...

–¿Y si no me conocieras? ¿Y si él te pidiera ayuda?

–Esto es absurdo...

–Contesta.

–Si no te conociera y un día un tipo se presentase en el bufete diciendo que lo acusan de violación y pidiéndome que lo defienda...

Marian bajó del taburete y recuperó su chaqueta y su bolso.

–¿Adónde vas?

–A mi casa.

–Creí que ibas a quedarte.

–Ya no me apetece.

–Marian, por Dios. No puedo creerlo. Estás actuando como una cría.

Ella sonrió, frente a la puerta ya.

–Es frase es tan Nicolás... –murmuró.

–Lo siento. No pretendía... Oye, no...

–Daniel, sé que todo el mundo tiene derecho a una defensa, según la ley. Pero una cosa es lo legal y otra, lo moral. Me gustaría pensar que el hombre con el que estoy no defendería a un asesino solo porque es quien le paga.

–Nadie le ha sentenciado, hasta donde yo sé.

–Ni siquiera puedes demostrar que no estuviera en su casa, acabas de decirlo.

–¿Podrías demostrar tú que pasaste la otra noche aquí? Demostrar una mentira es imposible pero demostrar la verdad, no siempre es fácil.

–¿Contemplas la posibilidad de que sea un asesino?

Daniel guardó silencio.

–Supongo que ni siquiera te importa.

–¿Por qué mezclas tu caso con este otro? No tiene nada que ver.

–Puede que sea una estupidez infantil, Daniel pero el hombre que me violó no pisó la cárcel y me hubiera encantado que lo hiciera. Me gustaría pensar que no habría ningún hombre o mujer luchando por que eso no pasase, porque sería injusto. Pero él también tenía derecho a ser defendido, ¿no, Daniel Segovia?

–¿Y qué quieres? ¿Que deje el caso porque todos creen que es culpable?

–No, por Dios, jamás se me ocurriría pedírtelo. Es demasiado mediático – zanjó ella antes de irse.

–No lo llevo porque sea mediático y el hecho de que lo creas, evidencia lo poco que me conoces.

–Quizás sea porque se te da mejor sonsacar información que darla . Aún eres un misterio para mí.

\*\*\*\*\*

–No me lo puedo creer –exclamó Silvia, casi indignada–. Para una vez que enuestras un hombre que merece la pena, ¿lo envías todo al garete porque está haciendo su trabajo? Lleva tiempo metido en este caso y no le habías dado importancia.

–Silvia, tengo tantos problemas que el caso del asesino no me daba para convertirse en otro más. No sé, supongo... supongo que pensé que Daniel lo consideraba inocente.

–Nadie sabe si es inocente o culpable.

–Estás harta de decirme que todos en televisión dan por sentada su culpabilidad.

–Sí, bueno pero ya sabes cómo son esos programas sensacionalistas.

–El problema no es ese. Es como si a él no le importase si ese tipo ha matado o no a su familia...

–Dale una tregua, Marian.

–Ni siquiera me ha llamado desde esa noche.

–¿Y tú a él?

–Tampoco. Y ahora no lo veo en el bufete porque con el maldito juicio se marcha antes de que yo llegue. O eso o me está evitando.

–Supongo que ya tiene encima mucha presión. Y tú no ayudas. ¿Qué tal si

intentas apoyarle mientras dure todo esto y después ya... ya tendréis tiempo para poner encima de la mesa la moral de cada uno?

–Tiene razón en que apenas nos conocemos, Silvia. Si lo poco que sabemos el uno del otro, no nos gusta, ¿para qué dejar que avance?

–¿No te gusta? ¿A quién pretendes engañar?

–Defiende la libertad de un asesino.

–De un sospechoso de asesinato, que no es lo mismo.

–Aun así. ¿Te das cuenta de que si el tipo que me... si mi violador le pidiera ayuda él...?

–Dios, Marian, ¿cómo puedes si quiera plantearte eso? Daniel no tiene la culpa de lo que pasó, cariño. Nadie la tiene, salvo ese malnacido.

–Lo sé, pero él se limitaría a tratar de demostrar su inocencia.

Silvia guardó silencio y le dedicó una larga mirada a Marian.

\*\*\*\*\*

Aquella tarde, cuando llegó al bufete, pasadas las ocho, Daniel sí estaba allí, pero no estaba solo. Joana permanecía sentada a su lado y a pesar del duro proceso judicial que estaban afrontado, la conversación entre los dos parecía de lo más distendida. Ella gesticulaba con las manos mientras explicaba algo, sonriente y él la escuchaba en silencio, mirándola mientras asentía de vez en cuando.

Cuando se dio cuenta, ya había entrado en la oficina, atrayendo automáticamente la atención de los dos, que se incorporaron.

–Hola, Marian –la saludó Joana.

No pudo negar que le sorprendió el saludo, pues apenas había mantenido trato con aquella exhuberante rubia que tan buena pareja hacía con Daniel. Él no dijo nada y se limitó a recoger sus cosas.

–Hola –saludó Marian.

–Enseguida nos vamos –dijo Joana–. Se nos ha hecho un poco tarde pero aún tenemos mil cosas que decidir y apuntalar. Mañana va a ser una sesión en el infierno, precioso.

Daniel sonrió con poca gana.

–Vamos, Dani, un poco de prisa. La chica está esperando y, además, tenemos mucho trabajo por delante. Va a ser una noche larga. ¿Sabes qué? –añadió–, voy a ir sacando el coche del parking y así avanzamos. Te espero en la calle. No tardes. Buenas noches, Marian.

–Adiós.

Cuando Joana abandonó el despacho, Daniel continuó recogiendo, en silencio y sin alzar prácticamente la mirada de la mesa.

–¿Cómo va todo? –quiso saber Marian.

–Bien.

–¿Y el juicio?

Daniel sonrió y la miró por primera vez.

–¿En serio quieres saberlo?

–Daniel, siento lo de la otra noche.

–No es necesario que te disculpes.

–Vamos, es evidente que estás enfadado. Llevamos cuatro días sin hablar y ni siquiera has sido capaz de mirarme a la cara.

Marian se sentó sobre la mesa de Daniel y sujetó su rostro, obligándolo a mirarla.

–Daniel...

–Te dije que voy por la vida sin freno, Marian pero eso no es necesariamente bueno. Supongo que aún tenemos mucho que conocer del otro y puede que no nos guste –añadió, mientras le apartaba la mano con suavidad–. Creo que la distancia que nos impone el juicio puede ir bien para darnos cuenta de muchas cosas.

Marian le soltó y reuló un par de pasos.

–¿Esa distancia pasa por una noche larga con tu amiguita?

–¿Qué? Ya te dije qué relación existe entre Joana y yo.

–Sí, claro... pero supongo que hay cosas a por las que un hombre no puede esperar.

Daniel sonrió mientras negaba con la cabeza, incrédulo.

–Si no pudiera esperar por esas cosas, no las buscaría con Joana precisamente.

Recogió el maletín y caminó hasta la salida.

–De modo que así están las cosas, ¿no? –preguntó Marian.

–Las cosas están como tú quieres que estén. Me gustas, Marian. Me encantas, pero tengo la sensación de que tengo que ir moviéndome con una cautela que no adivino.

–Lamento no ser la mujer más estable del mundo emocionalmente pero yo no tengo la culpa de lo que me ha tocado vivir.

–En mi jodida vida te culparía de eso. Pero tampoco puedes culpar tú a los demás. Han pasado 16 años y nunca podrás borrarlo pero tendrías que

empezar a vivir.

–¿Crees que no lo intento?

–¿Sinceramente? No. Creo que te pones un escudo y te echas mil cosas a las espaldas para no tener ni un solo minuto al día que te permita ponerte a pensar, a recordar. Tal y como dijiste, ese hijo de puta no pisó la cárcel y es como necesitas verlo reflejado en cada persona que tampoco lo hará.

Marian caminó hasta la puerta en apenas tres zancadas pero Daniel la sujetó del brazo.

–Marian...

–Suéltame.

–Escucha...

–¡Suéltame! –gritó.

El grito vino ayudado de un empujón, que estampó a Daniel contra la pared. Después, sin más dilación, Marian desapareció de allí.

\*\*\*\*\*

Los días transcurrieron sin que ninguno de los dos diera su brazo a torcer. Marian no veía a Daniel más que en televisión, donde aparecía un día tras otro después de las maratónicas sesiones de un juicio mediático que vivía un proceso paralelo en televisión. Pocos albergaban dudas sobre la culpabilidad de aquel hombre, cuya mirada se le antojaba a Marian vacía y carente de cualquier emoción. ¿Era la mirada de un asesino sin escrúpulos ni remordimientos? ¿O tal vez la de un hombre a quien le habían arrebatado todo?

Mientras acababa de arreglarse para ir al bufete, los tertulianos del programa hablaban de aquel pobre infeliz como si de un monstruo se tratase. Según decían, todas las pruebas lo incriminaban y aun jurando y perjurando su inocencia, tampoco había testigos que pudieran corroborarlo. Las caritas de las dos pequeñas, de dos y cuatro años, junto a la de una mujer de cabello moreno y ojos oscuros, sonriendo, le ponía los pelos de punta. Y pensar en el papel de Daniel en todo aquello, casi la hacía sentir mareada. Apagó el televisor en cuanto él apareció, concediendo explicaciones a la prensa sobre sus sensaciones y esperanzas para su cliente; una imagen que ya había visto por el mediodía y que había aparecido ya en todos los programas e informativos de la jornada, como venía sucediendo un día tras otro.

Marian se volvió cuando detectó la presencia de Elena en el salón.

–¿Te vas al trabajo? –preguntó al chiquilla.

–Sí. Estaré de vuelta antes de las diez.

–¿Puedo ir contigo?

La mujer frunció el ceño, confusa.

–¿Venir conmigo? ¿Para qué?

–No sé, me gustaría ver el bufete en el que trabaja Daniel. El próximo año tendré que ir encamaminando mis estudios y esto y pensando en Derecho como una posibilidad futura en la universidad.

Marian no pudo reprimir la sonrisa.

–¿Quieres ser abogada?

–No he dicho eso. Sólo digo que es una posibilidad.

–De acuerdo, supongo que no hay problema. De todos modos, a las ocho se marchan, así que... estaremos solas. Vamos.

\*\*\*\*\*

Daniel saludaba a los compañeros, mientras se repentaba entre las mesas hacia el despacho de su padre. Aquella era una jornada de descanso en el juicio y, en mitad de aquel complicado proceso era algo que agradecía. Apenas quedaban unos pocos días y estos exigirían echar el resto.

Llamó y, sin esperar respuesta, accedió al interior del despacho

–Señor Segov... –se interrumpió.

Marian permanecía sentada frente a Manuel, con la mirada clavada en el suelo y el rostro bañado en lágrimas.

–Daniel, te he dicho mil veces que cuando llames a la puerta, esperes respuesta. Ahora estoy ocupado, así que...

–¿Qué ha pasado? –exigió saber él.

–Pasa que falta dinero de mi cajón –respondió su padre, mirando fijamente a Marian–, un dinero que yo guardé ayer por la tarde antes de marcharme. Acostumbro a dejarlo cerrado pero en ocasiones lo olvido y...

–¿Y crees que ha sido ella? Papá, no puedo creerlo.

–¿Qué es lo que no puedes creer? Es la única que estuvo aquí a partir de las ocho, cuando todos los demás nos habíamos marchado ya. Fui el último en irse y el dinero estaba.

–Te digo que ella no ha sido.

–¿Y por qué lo sabes?

–Porque lo sé.

–Espero que en el juicio resultes más convincente, Daniel. Puede marcharse, Marian. Está despedida. Si devuelve el dinero, estoy dispuesto a olvidarlo. Si no, aténgase a las consecuencias.

Marian se puso en pie y abandonó el despacho de don Manuel de forma airada. Atravesó la oficina sin detenerse hasta que llegó al ascensor, al que llamó con insistencia. Tras ella había podido oír los pasos y la voz de Daniel, siguiéndola.

–Marian...

–Déjame en paz, por favor.

–¿Qué cojones significa esto? Tú no has sido y no...

–¡Sí he sido yo! –gritó, deshecha–. Sí he sido yo, ¿de acuerdo? Devolveré el jodido dinero y...

Daniel negaba con la cabeza.

–Es cosa de tu marido. Tú no...

–Dijiste que había cosas que no sabíamos el uno del otro, cosas que no tenían por qué gustarnos. Y ya ves que estabas en lo cierto.

–Pero... ¿por qué?

–Porque Nicolás me aprieta cada vez más y... vi el dinero. Era demasiada tentación.

–¿Y pensabas que mi padre no iba a darse cuenta?

El ascensor llegó en ese momento, emitiendo una señal acústica al abrir la puerta. Marian se introdujo en su interior y la mirada atónita de Daniel se le clavó en el alma como un traicionero puñal.

\*\*\*\*\*

–¿Vas a dejar de mirarme así? –exclamó Elena, molesta.

–¿Cómo pude ser tan idiota? –murmuró ella, contenida. Aún no había podido dejar de llorar, mientras el temblor y la vergüenza la abrazaban aún como un incómodo atuendo del que no podría despojarse jamás–. He perdido el trabajo, Elena. No sé en qué pensabas cuando cogiste ese dinero.

–Pensaba en qué podría gastarlo.

—Te lo ordenó Nicolás, ¿no? Eres su cómplice en esto, ¿cierto? Ninguno de los dos se detendrá hasta verme destrozada ¿me equivoco? —gritó, desgarrada.

La joven se puso en pie y desapareció pasillo a través mientras Marian se desplomaba en el sofá, llorando. De nuevo la imagen muda en el televisor mostraba a Daniel. Lo había perdido también a él y eso era, probablemente, lo que más le dolía. Aquel hombre al que había conocido en una situación crispada, entre gritos, burlas e insultos, había acabado entrando de lleno en su corazón. La había ayudado como nadie, la había apoyado y con él se había sentido comprendida y acompañada; incluso en aquellas interminables tardes de oscura espera en el pasillo del bufete, saber que él estaba allí la calmaba. Había empezado a enamorarse de él y así se lo había confesado al propio Daniel. Recordar sus besos y abrazos, el tono pausado de su voz durante las conversaciones más íntimas, su forma de susurrarle, de acariciarla, y saber todo aquello perdido fue la losa definitiva. De pronto alzarse de nuevo se tornaba absurdo. Siempre habría un golpe que volviera a hundirla, un recuerdo que la golpease de una u otra manera.

## CAPÍTULO 10

Tres semanas más tarde...

Suspiró, incrédula aún ante la noticia. Allí de pie, con los brazos cruzados, podía sentir el peso de las miradas sobre ella, los murmullos impactando sobre su piel. Alzó la mirada y trató de evadirse de todo aquello. Ella no tenía la culpa.

Sergio se acercó, con timidez y discreción, buscándola. La saludó con dos besos en las mejillas y la apartó ligeramente, para poder hablar en un lugar menos concurrido.

–Siento la tardanza –se disculpó–. He venido tan pronto como he podido.

–Pensé que estabas fuera del país.

–Y lo estaba. Pero solo tuve que adelantar el vuelo un par de horas. No quería dejarte sola en un momento así. ¿Todo bien? Es decir, dentro de lo que cabe...

–Sí, no puedo quejarme.

–¿Sabes ya cómo ocurrió?

–Al parecer estaba cenando y empezó a sentirse mal pero no le dio importancia y... bueno, estaba sufriendo un infarto. Cuando llegaron los servicios de emergencia ya fue tarde.

–Qué ironía... Nicolás paró el divorcio y gracias a eso pasas a ser la dueña de todo.

–Me hubiera gustado que las cosas se dieran de otra manera, Sergio.

–Lo imagino pero tú no has propiciado esto. Las cosas pasan y de la misma forma que hay que levantarse tras un golpe, hay que aprovechar los de suerte.

–Sergio... –murmuró Marian, tratando de asegurarse de que nadie les había oído.

–¿Qué? Era un pequeño hijo de su madre. No vamos a negarlo solo porque esté de cuerpo presente. En fin, esto nos va a ahorrar mucho trabajo, está claro.

Ella asintió.

–Sergio, quiero darte las gracias por todo y decirte que... bueno, te pagaré,

claro que sí pero necesito un poco de tiempo. La herencia tardará en repartirse y acabo de conseguir otro empleo. A final de mes cobraré pero no será el sueldo completo y el alquiler...

–Marian, lo primero es que no hay prisa y además, sabes que Dani corría con todo.

–No creo que siga pensando así. Hace tres semanas que no sé nada de él, salvo por la tele, y ni siquiera hay razón para que deba hacerlo.

–Sí sigue pensando en hacerlo, ya te lo digo yo. Probablemente después de esta va a dejar de confiar en mí para que le guarde secretos, soy pésimo. Pero ha estado preguntándome por ti. Todos los días.

Marian guardó silencio y trató de lidiar con el nerviosismo que anidaba en su estómago cada vez que el tema de Daniel emergía en alguna conversación, ya fuera con Sergio o con Silvia.

–Marian, hay algo más que quisiera tratar contigo pero me gustaría que lo hablásemos fuera de aquí. La hermana de Ontiveros lleva diez minutos tratando de que sus ojos desprendan rayos láser o algo por el estilo. Eso o se ha enamorado de mí, y a mí dar calabazas siempre se me ha dado muy mal. Estoy casado y...

Marian trató de retener la carcajada con dificultad, y con toda la discreción de la que fue capaz, caminó hasta la salida del tantorio, donde tantas y tantos desconocidos velaban aquella tarde el cuerpo de Nicolás. Su muerte había resultado algo tan inesperado que ella misma aún no sabía cómo sentirse. No podía negar que verse libre de su persona la aliviaba, aunque no se alegraba de la muerte de su marido.

El viento frío que zarandeaba los árboles la recibió y Marian se cruzó de brazos mientras caminaba junto a Sergio, incapaz de preguntarle. Si bien la muerte de Nicolás despejaba de forma ostensible su futuro más inmediato, no tenía ni la menor idea de lo que Sergio quería decirle pero su expresión se había tornado grave y misteriosa.

Marian se detuvo, incapaz de moverse cuando se encontró ante la figura de Daniel, que permanecía apoyado sobre el capó de su coche, con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón. Al verla, se iguió y ella creyó detectar cierta dosis de nerviosismo en él.

–Lo sé, soy horrible –dijo Sergio–. No sé guardar secretos y miento para propiciar encuentros furtivos. Sobreviviré –zanjó, alejándose de allí.

–Hola –la saludó Daniel, acercándose.

–Hola.

–No sé si darte el pésame o la enhorabuena.

Marian guardó silencio y sintió que el nudo en su estómago se apretaba cuando él le dio dos besos en las mejillas.

–Gracias, con lo que sea.

–Parece que a veces el karma hace su trabajo, ¿no crees?

–No sé cómo definir lo que ha sucedido con Nicolás pero... me siento aliviada, aunque eso me defina como una persona horrible.

–No creo que te defina como una persona horrible.

–¿Qué tal tú? El juicio está visto para sentencia, ¿no?

–Sí, el jurado debe hacer sus deliberaciones y... la suerte está echada.

–¿Qué sensaciones tienes?

Daniel resopló.

–No sé decirte. Era clave demostrar que Bruno no estuvo en la casa aquella noche y no hemos podido.

Marian asintió.

–¿A qué has venido?

–A verte. Y a decirte que sé que no fuiste tú quien cogió el dinero del despacho de mi padre.

–¿Cómo lo... y cómo lo sabes? –se atrevió a preguntar, tras una leve vacilación.

–En primer lugar porque me fío de mi instinto con las personas. Trabajarías en 20 sitios al mismo tiempo antes que robar. Y dado que parte de mi trabajo es descubrir la verdad, estuve tirando de algunos hilos hasta que supe que no habías ido sola aquella tarde al bufete. Te acompañó Elena. Dos más dos son cuatro.

–Eso no es ninguna prueba. Mi hija vino conmigo pero ella no se movió de...

–Elena me lo confesó.

–¿La interrogaste?

–No hizo falta. Vino a esperarme a la salida del trabajo y me lo contó. Ella solita.

Marian bajó la cabeza, avergonzada en parte.

–Parece que eso de defender culpables no es algo tan exclusivo de algunos, al fin y al cabo.

–Siento haberos mentido. Haberte mentido. No podía responsabilizarla a ella y, de todos modos... ella o yo, qué importa.

El silencio se alzó entre los dos, concediéndole el turno a las miradas entrelazadas que lo decían todo sin hablar. Daniel se acercó y tomó la mano de

Marian, sin que ella acertase a reaccionar.

–¿Qué nos ha separado? Así como tú no entendías lo que hubo entre nuestras primeras tensiones y los besos, yo no sé qué me he perdido entre esos y esta distancia.

–No lo sé... Dijiste que había cosas que no conocíamos del otro –respondió ella–. Cosas que quizás no nos gustasen. Tu trabajo... hay una parte en él que no... defender culpables... Puede ser algo que todo el mundo acepte con normalidad pero yo... mi situación...

–Creo que Bruno es inocente. Por eso lo defiendo.

Marian lo miró, frunciendo el ceño.

–Así se llama. No el asesino, ni el monstruo, ni nada por el estilo. Bruno.

–¿Lo crees o lo quieres creer, Daniel? Estoy segura –añadió después– de que tenías razón en eso de que el hecho de no haber visto en la cárcel a mi agresor hace que quiera ver a todos los demás agresores, que de alguna forma siento que todo es un poco menos injusto. Pero tú vas a seguir defendiendo a quien te contrate para eso, y aunque sepa que ocurre, ver... vivir la absolución de un culpable lo hace todo menos justo otra vez.

–Yo también recuerdo cosas que tú dijiste; dijiste que estabas enamorándote de mí. No de mi trabajo ni de mis circunstancias. De mí.

–Y no te mentí, Daniel. Puedo asegurarte que el último día que nos vimos en el bufete, mientras la puerta del ascensor se cerraba, sentí que me arrancaban el corazón. Y puede que sea mejor así porque sin él no se siente. Pero no te quepa duda de que aún es tuyo.

–Si es mío, lo reclamo –respondió él, con mirada suplicante.

–Este no es el momento, Daniel. Ni tampoco el lugar. Ni siquiera sé si es lo que deba ser. Quería... estaba pensando en marcharme. Cuando cobre la herencia de Nicolás tendré dinero suficiente para empezar desde cero. Y quiero hacerlo lejos.

–Nunca desconectes a menos de diez mil kilómetros, ¿no?

–Alg así.

Daniel negó con la cabeza.

–Te he visto luchar por levantarte después de lo que te pasó, con una sonrisa con un sinfín de metas. Así llegaste a mi vida. Has luchado por estudiar, por trabajar, por tu hija, por liberarte de un matrimonio opresor. ¿Has luchado por mil cosas y no vas a luchar por esto? ¿Tan poco te merece la pena?

–Cada cosa que la ha merecido ha dolido, Daniel –exclamó ella entre sollozos.

–¡Claro que duele! –gritó él–. Por eso merece la pena.

–Dani... –Sergio irrumpió en la conversación de manera inesperada–, estáis llamando bastante la atención, chicos.

Marian fue consciente en ese momento de que algunos de los asistentes al funeral de Nicolás que habían salido fuera los observaban.

–Gracias por avisar –murmuró la joven.

Daniel se zafó de la mano que Sergio había colocado sobre su hombro y caminó como una embestida, alejándose. Marian lo vio irse, sin volver la mirada atrás, para después introducirse en su coche y perderse más allá de la avenida. La mujer cerró los ojos y el llanto que no había brotado durante el velatorio de Nicolás lo hizo en ese momento, desgarrado. Sergio la abrazó y, por primera vez, fue incapaz de hallar palabras de consuelo.

\*\*\*\*\*

<<Culpable. Ese es el veredicto que en la mañana de hoy ha emitido el jurado popular que discernía los hechos acontecidos con Concepción Salazar y sus hijas, de cuatro y dos años, halladas muertas en su domicilio con visibles signos de violencia. Tras ser golpeadas repetidamente, las tres habían sido asfixiadas, dejando como principal y único sospechoso al marido de Concepción y padre de las dos niñas, Bruno Santián. Después de pasar varios meses en la cárcel en espera de juicio y tras casi uno más de maratónicas sesiones en los tribunales, el presunto asesino, defendido en la causa por el conocido y prestigioso abogado Daniel Segovia, es por fin sentenciado a la pena máxima e ingresará de inmediato en prisión. De esta forma se da carpetazo a uno de los casos de asesinato más mediáticos de los últimos años. Tendrán más información a la salida de los letrados del tribunal. No se vayan>>.

Marian apagó el televisor y trató de imaginar cómo se sentiría Daniel. Escuchar el veredicto no la había sorprendido lo más mínimo, pues todo apuntaba a la culpabilidad de aquel tal Bruno, al que había visto derrumbarse mientras escuchaba al jurado popular pronunciarse. A buen seguro el arrepentimiento debía estar devorándolo por dentro, pensó. Sin embargo y a pesar de celebrar interiormente aquel hecho, no podía negar que el sentir de Daniel la inquietaba. Lo había visto trabajar día y noche en aquel caso,

implicarse de un modo casi enfermizo y todo para nada.

Suspiró y se puso en pie al reparar en la figura de su hija, que la observaba desde el pasillo.

–¿Cómo estás? –le preguntó a la chiquilla, pues a ella sí le afectaría en mayor medida la muerte de Nicolás, al que había llegado a apreciar de veras, aunque fuese solo por el modo materialista en el que este había sabido contentarla siempre.

–Bien. ¿Qué vamos a hacer ahora?

–Había pensado... ya sé que estás harta de esa inestabilidad de la que siempre me hablas pero... esta ciudad está llena de recuerdos y de aires viciados. ¿Qué te parece empezar desde cero en cualquier otro sitio? Donde quieras.

–¿Dónde yo quiera?

–Donde tú quieras.

–¿Has roto con Daniel?

La pregunta sorprendió enormemente a Marian, pues Daniel y Elena solo habían coincidido una vez y él nunca había sido tema de conversación entre las dos.

–Él y yo ni siquiera... ni siquiera habíamos llegado a empezar nada.

–¿Él fue la razón por la que dejaste a Nicolás?

–Te juro que no, Elena. Conocí a Daniel cuando empecé a trabajar en el bufete de su padre. Sabes que a Nicolás le pedí antes el divorcio.

–¿Y por qué?

–Porque quería ser yo. Para bien y para mal. Hacer las cosas a mi manera, mi camino, tomar mis decisiones, equivocarme, acertar... Yo. Y no limitarme a hacer lo que otros decidían para mí.

–¿Se portaba mal contigo?

–Digamos que no era la clase de hombre que querría para ti.

–¿Y Daniel?

–Daniel, sí.

–¿Y entonces por qué ya no estás con él? Está un poco zumbado pero... mola.

Marian sonrió, conteniendo el aliento.

–¿Daniel te mola?

–Es la primera persona que no me trata como si fuese una niña, con estúpidas charlas metafóricas. Se comportó conmigo como si fuera un delincuente... un asaltador.

–¿Qué estás diciendo?

–Quería que pudiera hacerme una idea de lo que tú sentiste. Y vaya si lo

consiguió. En fin, he quedado con las chicas. Si vamos irnos, quiero aprovechar el tiempo con ellas.

Marian asintió y observó a Elena salir del apartamento.

\*\*\*\*\*

Eran algo más de las nueve de la noche cuando Marian llegó al despacho. El juicio ya había terminado pero Daniel estaba allí, solo y, para sorpresa de la propia Marian, empacando las cosas de la mesa. Por un momento se detuvo, pensativo y exhaló una bocanada de humo con su cigarrillo.

Alzó la cabeza cuando Marian llamó a la puerta y le dedicó una larga mirada antes de seguir guardando trastos en la caja de cartón .

–¿Puedo pasar? –preguntó.

–Adelante. No creí volver a verte por aquí.

–Fui a tu casa y no te encontré. Llamé a Sergio y me dijo que estarías aquí.

–Aquí estoy –murmuró con un hilo de voz.

Marian le observaba, sobrecogida por el desánimo que gobernaba el rostro de Daniel.

–¿Te vas? –logró preguntar ella.

–No. Mi padre se jubila y me cede su despacho. No voy a ninguna parte.

–Creí que querías desconectar cuando acabase el juicio. Lamento cómo han ido la cosas.

–Mentirosa... –sonrió él.

–No lamento que ese hombre haya sido condenado si realmente mató a su mujer y a sus hijas. Pero sé todo lo que has dado por este caso y créeme que no he dejado de estar pendiente de él... por ti. Esta mañana, mientras oía el veredicto en los informativos... no podía dejar de preguntarme cómo estarías.

–En buena medida no me ha sorprendido. Todo estaba en contra. Pero habrá recurso. Seguiremos peleando porque es inocente.

–¿Sigues creyéndolo?

–Firmemente. Bueno, ¿qué hay de ti? ¿cuándo te vas?

Marian inspiró, tratando de reunir el valor necesario para hacer lo que había ido a hacer y, sin pensarlo más, le arrebató a Daniel el cigarrillo que sostenía entre sus labios para apagarlo en el cenicero. Le arrancó también el *dossier* que sostenía con la mano y lo empujó sobre su silla, donde quedó sentado.

–Soy imbécil –confesó.

–¿Qué?

–¿Sabes? He hecho las cosas tan rematadamente mal a lo largo de mi vida que a veces pienso que trato de castigarme de algún modo y que cada vez que tengo la ocasión de ser feliz, necesito desaprovecharlo. Pero esta vez no puedo ni quiero. Eres mi mejor batalla, Daniel Segovia y aunque duela, quiero pelearla.

Daniel sonrió y extendió su mano para que ella la tomase y se sentara sobre su regazo.

–¿Por que has cambiado de opinión?

–Proque no quiero vivir colgada de lo que pudo ser y no fue. No quiero limitarme a ver estos ojos a través de una pantalla de televisión –añadió, mientras le acariciaba el rostro–. Y porque mi hija te consiera un tío que mola. Eso te da muchos puntos, abogado.

Daniel hizo más amplia su sonrisa.

–¿En serio?

–Me ha contado lo que hiciste con ella.

–No sirvió de gran cosa.

–Sirvió de más de lo que crees. Y aunque ella no te soportase yo... estoy enamorada de ti y quiero estar contigo.

–Eso suena muy bien.

–Me he deshecho del freno, Daniel. No sé hacia dónde nos lleve esto pero sea donde sea, que ocurra sin reservas.

Los labios de Marian buscaron los de Daniel, saciándose de una sed cruel que la había devorado desde la última vez que ambos habían prendido aquel embriagador contacto. Se irguió, despacio, colocándose a horcajadas sobre él. Visiblemente nerviosa, se despojó de la blusa que llevaba ante la sorprendida mirada de Daniel, que paseó sus dedos sobre los costados de Marian, con suavidad, con temor casi. Mientras ella desabrochaba los botones de la camisa de Daniel, sus ojos verdes la observaban con un conocido deseo.

Marian volvió a besarlo en los labios, con fogosidad.

–No vendrá nadie, ¿no? –logró preguntar en medio de su agitada respiración.

Él negó con la cabeza, rechazando las palabras que separarían su boca de la de Marian. Se puso en pie, sosteniéndola y colocándola con cuidado sobre la mesa.

–¿Estás segura de que quieres hacer esto?

–Completamente –respondió.

A pesar de la firmeza en su contestación, Marian no podía negar el temor que

existía en su interior a rechazar de nuevo a Daniel. No porque sintiese miedo a la reacción de él, sino porque ella misma quería ser capaz de llevar a cabo aquello con el hombre del que, al fin y al cabo, estaba enamorada.

La falda de Marian recorrió sus muslos hacia sus piernas, guiadas por las cálidas manos de Daniel, mientras las de ella, ansiosas, hicieron lo mismo con su pantalón. Los labios de Marian se regocijaron en el torso perfecto de Daniel, cuyos dedos se resbalaban entre las ondas del cabello oscuro de la mujer. Los besos entre los dos encadenaban caricias y suspiros, el contacto entre sus pieles era eléctrico y Marian se sintió en el cielo cuando él la tendió sobre la mesa poco a poco, recorriendo con sus manos cada rincón de su cuerpo menudo.

A pesar del mar de sensaciones en el que ambos zozobraban, Daniel no perdía de vista en ningún momento la expresión de Marian, pendiente de no dar un paso en falso si ella no estaba preparada. Pero nada en el rostro de ella delataba miedo o inseguridad. Todo era entrega y deseo, ansias contenidas que al fin se veían liberadas bajo el cuerpo de Daniel

Él la besó en la frente, mientras acariciaba sus mejillas y sonreía. Marian arqueó su cuerpo en una muda solicitud de más.

–No es el sitio más especial del mundo –musitó él.

–Es el lugar en el que te vi por primera vez –respondió ella–, el sitio perfecto. Perdió el mundo de vista cuando sus cuerpos se convirtieron en uno solo y su raciocinio se entregó al más absoluto placer. Por unos segundos el despacho se convirtió en un improvisado cielo y el temor que había vivido allí en las semanas anteriores, parecía solo un lejano espejismo incapaz de atravesar el muro que había alzado Daniel. Pero esta vez, no era un muro que los separase, sino que los unía, dejando al otro lado todo lo demás: los miedos y las inseguridades, las reticencias y vacilaciones.

Marian era consciente de que aún tenía mucho trabajo por delante hasta normalizar su vida pero también estaba plenamente convencida de que aquel sería el inicio perfecto.

## EPÍLOGO

<<Giro radical el que ha dado el caso de Bruno Santiñán con el hallazgo de las huellas encontradas en el apartamento que él y su mujer, víctima mortal del asesinato, junto a sus dos pequeñas, tenía en la playa y donde la policía efectuó un nuevo registro, después de que vecinos de la zona denunciaren la entrada de un extraño durante la noche. Al parecer, las muestras de ADN halladas en el domicilio de la pareja y a las que no podía atribuírseles identidad, revelan que el desconocido estuvo en casa de Bruno en los días cercanos al asesinato, sin que haya podido precisarse cuándo. Fuentes policiales aseguran que el hombre se ha derrumbado y ha asegurado ser el amante de Concepción. Según ha podido saber este programa, la confesión del detenido habría señalado que era el amante de la mujer y que, al negarse esta a dejar a su marido para formalizar la relación extramatrimonial que ambos mantenían, decidió matarla, junto a sus hijas, recordamos, de dos y cuatro años respectivamente.

Santiñán había sido declarado culpable por el jurado popular hace apenas tres semanas pero los últimos acontecimientos dan un vuelco radical al caso y vierten la posibilidad real de un error al declarar culpable a Bruno Santiñán quien, aparenemente, sería inocente. Seguiremos informando>>.